

CRISTINA ORIGONE

TODO ARDE EXCEPTO TÙ

LA VERDAD SIEMPRE
TIENE DOS CARAS

¿QUIÉN DE LOS DOS MIENTE?

Todo Arde Excepto Tú **Cristina Origone**

Traducido por Marcela
Gutiérrez Bravo

“Todo Arde Excepto Tú”

Escrito por Cristina Origone

Copyright © 2016 Cristina Origone

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Marcela Gutiérrez Bravo

Diseño de portada © 2016 Foto Katarzyna

Bia...â€šasiewicz © 123RF.com

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenidos

Página de Título

Página de Copyright

TODO ARDE | EXCEPTO TÚ

Prólogo

PRIMERA PARTE | MARTA

CAPÍTULO I | LA GRADUACIÓN

CAPÍTULO II | EL ENCUENTRO

CAPÍTULO III | TRAICIÓN

CAPÍTULO IV | LA TESIS

CAPÍTULO V | RECUERDOS

CAPÍTULO VI | EL INCIDENTE

CAPÍTULO VII | EDOARDO

CAPÍTULO VIII | RENDIR

CUENTAS

CAPÍTULO IX | UNA SOMBRA

OSCURA

PARTE SEGUNDA | ALBERTO

CAPÍTULO I | LA GRADUACIÓN

CAPÍTULO II | EL ENCUENTRO

CAPÍTULO III | TRAICIÓN

CAPÍTULO IV | LA TESIS

CAPÍTULO V | RECUERDOS

CAPÍTULO VI | EL INCIDENTE

CAPÍTULO VII | EDOARDO

CAPÍTULO VIII | RENDIR

CUENTAS

CAPÍTULO IX | UNA SOMBRA

OSCURA

Epílogo | Marta qué sabe

TUDO ARDE
EXCEPTO TÚ
Cristina Origone

Arde en el infierno, Prof.

*Denme una máscara y les diré la
verdad.
(Oscar Wilde)*

Prólogo

Turín, 10 de noviembre de 1993

El periodista observa a las personas evacuadas del palacio en llamas que descansan del otro lado de la calle. Han formado pequeños grupos entre los automóviles estacionados, dos mujeres lloran y se abrazan.

La mirada se desliza hacia una niña. Un hombre la tiene de la mano derecha y mira hacia lo alto. Es su primer servicio: la confusión y el sonido ensordecedor de la sirena lo hacen nervioso y agitado.

—¿Estamos listos? —pregunta al camarógrafo mientras piensa en cuán afortunado es por haber encontrado ese trabajo. La televisión comercial, en un País que ignora a los débiles, se ha

vuelto un servicio público que ofrece emociones, sonrisas y lágrimas gratuitas; si la conexión va bien, alguien derramará alguna lágrima mirando las noticias de televisión. Esta es la regla.

Sonríe cínicamente mientras acomoda el auricular en su oído.

El técnico le responde con la señal de la mano que indica que todo está bien; La voz chillante de la conductora le llega fuerte y clara.

—Sí, los bomberos todavía se encuentran en el lugar del incendio, ya han trabajado desde las diez. Una gran nube de humo se ha levantado desde hace alguna hora sobre una vivienda en la esquina de Rosselli y Cassini. Al momento se cuentan dos víctimas, cuya identidad todavía no ha sido dada a conocer. Aún hay que verificarla, también la naturaleza del incendio: ¿accidental o doloso?

Habla con voz angustiada, consciente de que mañana nadie recordará más todo esto. Ni siquiera él,

piensa mirando la señal del técnico de dos dedos hacia arriba.

Bravo.

Estuvo bien.

La conexión se cierra.

PRIMERA PARTE

MARTA

CAPÍTULO I

LA GRADUACIÓN

Génova, 10 de mayo 2011

Él, presidente y ponente de la tesis, me proclama finalmente doctora con:

—Un merecido 110—. Son estas las palabras que pronuncia apretándome la mano.

Intercambio el apretón y bajo la mirada. Me sostiene la mano más de lo debido y, cuando me la deja, la estrecho a todos y salgo del aula.

Estoy perturbada. Pero no por la graduación.

Caterina me abraza antes que mis otros amigos y me susurra al oído:

—¿Todo bien? —Me suelto a llorar. Flores, foto, aplausos y abrazos. Estoy

en la confusión total y con la mirada lo busco. Todavía no sale el aula. Algunos de mis amigos me piden una hoja de laurel de la corona que Caterina me preparó, parece que les propicia buena suerte a los que todavía están por graduarse. Me distraigo por algún minuto y, cuando miro en dirección de las escaleras, veo que él está descendiendo los peldaños a paso veloz. Caterina se da cuenta y murmura—: Finalmente se ha ido y ... —sonríe y concluye—: No pienses más en ello, doctora.

Ella es mi mejor amiga. Mi madre tenía que haberse ocupado en este día, en cambio es Caterina quien ha organizado la fiesta después de la graduación y me ha regalado un fin de semana para pasarlo juntas en un Spa. Lo único que ha hecho mi madre fue telefonarme esta mañana para desearme un frío “Buena suerte”.

Desde hace años que necesito buena suerte, pero ella no lo sabe.

—No la necesito— respondí con mucho placer y terminé con la conversación.

Caterina tiene los ojos pequeños y negros, y un físico desproporcionado: hombros estrechos y caderas largas. Tiene una charla suelta, lleva los cabellos cortos y estudia Jurisprudencia, pero está fuera de clases desde hace años. De vez en cuando bromea y dice que por error ha caminado en el rombo blanco en el centro del claustro de la Universidad y que por ello no se graduará nunca. Para los estudiantes de la facultad de Legge de Genova aquel rombo trae fortuna, se puede pisar solo después de haberse graduado.

En realidad, no se empeña lo suficiente. Tiene muchos pasatiempos: va a cursos de declamación, cocina y fotografía. Hace spinning tres veces por semana, pero hace meses que no la veo estudiar. Caterina es el perfecto opuesto a mí. Yo soy muy perezosa, salgo rara vez y, si tengo un objetivo que alcanzar,

nada me puede distraer. No permito que nadie me separe de mi meta.

Conozco a Caterina desde hace algunos años, compartíamos un apartamento en el centro histórico. Ella tiene razón, no debería pensar más en eso que ha sucedido y no debería pensar más en él. Me seco las lágrimas y le respondo:

—Tienes razón, Cate.

En aquel momento se entromete Luca, mi compañero de la universidad:

—¿Pero el profesor no va con nosotros? Oh, me vienen todavía a la mente sus palabras en nuestro primer día de clases. ¿Recuerdas, querida? — pregunta.

Sonrío avergonzada, pero no porque me llama 'querida', lo hace siempre, y respondo:

—¿Cómo podría olvidarlas?

Luca imita su voz mientras pronuncia:

—Bien, ustedes son cuarenta. Métanse bien en la cabeza que uno de

ustedes encontrará trabajo como guía, investigador o algo similar; otros dos terminarán trabajando en un museo; para el resto, en cambio, será como si hubiesen terminado los estudios superiores sin continuar. Por ello, piensen bien si quieren seguir o graduarse en Historia.

Imita muy bien al profesor y mis amigos se ríen.

Caterina codea a Luca y agrega:

—Y usted, señor Bordonaro, ¿por qué eligió graduarse? ¿No pensó en las oportunidades de empleo?

Él sonrió y respondió exactamente como respondió el profesor aquel día:

—Porque la carrera y el trabajo deberían ser la concretización de los propios intereses y de las propias pasiones. Cumplir tal elección, pensar exclusivamente en el trabajo y en el dinero que consigue, sería equivocado.

Detona el aplauso. A él le gusta ser el centro de la atención. Luca tiene un extraño acento francés, aunque es

genovés, y la pronunciación de la erre lo hace parecer parisino. Además, su apariencia corresponde muy poco con una ciudad como Génova, a primera vista gris y severa: porta una chaqueta corta de doble solapa y una camisa con una larga corbata de seda. Los pantalones de dos pinzas llegan sobre el tobillo y zapatos tipo Oxford, con suela de goma. Sí, hoy ha exagerado, no oso pensar qué usará en su graduación.

Continúa imitando a Carla Benassi, una compañera de clases, que no está presente. Roba los anteojos a un amigo mío y, con una voz similar al personaje de un dibujo animado puntualiza:

—Usted tiene razón, profesor, sobre todo el sector de las humanistas ofrece menos campo laboral de lo que ofrecen las científicas. De todos los titulados que conozco, ninguno desempeña un trabajo correspondiente al título de estudio.

Se quita los anteojos y concluye con otra imitación del profesor:

—Ahí lo tiene, señorita Benassi, diría que usted ha acogido bien la esencia de mi discurso.

Todos rieron nuevamente.

La única que no ríe soy yo.

Cuando llegamos al C Dream estoy agitada. Aprieto entre las manos la tesis y mientras entro al lugar miro alrededor. Espero que él esté aquí esperándome, en cambio, Edoardo me recibe con un abrazo, el padre de Caterina. Es un hombre alto, con un físico rechoncho y lo primero que se nota de él son las manos: son grandes, demasiado respecto al cuerpo. Trabaja como dirigente de una Compañía de cruceros y Caterina me organizó una reunión en este lugar fabuloso del centro de Génova.

El C Dream es un lounge-bar propiedad de la compañía naval. La atmósfera es de sueño, se escuchan sonidos y rumores del mar y se descubren efectos especiales como la cascada de pétalos de rosa del techo. La música es soft y, mientras que la

atmósfera cambia continuamente al ritmo de las luces, hacemos el primer brindis abrazados por una luz rosa.

Hay tantas personas, algunos son amigos de Edoardo. Los padres de Caterina mi consideran parte de su familia, en ocasiones me siento casi adoptada por ellos. La ausencia de Carla, su mujer, no estaba prevista, pero se debió ir a Catania para ayudar a una tía enferma. Ambos son de origen siciliano.

Yo no tengo familia. Y, mientras lo pienso, aprieto fuerte la tesis.

—Marta ¿es esta? —pregunta Caterina, buscando quitármela.

—No, ¡espera! —el modo iracundo con que reacciono la sorprende y también a mí. —Físicamente soy muy pequeña, tengo cabello ondulado, largo y claro, y la piel blanca. Soy siempre amable con todos y Luca dice que parezco salida del ‘Sueño de una noche de verano’ de Shakespeare. Dice que soy una criatura definida, sofisticada y

etérea. Caterina, sorprendida, parpadea. Yo me excuso y busco justificarme culpando a la tensión del día. Ella me ha perdonado ya; la acaricio en la mejilla y lo veo mientras habla con Edoardo—. Cate, mira allá.

Ella voltea.

—Sabía que vendría —Sonrío satisfecha.

—En ocasiones me sorprendes, Marta. En verdad.

—Lo sé, Cate, tienes razón. Después de aquello que ha sucedido, tendría que ignorarlo, pero...

—No me digas que lo esperabas...

—Le muestro la tesis— le escribí una dedicatoria. A pesar de todo es mi supervisor.

Ella se aleja contrariada. Su mirada dice:

—No son mis asuntos.

Yo miro al profesor que se voltea hacia mí. La luz cambia y se vuelve azul. Azul y fría como sus ojos.

Me tiemblan las piernas mientras él se acerca. Le acerco la tesis.

—Para usted. Gracias por todo.

—No quería venir. Y en cambio... —

Ignora el libro y toma un vaso de spumante apoyado sobre la barra del bar. Los sillones color rosa de frente a nosotros están ocupados. Con la mirada acaricia a todos los presentes. Luego levanta el vaso y agrega—: Un poco de atención, por favor. —Toma la tesis—. Quisiera leerles la dedicatoria de mi alumna... —Me mira y sonríe—. Preferida, ahora puedo decirlo... —mis amigos aplauden, algunos ríen—. Gentilmente ha escrito sobre su tesis. Quisiera leerles solo las primeras palabras —dice dejando el vaso— el resto lo guardaré para mí. —Habla con el mismo tono cálido e intenso que usa durante las lecciones. No se sabe qué edad tenga, pero su aspecto juvenil y descuidado lo ha vuelto el ídolo de nosotros los estudiantes. Abre el libro y, antes de pronunciar alaguna palabra,

palidece. Toma la copa y bebe el spumante todo de un trago. Luego lo coloca nuevamente y agrega—: Es mi alumna preferida, pero me esperaba algo más original que un ‘gracias profesor’.

Los presentes en la sala permanecen como tontos, él sonrío de una manera extraña, luego cierra el libro y se va.

Obviamente no es aquella mi dedicatoria. Las mejillas enrojecen. No me esperaba que quisiera leerla delante de todos. Después del embarazo general, toma la palabra Luca, imitando la voz del profesor dice:

—No es de usted señorita Bini, me ha decepcionado fuertemente. Menos mal que me opuse a los honores.

Todos ríen y la mirada de Caterina parece decir:

‘Después me explicas lo que está sucediendo.’

Siento vibrar el teléfono móvil en el bolsillo de los pantalones. Miro la pantalla. El mensaje me golpea como la

bofetada que él me dio dos días atrás:
Putá.

Estamos en casa. Luca está sentado en sillón y está comiendo patitas. A pesar del buffet, él todavía tiene hambre. Come tanto pero su físico es siempre delgado.

Luca es un chico fascinante, la sonrisa es su carta ganadora en las relaciones humanas.

Él adora organizar fiestas. Celebra cualquier noticia que suene afortunada. Sus fiestas las llama: Fiestas de Buenas Noticias. Obviamente es toda una excusa para llenarse de comida y de alcohol.

—¿Qué dices si preparamos una pasta? —Caterina no responde. Está al pie del umbral de su habitación y me mira en silencio. Nuestra casa se encuentra en el corazón de Génova a media calle entre el “salotto buono” de plaza De Ferrari y la vida nocturna, a dos pasos de la catedral de San Lorenzo, en una de las más antiguas habitaciones medievales de la ciudad. Se encuentra

de frene a la plaza de los Ragazzi, raro ejemplo de espacio abierto y arbolado en el centro histórico—. Luego un cigarrillo y café, y vamos a bailar —agregó Luca viendo que no respondo.

—Díselo—. Finalmente, Caterina se decide a hablar. No me gusta cómo me mira, no me ha mirado nunca de esa manera. Estoy sentada en una silla en la sala de estar y me recojo los cabellos con un elástico. La puerta está abierta, estamos en mayo y, a pesar de que sean las siete de la noche todavía hace mucho calor—. ¿Entonces? ¿Te decides a hablar? —insistió Caterina.

Luca comprendió que la situación es seria y deja de comer.

Me levanto, tomo el teléfono móvil de la bolsa. No me he cambiado todavía, llevo siempre los pantalones negros y la camiseta. No me siento bien. A menudo porto falditas informes, vestidos largos o pantalones largos. Todo siempre en tonalidad beige. Soy alta y delgada, no

particularmente rolliza, y no me gustan los atuendos que se ciñan al cuerpo.

Muestro el mensaje a Luca.

—Lo envió inmediatamente después del “discurso”. O ¿cómo lo podemos llamar?

Luca toma el móvil y lee.

—Pesado.

—Y no es todo —se entromete Caterina. No tengo tiempo de detenerla cuando dice—: La abofeteó.

Luca se pone de pie y dice:

—Marta ahora ha exagerado.

¿Cuándo sucedió?

Yo bajo la mirada, avergonzada. No quería decirlo a Luca, él está enamorado de mí, siempre lo he sabido, y no quiero que se preocupe.

—Hace dos noches —susurro.

—Debes denunciarlo —afirma Caterina. Y aquí sale el abogado que hay en ella. Luca, obviamente, le da la razón.

Me impaciento.

—Hoy es uno de los días más bellos de mi vida, no quiero arruinarlo con esta historia.

—Y entonces tienes que dejar de verlo—ordena Caterina. Porque su voz ha asumido un tono autoritario y no me está aconsejando que no lo vea más, me lo está ordenando.

—Pero, ¿se puede saber que le has escrito en la dedicatoria? —preguntó Luca—. Estaba ya muy molesto. Voy a mi habitación y comienzo a desvestirme. Me pongo los pantalones de chándal largos y una camiseta blanca. En los pies nada. Me gusta caminar descalza por la casa. Cuando vuelvo, Luca se ha acomodado en la silla y ya tiene mi teléfono móvil entre las manos. Comienza a leer en voz alta otro mensaje—: No me hagas perder la paciencia, Marta...

—¡Dámelo! —le arranco el móvil de las manos.

En este punto Caterina asume un tono más dulce y dice que tengo que contar

todo, ellos son mis mejores amigos y me quieren mucho. Se acerca a mí y yo me dejo llevar.

—Me persigue, Cate, no logro hacerle comprender que me deje en paz.

—Sabía que no me contabas toda la verdad— rebatió, abrazándome.

Luca se quedó sin palabras. Apretó fuerte la mandíbula y se levanta. Comienza a pasearse nerviosamente por la habitación. La esquina de la cocina y la sala de estar se encuentran en un pequeño espacio, no hay mucho lugar para moverse. Salió de la terraza.

—Pero qué le has escrito en esa bendita dedicatoria, ¿se puede saber o no?

—Que me deje en paz. —Me libero. En ocasiones es como si me obligase a estar fuera de la vida de las personas que me rodean y viceversa: corto de mi vida a mis amigos, a pesar de saber que me quieren mucho. Pero hay una parte dentro de mí que capta todo lo que les

sucede a ellos, y no deja escapar un solo respiro.

Soy débil, siempre lo he sido y de esto me avergüenzo. Ellos no pueden comprender cómo se siente una persona como yo.

Ellos no saben qué ha sucedido y nunca lo sabrán.

Luca regresa de la terraza. Está fumando y Caterina le hace una señal de apagar el cigarrillo. No se fuma en nuestro apartamento, rentado con pocos muebles blancos, comprados en una tienda virtual. Aquí siempre está todo en perfecto orden. Exceptuando mi habitación. En mi habitación reina el caos y domina el color rojo. *Como una mancha de sangre sobre un vestido limpio*, había dicho él la primera vez que había entrado en mi habitación.

—¿Puedo hacerte una pregunta? — pregunta avergonzado Luca.

Yo miro a Caterina, como si debiese decidir ella en mi lugar. Ella no sabe

qué responder y sonrío para tranquilizarme.

Me volteo hacia Luca y pronuncio en voz baja:

—Claro.

—¿Has hablado de ellos con los tuyos?

—¿Con los míos? —repito, sorprendida.

—Sí, con tu familia. Creo que deberías ponerlos al corriente de esta situación. Marta, tienes una relación con un hombre que podría ser tu padre y, sobre todo, este hombre te está amenazando. ¿No crees que deberías hablarles de eso?

Pienso en la edad del profesor. Tal vez es más joven que mi padre. Hago un rápido conteo: mi padre hoy tendría casi sesenta años.

—Mi odiado padre—. Me doy cuenta que he pronunciado esta frase en voz alta del modo en que me miran mis amigos.

—Querida, no hablas nunca de él, no creía que lo odiases —dijo Luca.

—No, yo no lo odio. ¿Quién lo dijo? Caterina se intercambiaron una mirada de pena y al unísono respondieron:

—Tú.

—¡No es verdad! —Miro a Caterina.

—Sí, tesoro, lo acabas de decir.

—¡Yo amo a mi padre! —grito exasperada y corro a mi habitación.

Cierro con llave la puerta y me tiro en la cama.

¿Quién puede llenar mi vacío?

Solo él.

Tomo el móvil y leo todavía una vez más su último mensaje: *Putá*.

Lo llamo.

CAPÍTULO II

EL ENCUENTRO

He dormido un sueño agitado. De noche, los pensamientos vuelven obsesivamente al periodo de la infancia. Tal vez he resistido demasiado el sufrimiento, he cerrado el dolor que sentí de niña en una cajita y ahora, aquellos recuerdos olvidados desde hace tiempo han vuelto para trastornarme.

El pensamiento que me obsesiona esta mañana es este: cuando era niña, ¿mis padres nunca fueron una de esas parejas que logran comunicarse con una mirada, un gesto o una sonrisa, sin necesidad de hablarse?

No tengo respuesta. Y no sé por qué motivo pienso en ellos. Tal vez busco

sentir una similitud entre ellos y nosotros. El profesor y yo ¿fuimos una pareja? ¿Qué soy yo para él? ¿Una obsesión? ¿Y nosotros? ¿Nos basta una mirada para comprendernos? En ocasiones, sí.

Me doy vueltas en la cama. Sé que debo levantarme, pero esta mañana estoy más cansada que de costumbre. Las sábanas han caído al suelo y noto que estoy cubierta de una manta. Parece que, en esta cama, esta noche, haya habido una guerra. Me siento adolorida, me estiro y me siento. Me peino los cabellos mientras la mente está en búsqueda de algún momento de ternura entre mis padres.

Recuerdo algún beso en la mañana, durante el desayuno, o las breves caricias que se intercambiaban cuando se cruzaban por la casa. Mi padre era un representante de productos farmacéuticos. Siempre estaba de viaje por trabajo, mientras mi madre era ama de casa.

Él era un hombre con una notable capacidad de relacionarse, sabía hablar a los clientes sin molestar y poseía un buen sentido del humor, además de un bello aspecto. Era alto, con un físico robusto, y el único defecto que tenía era que cojeaba ligeramente, a causa de un incidente automovilístico sucedido cuando era joven. Pero esto nunca había sido un problema para él.

En ocasiones sus modales y cortesías con mi madre parecían enmascarar una realidad que ni él quería aceptar.

Ellos no se amaban. O, mejor, mi padre no amaba a su esposa. Ella, en cambio, lo adoraba. Todo giraba en torno a él. Y él nunca estaba.

En ocasiones se quedaba fuera por trabajo y volvía a casa después de unos días, eufórico por haber concluido un buen negocio. En los últimos años me pregunté más de una vez si ella sabía que su buen humor no dependía del trabajo, sino, seguramente del último

encuentro en una estancia vacía de hotel con una de las tantas mujeres que tenía.

¿En verdad era tan ingenua mi madre? Y ¿cuándo había comenzado la doble vida de mi padre?

Me levanto y noto que tengo un moretón en un muslo. Miro la cama y pienso en él. ¿Fue aquí? Una serie de imágenes confusas se sobreponen y me duelen.

Igual que me duele el recuerdo de mi madre que se despide de mi padre en la puerta de la casa: los brazos están elevados para despedirse y los hombros rectos denotan un natural dominio de sí. Su cuerpo parece decir: Esta es nuestra casa, nuestro presente y nuestro futuro.

Ese día, mi padre murió.

Abro la puerta de la habitación y cuando llego a la cocina para desayunar. Caterina ya está despierta y está preparando el café.

—Oye —le digo— ¿Qué haces de pie a esta hora?

—Quería hablarte antes de que te fueras a trabajar. Pero... ¿estás bien?

Trabajo medio tiempo en un negocio de juguetes poco lejos de casa. A pesar de que no tenemos buenas relaciones, mi madre me ayuda con las compras, pero el dinero nunca es suficiente. Entonces, me las arreglo como puedo: trabajo como recepcionista, cuando me llaman en el fin de semana, y he encontrado ese trabajillo fijo desde hace casi un año.

Caterina, en cambio, no tiene necesidad de trabajar, todo lo pagan sus padres. Pero ella es muy generosa y me quiere mucho: en ocasiones, si estoy en dificultad, paga también mi parte de la renta.

—Sí, todo está bien. Pero, Cate, discúlpame, es que no tengo ganas de hablar de lo que sucedió ayer en la noche. —Debo distanciarme.

—Marta, gritaste en el sueño, más de una vez. ¡Me hiciste pegar un salto! Intenté despertarte: toqué repetidamente

en la puerta de tu habitación, pero no me abriste. Y estaba cerrada con llave.

Miro la bata de noche de Caterina: una camiseta blanca con flores azules. Mientras me siento, me tallo los ojos y digo:

—Usamos la misma camiseta de dormir. —Caterina se queda en silencio, con la boca ligeramente abierta—. Mira. —Me pongo de pie y le muestro mi camiseta.

Ella se suelta a reír.

—¡Estás fuera!

Río también yo mientras tomo con gusto la taza de café que me está dando.

—El posgrado te ha vuelto loca — agrega, sentándose en la mesa.

—Disculpa, Cate, lamento todo. Fue un día horrible. Ayer. ¿Le damos vuelta a la página?

—Vuelta.

—¿Salieron ayer en la noche?

—Sí, Luca quiso llevarme a un restaurante muy bonito, junto a la expo. Tenía hambre. —ríe nuevamente.

—¿Después del trabajo comemos juntas?

—¡Está bien! Paso por ti a la una.

Cuando llego al lugar, la propietaria me dice:

—Pero bendita muchacha, te había dicho que te tomaras la mañana libre. Te graduaste ayer, te la mereces, ¿no? —Y prácticamente me echa del negocio.

La señora Tina es una señora delgada, con los cabellos cortos y grises, de carácter apresurado. Trabaja en este negocio del centro histórico desde siempre.

¿Y ahora qué hago? Comienzo a pasear en los pasillos, saludo al dueño de la venta de frutas y hortalizas poco lejos del negocio en que trabajo, y leo curiosa en nuevo cartel que ha colocado en el vidrio, sobre las cajas: “¡Todas las mujeres que sean sorprendidas tocando la fruta sufrirán el mismo trato!”

Sonrío. Los genoveses son hoscos solo en apariencia, me encuentro bien en esta ciudad. A pesar de que en los pasillos te encuentres con personas de todos tipos, no solo genoveses.

Los gritos y los sonidos de fondo me acompañan en el paseo: rumores de negocios y mercados, gritos estridentes de los ambulantes y lenguas africanas, árabes y orientales que se entrecruzan con el dialecto.

Yo habitaba en Torino; después de la muerte de mi padre, yo y mi madre nos mudamos a Pinerolo, en la casa de la abuela. Ellos nunca tuvieron una relación idílica, mi abuela no es una mujer que dé afecto y nunca ha habido diálogo entre ellos. Mi madre siempre me ha dicho que recibió una educación rígida y, cuando era una niña, la abuela no le permitía frecuentar a sus coetáneos, para no “tomar un mal camino”.

Pero mi madre no soportaba más vivir en Turín. Ella se sentía expuesta a

las miradas de la gente y a los recuerdos que le procuraban solo sufrimiento. En ocasiones pasaba días enteros en la cama y en un momento de depresión, me había hablado de algunas cartas de mi padre.

—Después de pelear, tu padre tenía el hábito de escribirme cartas. Algunas líneas de excusas, a decir verdad, con el deseo de recuperarme. Y yo, ¿sabes qué hacía, Marta?

—¿Qué, mamá?

—Por rencor las quemaba. Qué daría ahora por volver a leer una de aquellas cartas...

En Pinerolo había buscado dejar todo atrás, aunque le bastaba mirarme para recordar.

Para mí, en cambio, Pinerolo representaba y representa mi descenso al infierno. Siempre he pensado que nada y nadie podría nunca liberarme de los fantasmas a los que trato de dar un sentido, empleando toda mi energía.

En ocasiones, la vida va mal, nadie puede hacer nada.

He decidido mudarme a Génova por el profesor. Nadie sabe que me quedé aquí debido a él, ni Caterina.

No me esperaba ser atraída por él cuando vine a Génova, mis recuerdos de él, hasta aquel momento, eran tenues.

Recordaba solo el tono tranquilizante con que me hablaba y mi mano dentro de la suya. Aquel contacto, en ocasiones, había pensado que solo lo imaginaba. Por tantos años también él fue como un fantasma que había tocado mi vida para luego desaparecer.

Cuando lo volví a ver, me quedé fascinada por aquel hombre no bello, pero con seguridad, carismático. Durante las lecciones nos hablaba en modo arrogante pero condescendiente. No estaba nunca en paz, a diferencia de muchos profesores clavados en la silla, y se enardecía por cualquier tema del que hablase.

Parecía un animal extraño recluido en una jaula y expuesto a nuestra curiosidad al interior del aula, llena de gente y silenciosa.

Nos miraba siempre a los ojos.

Me miraba siempre a los ojos. Me escrutaba. Y no hablaba. En nuestros primeros encuentros mis preguntas se quedaban siempre sin respuesta. Sus palabras mudas me despedazaban la piel.

En todos estos años creo haberlo amado.

Pero luego recuerdo lo que eliminé.

Son tantas las cosas que no logro recordar y no se trata solo de sucesos del pasado. Últimamente me sucede que duermo mal y, de día, tengo la sensación de que mi cerebro no quiere recordar nada. Ayer en la noche recuerdo haber hablado con él al teléfono, pero no sé qué nos dijimos.

Pero, aquella noche, ahora ha salido con una alarmante naturalidad. Bastó una

de sus frases, banales, estúpidas, insignificantes: “todo está bien, Marta”.

Busco no pensar en ello, recorro la vía San Lorenzo para luego llegar a la plaza Caricamento, una de las zonas más golpeadas por los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial.

Tomo el teléfono de la bolsa para llamar a Caterina, tal vez puede llegar a mí antes de la hora de la comida. Pulso el botón de enviar y cuando miro hacia arriba lo veo. Está descendiendo de un taxi, a su espalda se eleva la sombra medieval del palacio San Giorgio, fascinante e imponente, exactamente como él. Terminó la conversación.

Él no me nota y yo decido seguirlo. Conozco la sensación de agitación mezclada con placer que se siente cuando se sigue a escondidas a alguien. No es la primera vez que lo sigo, pero esta vez no lo he premeditado, y eso me emociona más.

Miro su caminar majestuoso y distante de todo y de todos. Cuando lo

había visto hace años, la primera vez en Génova, él no me había reconocido. No había sido fácil para mí insinuarme. Soy tímida y con él me sentía siempre subyugada.

¿Qué habría pensado Luca si me hubiese visto entonces? ¿Y ahora? ¿Qué pensarían mis amigos? ¿Mi madre?

Por un momento decido no seguirlo y le doy la espalda.

Put.

Me volteo ansiosa de haberlo perdido. Reconozco sus cabellos encanecidos en medio de las demás personas y acelero el paso.

Aprecia los insultos, porque siempre son honestos.

No tengo alternativa, debo seguirlo. Como las hojas siguen al viento sin protestar, doblándose al mismo tiempo.

Mientras camino a paso veloz, él, inesperadamente, voltea la cabeza. Busco esconderme detrás de un grupo de personas y cambio de dirección. Luego me volteo para ver lo que está haciendo

y él está caminando hacia mí. Me ha visto y por el modo de su andar parece iracundo.

Esta es una situación que no había previsto. Acelero el paso, evado un puesto lleno de bolsas, una mujer con un niño en brazos y de vez en cuando me volteo. Tengo las mejillas rojas, estoy furibunda conmigo misma por haberme hecho descubrir. Estoy tan agitada que tengo miedo de que se me salga el corazón.

Cuando me volteo por enésima vez, él ya no está. Me detengo en medio de la acera, sorpresa. La gente me empuja al pasar; yo me quedo inmóvil, con los brazos a los costados, y yo busco con la mirada. De pronto siento un canto, una endecha dulce que se expande en el aire. Me giro y veo a una chica de color sentada en el suelo, su voz silencia los demás sonidos.

Suena el teléfono. No respondo. Suena nuevamente.

—Hola...

—He encontrado una llamada tuya, tesoro.

—Sí.

—Marta, ¿todo está bien? ¿qué querías decirme?

—Y-yo... —balbuceo.

—Pero, ¿te sientes bien?

—Cate... me ha seguido.

Cuando Caterina me alcanza, estoy sentada en una mesita de un bar. Todavía estaba en casa cuando me llamó y en poco tiempo llegó. Lleva un traje deportivo y lleva la mochila del gimnasio.

—Tú no quieres hablar, pero esta historia debe terminar.

—Según yo, quería ir al negocio, pero la señora Tina me dio la mañana libre... —bebo un trago de jugo de fruta y agrego—: Él me encontró por casualidad.

—Debes denunciarlo.

Coloco el vaso mientras Caterina ordena un capuchino.

—Ayer en la noche lo llamé. —Ella me mira con aire de desaprobación, pero no dice nada—. Fue un día pesado. —agrego, distraída por un hombre que aprieta del brazo a una niña. De pronto llega un dolor profundo que me trae el recuerdo de años. Me vuelve a la mente mi padre, estábamos en una galería en Turín, era pequeña, no recuerdo qué edad podía tener, tal vez seis años.

Cuando era niña, comía solo helados de color blanco. No me interesaba el gusto del helado, yo quería solo helados “blancos”. Y mi padre siempre encontraba algo por qué reír, pero no aquel día. Aquel día parecía un día especial para él, a pesar de que tuviese la mirada triste, y había ordenado para su “pequeña Marta” una copa de helado blanco decorado con mucha panna montada.

Recuerdo todavía mi felicidad al ver aquel helado, como recuerdo el tintineo del agua que salpicaba de una fuente cercana. Había un sol pálido, como hoy.

Miro a Caterina hablar, pero no escucho y continúo recordando.

Había una insólita intimidad aquel día entre nosotros, mientras él decía, en tono ligero, como si fuese lo normal para todas las familias:

—En ocasiones sucede que el papá se aleja de casa por un tiempo, Marta. ¿Recuerdas al papá de Lucía?

Yo continuaba comiendo el helado y no me importaba nada del papá de Lucía, pero había asentido y había intentado comprender lo que quería decirme.

—Si yo me fuese un tiempo, como hizo el papá de Lucía, no significaría que no te quiero... ¿comprendes, tesoro? —Me había acariciado los cabellos.

—Pero... ¿para siempre? —pregunté preocupada, con la cucharita suspendida en el aire.

—No, no, apenas pase este momento... un poco complicado... podría volver.

No había comprendido qué quería decir. El helado había comenzado a caer de la cucharita mientras él sonreía.

—Mamá dice que el papá de Lucía no quiere a su mamá. ¿Tampoco quieres a mamá?

—Come tu helado, Marta.

Mis ojos se habían llenado de lágrimas.

—Tú no nos quieres, ¡tú te quieres ir! —Me solté a llorar y regué el helado sobre la mesita.

Mi padre, en aquel punto, me había tomado del brazo a pesar de que había comenzado a gritar y patalear, llamando la atención de las demás personas sentadas alrededor. Él me apretó fuerte y me dijo que nunca se iría a ninguna parte.

—Si haces así, él no te dejará nunca en paz, ¿lo comprendes? Oye, ¿me escuchas?

—Sí, sí, te escucho. —Caterina me mira, yo vuelvo a la realidad, y me

siento estúpida, tonta, molesta. Nunca me había sentido así con ella.

Para deshacerme de la vergüenza, busco en la bolsa y me encuentro el teléfono.

Un mensaje en la pantalla, no lo escuché llegar. “Te veo”.

Debería estar feliz, me acabo de graduar; debería pensar en mi futuro y no en él. Un compañero de la universidad me preguntó hace algunos días si quería inscribirme con él a un Master sobre los aspectos históricos y económicos del Siglo XX, pero yo no puedo tomar una decisión en este momento de mi vida, el pensamiento de él me obsesiona. Acompañé a Caterina al gimnasio y ella me convenció de anotarme a la piscina. Me prestó el traje y la gorra.

Odio el olor del gimnasio, aunque Caterina dice que es “olor de

humanidad”.

Para mí apesta. Estamos en los vestidores y estoy metiendo el último mechón de cabellos dentro de la gorra.

—Tesoro, ¿te rasguñaste el cuello?
—me pregunta Caterina. —Me acerco al espejo y miro la marca roja. Los armarios de metal alrededor a nosotros parecen soldaditos en fila, por un momento me siento espiada. No lo había notado esta mañana, pero estoy segura de que no me he rasguñado en este momento, me habría dado cuenta. Caterina se acerca y me escruta el cuello —. Tienes varias marcas, también aquí atrás. Pero no son rasguños, son como moretones.

—¿Chupetones? —se entromete una chica rubia y pequeña que ha seguido nuestra conversación—. Mi novio suele hacérmelos, te comprendo. —Azota involuntariamente la puerta de su armario. Yo me sobresalto.

Caterina me mira. Abro los ojos y alargo los brazos. Sonrío de manera

tensa a la chica y me quito la gorra.

Susurro:

—Nunca me ha hecho chupetones.

—Y entonces ¿te quería estrangular?

Sus palabras me dejan petrificada.

Comienzo a temblar. Por un momento lo veo sobre mí, aprieta fuerte mi cuello y repite “puta”.

—¿Alguien tiene un traje que me preste? —pregunto, en voz alta, casi histérica.

Responde nuevamente la rubia, ella tiene una camiseta y pantaloncillos limpios:

—Me los devuelves al terminar la lección. Yo hago una hora de aeróbicos. Tú ¿a qué hora terminas?

—En una hora —responde Caterina por mí.

Aferro las prendas y agradezco a la chica.

—Pedaleo un poco en las bicicletas mientras tú haces la hora de spinning.

Caterina no responde y se ata los zapatos.

Mientras pedaleo, pienso en la noche. Caterina dijo que me escuchó gritar en sueños, yo no recuerdo nada.

Lo llamé, luego me debo haber dormido. ¿Vino conmigo? Pedaleo más fuerte. No lo sé.

Esta noche dormía, tal vez lo soñé. No recuerdo más.

¿Qué mierda querías hacer? ¿Me querías ensuciar delante de todos?

Aprieto los dientes, como para contener las palabras que no quiero escuchar.

Continúo pedaleando.

¿Qué fue eso, me lo explicas? ¿Qué significa?

Comienzo a sudar, los cabellos me caen al rostro.

De pronto, la voz de mi madre me retumba en los oídos. Me siento como aquella noche: con la cabeza llena de pequeños vidrios que me lastiman.

Recuerda, Marta, no puedes no recordar nada. ¿Cuándo lo viste por última vez?

Pedaleo más fuerte.

¿Tú donde te encontrabas cuando sucedió?

Siento los dedos de mi madre enterrarse en mi brazo. Su voz está llena de odio.

¡Responde, Marta!

Continúo pedaleando cada vez más fuerte.

Me encontraba con él. Como ayer en la noche.

Oscuridad.

Cuando me despierto, estoy acostada en un diván del gimnasio. La única cara que reconozco es la de Caterina.

—¿Qué ha sucedido? —pregunto buscando mantenerme sentada. Me gira la cabeza. Un muchacho, probablemente un instructor, me explica que me desmayé—. ¿Nunca haces deporte?

—No, efectivamente, nunca lo hago.
—Sonrío a Caterina.

—Tuviste un golpe de presión, ¿ahora cómo te sientes? —continúa hablando el muchacho. Tiene los ojos

verdes y los cabellos castaños con sombras cobrizas. Es un muchacho guapo, le sonrío mientras respondo:

—Mejor, todavía me da un poco de vueltas la cabeza, pero estoy bien.

Él intercambia la sonrisa y me aconseja tomarme un café, mientras me da un vaso de agua con azúcar.

La pequeña multitud de curiosos se aleja y Caterina, después de que bebí, me acompaña a los vestidores.

—Maldición, me siento culpable. — Golpea la toalla en la banca.

—Cate, escúchame —tomo aliento — creo que él, esta noche, intentó matarme.

—Marta, ¿qué estás diciendo? — rebate Caterina ansiosa. Se sienta en la banca. Su rostro está sudado, aferra la toalla y se seca el sudor.

Nerviosa, me muerdo el labio y me siento junto a ella.

—Tengo recuerdos confusos, en ocasiones me sucede. Pero estas marcas en el cuello me las hizo él, esta noche.

Ha intentado estrangularme, ahora lo recuerdo perfectamente.

—Tesoro, ¿qué significa que tus recuerdos son confusos? Me estás asustando, Marta. —Coloca su mano sobre mi brazo.

Yo me retraigo y respondo con desdén:

—¿No me crees?

—¡Claro que te creo! No me parecían chupetones, son moretones. Como si... —No termina la frase.

—Habías dicho bien antes: me quería estrangular —concluyo.

Ella se pone de pie, nerviosa. Algunas chicas nos miran, están intentando comprender qué estamos hablando. Caterina baja el tono de voz y se acerca a mí:

—Lo que dije era una broma ácida. Sabes que en ocasiones soy ácida.

—Pero es la verdad —agrego.

Una de las chicas me pregunta si me siento mejor. Sonrío y asiento.

—Salgamos de aquí, que siento que me sofoco. —dice exhausta. Caterina, dando una mirada a la chica—. Me ducho y volvemos a hablar.

El gimnasio se encuentra en Fiumara, un barrio surgido hace un tiempo en la zona entre Cornigliano y Sampierdarena. En la antigua área industrial, en lugar de los viejos edificios y cobertizos usados como oficinas de la empresa Ansaldo, surgió un barrio formado de edificios residenciales, áreas verdes, un centro comercial para hacer compras y un edificio de deportes con piscina y gimnasio.

El centro comercial había tenido alguno problema: en un primer momento había sido realizado un complejo con salas cinematográficas, negocios y restaurantes, pero, sucesivamente, a pocos metros, había sido erigido una construcción dedicada al comercio y a los restaurantes, causando el cierre de los primeros negocios, aquellos abiertos

en el edificio del cine, frecuentado en aquel momento y después, solo en la noche. Caterina pasaba horas entre el gimnasio, la piscina, el sauna y el bar. Yo odiaba aquel lugar lleno de gente. En realidad, odio todos los lugares con gente. El ruido, la agitación, las voces que se sobreponen me oprimen.

Caterina siempre dice que mi comportamiento me hace perder la oportunidad para enriquecerme y para conocer a gente nueva. A mí no me interesa conocer a gente nueva. Hasta que no resuelva esta situación con él, he perdido todo interés. Aunque, en realidad, nunca he tenido otros intereses.

Ella no sabe cómo me siento en lugares que no conozco o en los que están lejos de casa. Tengo como la impresión de perder el control y de no encontrar ayuda en caso de un imprevisto.

Sé que este comportamiento es causado por él, por el trauma que he

vivido a causa suya, pero mis amigos no saben nada.

Ni a ellos les he dicho que mi padre ha muerto.

El gimnasio no está lejos de nuestra casa; con el automóvil, no hay fila, nos toma un cuarto de hora. En teoría, no es un lugar que me aterrorice, pero hoy estoy particularmente agitada, por esto me sentí mal.

Subimos al auto en silencio. Desde que salimos del gimnasio, no nos dijimos nada.

Ella está buscando una solución, la conozco demasiado bien: porta las gafas de sol, aunque no hay necesidad, responde con monosílabos y evita mirarme.

Vamos por la vía Cantore, en silencio, y en cierto punto dice:

—Debemos hablar con alguien sobre esto.

—¿Por ejemplo?

—¿Mi padre?

—No, no me parece apropiado contar a tu padre mis problemas.

—Y entonces pon una denuncia, Marta. —Su tono no admite réplicas y yo me quedo callada.

CAPÍTULO III

TRAICIÓN

El profesor abrió los brazos como si fuese en un escenario y con voz tranquila dijo:

—¿Qué sucede si un niño no respeta ya a nadie? —Y me señaló, poniéndome en evidencia delante de todos mis compañeros de universidad.

Recuerdo todavía aquel día con vergüenza. Cuando, en privado, le pregunté qué quiso decir, no me respondió. En su mirada había un dejo de curiosidad arrogante y agresiva, que me asustó, pero que también me atrajo. Estábamos en su estudio, durante el horario de recepción. Era otoño, recuerdo bien, porque él citó una poesía

de D'Annunzio, su autor preferido y tema propuesto por él para mi tesis: *Otoño, yo nunca sentí tan fuerte/la tristeza que tú sólo difundes...*

Luego, inesperadamente, me besó. Era la primera vez que lo hacía. Su boca era cálida, sabía a tabaco y a regaliz. Entre un cigarrillo y otro, él tenía el vicio de chupar bastoncitos de regaliz.

Estoy acostada en la recámara. *Gabriele D'Annunzio poeta y político*, no creía ser capaz de tratar el tema propuesto por el profesor y, en cambio, estuve a la altura de sus expectativas. D'Annunzio. El profesor del liceo lo había descrito como un exaltado que había mal entendido la teoría del superhombre del filósofo alemán Nietzsche, quitándole toda su profundidad y adaptando la idea a su espíritu de esteta. En sustancia, había vaciado al superhombre de aquel valor dramático que tenía en Nietzsche. Y había agregado que, sucesivamente, la fusión del hombre con la naturaleza se

había desarrollado por D'Annunzio de manera estetizante y vacía. En aquellos tiempos nunca habría imaginado escribir una tesis sobre el Bardo.

Recuerdo que cuando hablé de estos pensamientos al profesor, lo primero que me había preguntado era si mi profesor de liceo era de izquierda, y había especificado que, en la historia, los hombres de derecha no gozan de gran fama.

Luego me había preguntado qué pensaba de los personajes d'anunzianos. Tenía la sonrisa complacida, cuando le respondí:

—De sus personajes emerge que el superhombre es solo dominador en un mundo más allá del bien y del mal, que el instinto es la única verdad y que, acercándose a la fiera, el hombre supera al hombre, volviéndose una especie de héroe. Pero, a pesar de todo, los seres humanos se quedan débiles y vencidos, no logran traducir sus aspiraciones en

acciones. Exactamente como me siento yo.

Giro el teléfono entre las manos. Lo apagué después de haber llamado a la Señora Tina. Le dije que tengo fiebre y que no iré al negocio por unos días. Es de noche, ha estado apagado por horas.

Busqué aclarar mis recuerdos, a pesar de no lograrlo. Él dice que la culpa es mía, todo lo que ha sucedido es solo culpa mía, pero miente. Él es bueno mintiendo.

Pero las dudas me atormentan. ¿Y si tuviese razón?

Lo he odiado tanto, por años he meditado la venganza y, cuando lo conocí, todas mis convicciones se desmenuzaron.

No tuvimos sexo el día que me besó y no me dio ninguna cita. Me doy cuenta ahora de que el mantenerse distante era una táctica para atraerme.

Había pasado un mes, después del beso. Durante aquel mes él me había ignorado y, en algunos momentos, había

bromeado conmigo, haciéndome sentir una chica incapaz y estúpida.

De vez en cuando me lanzaba alguna provocación; recuerdo un día que me pidió detenerme al final de la lección y me dijo que en mis ojos veía algo “mágico”.

—Marta, ¿crees en la magia? El amor es magia, ¿te has dado cuenta? — Me sorprendió. Estaba roja y no pude responder. Él continuó, divertido por mi embarazo—: El hombre tiene poderes desconocidos, Marta, algo maravilloso que algunos llaman facultades paranormales. Con seguridad conocerás a Apuleio y cómo trató de imbécil a quien intentaba pelear contra su creencia de filosofía y erotismo. Fue acusado por parientes de su mujer de haberla seducida con artes mágicas para hacerse de sus posesiones...

No sé a dónde quería llegar, pero pensé inmediatamente en Amor y Psique, la historia de Psique y de Cupido que la ama sin dejarse ver, y estaba cansada de

ser tomada como tonta; aquel día, ya durante la lección, me había puesto en vergüenza y lo interrumpí diciendo que le auguraba encontrar una persona que le hiciese sentir dolor, que lo atormentase por siempre. Inmediatamente después, salí del aula.

Parecía que no tuviese ningún interés en mí, como si aquel nuestro beso salvaje, casi violento, no hubiese significado nada para él. Eso es lo que pensaba, pero no era así. Aquel día, a su modo, trataba de decirme que lo había seducido.

Lo comprendí con el tiempo. La persona que lo atormentaba, ya la había encontrado, era yo.

Sin embargo, pienso que nunca habría tenido sexo conmigo, si no me hubiese presentado una noche en su casa. Estaba exasperada por su comportamiento y, al mismo tiempo, atraída por el hecho de que me ignorase, y quería afrontar definitivamente la historia de Turín. Quería que se

acordase de mí, de cuando era pequeña. Cuando lo vi, de mi boca no salió una palabra. Había bastado mirarnos y terminamos en la cama. Él, antes de penetrarme, había metido un anillo de silicón a la base de su pene para aumentar el volumen del glande. No pedí explicación del motivo de aquel gesto, solo al final él me dijo que de aquel modo sentía mejor placer.

Su casa se encuentra en plaza Stella, poco lejos de la mía.

Él vive en dos habitaciones, pocos muebles elegantes en una casa de sólidos muros, y es verdad que la casa deja mensajes precisos de la persona que la habita, porque su apartamento lo representa a él y a su modo de vivir.

Es un hombre seguro, que no deja nada a la casualidad; como en su apartamento, nada está en desorden, todo está limpio y tiene un buen gusto en la elección de los objetos: cada cosa está en el lugar adecuado. A la apariencia no falta nada y no hay

espacio para una mujer. El “caos” que puede aportar una mujer, las emociones y la pasión podrían generar confusión en una casa aséptica como la suya.

No había lugar para mí en aquella casa; es esta la sensación que tuve, cuando entré y salí trastornada, porque la única persona en el periodo de la universidad con quien había tenido sexo había sido Luca. No tuve grandes experiencias, todo lo que experimenté con el profesor siempre fue una novedad. Y e él, esto lo excitaba a morir.

Con Luca, en cambio, era diferente. Una noche que había bebido un poco, él me confesó que se había enamorado de mí. Era tan dulce que hacer el amor con él me parecía natural, pero no quería apegarme. El día después no había habido necesidad de palabras, no había tocado el tema y él hizo lo mismo. Comprendió.

A Génova vine con un solo fin: quería vengarme del profesor y

denunciarlo a la policía.

Pero él, en los meses sucesivos, había sido muy bueno en cambiar, racionalizar, justificar y explicar mis recuerdos, que había puesto en duda mis convicciones. Sin embargo, un me antes, había pronunciado aquella frase: “Todo está bien, Marta.” Y yo lo recordé.

Mentía. No había nada que estuviese bien aquella maldita noche. Él sabe mentir en un modo tan convincente que logra hacerte dudar de todo lo que crees y logra sostener las propias convicciones a tal punto que te hace ir en contra. Es lo que ha hecho todos estos meses, pero que no le permitiré hacer más.

Lo hizo también cuando le grité en la cara que si no admitía su responsabilidad, contaría a todos que me cogía. Él rio divertido:

—Pequeña niña ingenua, nosotros nunca hemos tenido sexo. —Me quería provocar. Él me desafía siempre, lo hizo también cuando había propuesto el tema

de mi tesis. Y yo caí en su provocación, aunque no recuerdo bien mi reacción. ¿En verdad le arañé el rostro? ¿Le había gritado encima como una serpiente? Él dice que me dio una bofetada por mi comportamiento. Si pasé el límite, no lo recuerdo. Y, si lo hice, me justifico.

Él miente, miente, miente... aprieto mi cabeza entre mis manos. La siento estallar.

Me levanto, exasperada. Caterina no está, no nos hemos visto después de haber vuelto del gimnasio.

Decido salir. No me he duchado, los cabellos sucios están amarrados en una cola y ahora tengo el mismo aroma que sentía en el gimnasio. Apesto. Me dirijo al baño y me voy bajo el chorro del agua.

Estoy caminando a lo largo de los arcos de Sottoripa. Bajo la vieja construcción se respira un aire de Kasbah, misterioso y de olor penetrante. Me encuentro en el mismo lugar de hace dos días, cuando escuché cantar a la

chica. Aquí están los mejores freidores de toda Génova, que conquistan a todos con sus delicias. Y si se quiere comer un buen panino con poco dinero, Sottoripa es el lugar adecuado.

Entro en la estrecha y larga bodega de Carletto.

—¿Cómo te lo preparo, estrella? — Carletto es un hombre alto y delgado, con ojos negros y melancólicos. Me mira y sonrío mientras se seca las manos con un trapo. Prepara paninos geniales. Miro golosa los ingredientes que se muestran en la vitrina—. ¿Te hago uno de liebre y alcachofas? ¿o prefieres hueva y hongos?

Me distraigo un momento y miro fuera del negocio. Y veo a Caterina con Luca. No sé por qué, pero mi instinto me sugiere seguirlos. Digo de manera apresurada a Carletto:

—Regreso —y comienzo a seguir a mis amigos. Esta vez sin hacerme notar.

Llegan debajo de mi casa. Parecen alegres, ríen en voz alta, mientras tocan

el timbre.

Yo estoy escondida en la oscuridad del callejón, escucho claramente a Caterina que le dice que suba, luego agrega:

—No está Marta.

Después, lo que veo no me agrada para nada. Luca aferra de las caderas a mi amiga y la besa. Ella ríe y lo deja. Él se despega de ella y toma su bolsa. Extrae las llaves y entran en el portón. Dejo pasar un minuto y entro en la casa. Voy despacio, no quiero que me descubran y paso al lado de la puerta de la recámara de Caterina.

Lo que escucho me deja sin aliento y me lleva atrás en el tiempo. Es un recuerdo tan violento que siento un peso que me golpea en el estómago y me corta la respiración.

De pronto me encuentro en la casa de Turín, advierto en el aire el perfume que usaba mi padre, una fragancia de limón y bergamota.

Estoy delante de la puerta entrecerrada de la recámara de mis padres y veo dos cuerpos abrazados en la cama.

Reconozco el cuerpo de mi padre, pero no reconozco los cabellos negros esparcidos sobre la almohada de mi madre. No es ella la mujer abrazada a él.

Quisiera correr y escapar, pero algo me impide moverme y escucho jadear aquellos cuerpos que a mis ojos de niña se transforman en una única entidad monstruosa.

Luego, ¿qué sucedió? El vacío.

Me refugio en una habitación y enciendo el teléfono. Obviamente tengo varias llamadas de él. Enciendo el reproductor de música, no quiero escuchar jadear a esos idiotas. Porque son dos idiotas.

CAPÍTULO IV

LA TESIS

El día después la cabeza me pulsa. Llevo puestos todavía los vaqueros y la camiseta de la noche anterior. Dormí vestida con la música en las orejas. Me abro paso hacia la cocina y al ver a Luca me sobresalto.

—¿Qué haces aquí?

—Preparo el café.

—¿Tú preparas el café? ¿Y Caterina dónde está?

—Durmió en el diván.

Esa frase dicha en aquel momento suena falsa hasta para sus oídos.

Él enarca la ceja. ¿Se está disculpando por haber ido a la cama con

Caterina? No, se siente culpable, pero su expresión no es de excusa.

Siempre pensé que Luca, una vez resuelta la situación con el profesor, podía ser el novio justo para mí. Me equivocaba.

Aparto la mirada hacia la mesa de la cocina, está puesta para tres, y noto una botella de esmalte. Extraño, Caterina que deje las cosas así, no es de ella. Y, de pronto, la obsesión maniaca de Caterina por su aspecto, el esmalte siempre de miles de colores diversos, su modo de ponerse los vaqueros, buscando cubrir su enorme trasero con suéteres largos siempre a la moda, me pone de nervios.

Ella se embellece para él. ¿Cómo no pude comprenderlo antes?

Pero Luca es mío. Es lo único bello y limpio que me ha sucedido en la vida y Caterina se lo ha llevado.

Luca, por segunda vez, me pregunta si quiero café y yo me suelto a reír, con

un tono estridente. Luego le doy la espalda y regreso a mi habitación.

Los odio. Sí, los odio a ambos. Él, con la mirada de quien ha arruinado algo que no sabe cómo arreglar, y ella, que siempre estuvo atraída por él y no me lo confesó.

Me deslizo al suelo. Me siento traicionada. Y no es una sensación nueva para mí. Me miro los pies. Aprieto todavía entre las manos el esmalte de Caterina. Lo abro y lo paso por mis uñas cortas y desnudas.

Rojo. Fuego. Por un momento siento un calor en las plantas de los pies y veo llamas a mi alrededor.

El sonar del interfono me hace saltar y hace caer el esmalte a mis pies.

—¡Mierda!

Miro el suelo en parqué. Nada de fuego. Otro tono. No tengo intención de abrir, pero no escucho ruidos en el apartamento. Me quedo en espera. El aroma del esmalte me penetra en la

nariz. Cierro el frasco y escucho desde el baño a Luca que llama a Caterina.

Una puerta se abre. Un tono más. Luego silencio. Ella ha abierto. Escucho pasos dirigirse a mi recámara. Ella está fuera de la puerta, capto su presencia. Se queda ahí hasta que no escucho nuevamente el interfono.

Ella no va a abrir inmediatamente. Toca y me pregunta si estoy despierta. Yo no respondo. Escucho que se aleja. Se escucha la cerradura de la puerta de entrada. Un grito.

Abro aprisa la puerta y me precipito a la entrada. El humo entra en la casa mientras Caterina grita:

—Toma una manta, ¡Marta! ¡Rápido!

Paso la puerta de la casa y a Caterina, y miro en el recibidor: algo se está quemando. Me quedo no sé cuánto tiempo mirando el fuego. La pequeña cicatriz en forma de coma que tengo en el pie comienza a pulsar. Tiemblo y aprieto fuerte las manos. La botellita de esmalte se rompe. Sangre y esmalte

gotean de mi mano, pero yo no siento dolor. Tengo los ojos fijos en el fuego.

Mientras tanto Luca sale del baño, tiene una toalla alrededor de la cintura. Ayuda a Caterina a apagar el fuego, apartándose con brusquedad. Usa la toalla y se queda desnudo.

Cuando todo termina, no sé cómo, me encuentro en el baño nuevamente, en estado confuso. Luca está curando mi herida, tiene el torso desnudo y lleva unos vaqueros.

Nadie de los dos habla cuando llega Caterina muy enojada.

—Esta es tu tesis —dice. Y me muestra lo que queda del libro ennegrecido—. Es obra de tu profesor —agrega, saliendo del baño. Yo no hablo, Luca me mira y me venda la mano. Escucho a Caterina gritar desde el desayunador—: ¡Ahora ese estúpido ha exagerado! ¿No lo quieres denunciar? Ningún problema, lo hago yo. Llamo a la policía.

—¿Qué ha sucedido? —pregunto a Luca.

—¿Cómo que qué ha sucedido? *Chèrie*, ¿no viste el fuego? El profesor quemó tu tesis. Me levanto súbitamente y me precipito al recibidor. Cenizas. Cierro la puerta y busco con la mirada la tesis. Está en la mesa en la cocina. Busco abrir lo que queda de las páginas y escondo un pequeño fragmento de la foto que se salvó del fuego. Se reconoce muy bien mi cara.

La meto en el bolsillo y cuando levanto los ojos Caterina me está mirando. Su rostro es serio.

Es difícil hablar ahora. Es difícil explicar.

Además, no sé cómo, susurro:

—Luca es mío.

La situación en que me encuentro no me gusta para nada. Son ellos los que me han traicionado, debería ser yo quien ponga una demanda por su bella noche. No soy responsable del comportamiento del profesor. Sin embargo, me encuentro

sentada en el diván, llena de preguntas a las que no quiero responder, como si la culpa de eso que ha sucedido fuese mía.

Casi tengo miedo de moverme, por temor a que un gesto mío pueda desencadenar de pronto una reacción violenta de parte de Caterina.

Ella aprieta fuerte el teléfono y amenaza con llamar a la policía si no le digo la verdad.

—Siempre que no ya le hayan llamado los vecinos —agrega Luca.

Nunca se había dirigido a mí de aquella manera y eso me ocasiona una absurda angustia.

—Pero, ¿te quieres calmar? — intento pronunciar, mientras ella continúa repitiendo:

—¿Qué escondiste en ese bolsillo de los vaqueros? Dímelo, de otra manera...

—Llamas a la policía. —agrego exasperada.

—Marta, ¿tienes el valor para hacerte la graciosa?

—¡Hablemos del tuyo, de tu valor!

—Miro a Luca a los ojos en búsqueda de ayuda.

Está exagerando. Lo comprendes también tú, ¿verdad?

Él se pasa las manos entre los cabellos, que se han secado mientras tanto y baja la mirada. No quiere tomar parte de la conversación.

—Mejor hablar de su valor — preciso con frialdad.

—Luca ha dormido en el diván — rebate Caterina en tono calmado—. Si te estás refiriendo a esta noche.

Bastó una pequeña referencia a la espléndida cogida que tuvieron para que Caterina retirase las uñas. Me pongo de pie y aferro las sábanas enrolladas sobre el diván, lista para golpear.

—¡Qué bella puesta en escena!

—Te equivocas. Luca durmió en el diván en verdad.

—Lástima que te haya escuchado. — Antes de que ella pueda replicar, grito con una voz antinatural, que no me

reconozco—: ¡Cuando gozas rebuznas como un asno, querida! —Y le lanzo la manta en la cara. Me acerco a un centímetro del rostro de Luca, que mientras tanto se ha levantado del diván y comienzo a rebuznar como histérica, luego me dirijo hacia la puerta para salir de casa, tomo un par de zapatos que estaban en la entrada y salgo azotando la puerta.

Herida y humillada. Pero soy yo quien está yendo a fondo.

Desciendo corriendo las escaleras y abro el portón. De pronto me siento como una niña que regresa de una pesadilla. La expresión en el rostro de Luca no la olvidaré nunca. Los zapatos caen al suelo, pero no hacen ruido alguno. El bochorno me golpea y me aprisiona, el aire se vuelve denso y me petrifica: soy un pequeño insecto que bate las alas, pero no logra volar.

Es la misma sensación que sentí aquella maldita noche de hace tantos

años. Pero él no está para tomarme la mano.

Todo está bien, Marta.

Me deslizo al suelo y miro mis pies.

Descalzos.

Como aquella noche.

Me suelto a llorar.

No sé cómo, pero me encuentro caminando por la calle calzando los zapatos deportivos de Caterina. Estoy conmovida porque peleamos. Es la primera vez que sucede. Nunca había peleado con ella, menos con Luca.

No recuerdo bien lo que dijimos y tampoco cómo hice para llegar a vía Venti. Sé solamente que siento un peso en el estómago, como si tuviese que vomitar, pero no sabría qué vomitar: estoy en ayuno desde ayer en la tarde. Tal vez es el hambre.

Antes de llegar a la parada del autobús compro, con las pocas monedas que encuentro en el bolsillo de los vaqueros, una libra de *focaccia*. Caterina, en ocasiones la moja en el café

con leche. Dice que es un delicioso equilibrio entre dulce y salado.

Si pienso en Caterina, se me cierra el estómago. ¿Siento odio por ella? Estoy trastornada. Camino sin mirar a mi alrededor, me parece estar circundada por espejos que reflejan mi imagen. Y yo no quiero mirarme. Subo al autobús y encuentro lugar cerca de un chico. Por algunos segundos mi mirada lo toca y en su rostro veo reflejada mi cara que rebuzna como un asno. Aprieto los ojos y cuando los vuelvo a abrir los apunto al asiento de enfrente.

Me dirijo a casa de mi madre. Ella se mudó a Génova el año pasado, para estar cerca de mí, así dijo. En realidad, se mudó porque su actual compañero enseña en un liceo genovés y decidió acercarse a él, no a mí, en realidad.

Mi madre habita en Sampierdarena, en un viejo edificio cerca del Teatro Modena, el único teatro clásico del siglo diecinueve que queda en Génova. El apartamento lo heredó su compañero y

ella no paga renta. No vive con él, es demasiado depresiva para vivir con otra persona.

En realidad, yo no sé nada de la vida de mi madre. De niña le daba siempre vueltas alrededor, era mi referencia, luego todo cambió. Recuerdo que en el periodo de la adolescencia buscaba ser igual a ella, tenía el mismo corte de cabello y usaba sus camisetas. Pero mi madre siempre me ha ignorado e incluso cuando intentaba ayudarla, me respondía mal y encontraba siempre algo para regañarme.

Antes de partir para Génova, le dije que sufría debido a esta falta de comunicación y, como respuesta, recibí solo el silencio.

No nos vemos nunca, pero hoy no sabría a dónde ir. En mi casa no me siento bien y el único lugar donde pueda reponerme es en su casa, además necesito dormir algo, estoy destruida.

Iré más tarde con él.

No quiero que ahora me vea en estas condiciones y luego, si Caterina ha llamado a la policía, no quiero encontrarme en una situación embarazosa. Hoy ya hice el ridículo, me comporté como una cretina. Espero que ella no haya llamado a nadie.

En ocasiones tengo como la sensación de estar enloqueciendo. En estos últimos días, el monstruoso peso del pasado parece caerme encima y me aplasta hasta hacerme sofocar. Busco abrir la ventanilla del autobús para dejar pasar un poco de aire. Está bloqueado. Insisto. Una vez, dos, tres, luego el chico sentado junto a mí me da una mano. Le agradezco sin mirarlo a la cara.

Cuando estoy particularmente bajo estrés veo sombras que, como gatos negros, me saltan encima; hoy, en cambio, veo mi rostro reflejado en los rostros de otras personas. Tal vez debería ir a terapia.

O tal vez necesito hablar con el profesor. Si tuviese el teléfono, lo

llamaría.

Solo él logra hacerme sentir mejor.
Cuando no miente.

—Nuestro infierno está creado del dolor y del sufrimiento que infligimos a los demás —es la primera frase que pronuncia mi madre cuando me ve. Debo tener un aspecto horrible. Me mira la cortada en la mano—. ¿Te hiciste daño?

—Nada grave, solo un rasguño. —
Tampoco ella está muy bien. Siempre fue delgada, como yo, tenemos el mismo físico, pero su rostro está extrañamente hinchado. Pienso que a causa de los ansiolíticos. Lleva un traje deportivo negro y está sin maquillar. Los cabellos rubios en casquete ondean, mientras me dice que me acomode en un diván consumido por el desgaste, y el brazalete con pendientes de ágata blanca hace ruido cuando mueve el brazo. Recuerdo aquel brazalete, no se lo ha quitado desde la muerte de mi padre. Su rostro es inexpresivo, no está sorprendida por verme, no está contenta

ni fastidiada. Me mira y espera que sea yo quien diga algo, mientras se acomoda en el sillón de frente a mí—. ¿Estabas durmiendo? —es lo único que se me ocurre preguntarle.

—Dormir... digamos que estaba intentando descansar. No duermo muy bien desde hace años, ya no. —Desde que murió mi padre. Miro a mi alrededor. No hay fotografías, nada de recuerdos míos ni baratijas. Y tampoco de sus padres. Comprendo que no haya fotografías de su madre; no tuvo una buena relación con ella, lo que me sorprende un poco. Aunque poco a poco, en parte, justifico el comportamiento de mi abuela. Ella creció en un ambiente de personas ancianas, porque nació en el periodo de la Segunda Guerra Mundial y los jóvenes estaban todos en el frente. Había vivido con los abuelos, su madre y un tío anciano que tenía problemas de salud. Después de que se casó, se ocupó de la familia y, a la muerte de los padres, del tío enfermo. Su vida no fue

nada fácil. Recuerdo que cuando era niña, a las pocas amigas que tenía, se dirigía usando el “usted” y portaba siempre los cabellitos adornados de una peineta de encaje que le cubría los ojos. La vida de mi madre estuvo condicionada no poco por la severidad de la abuela, pero me sorprende que no haya, al menos, una foto de mi abuelo. Tengo vagos recuerdos de este último, mi abuela tenía una personalidad muy fuerte, que ofuscaba la de mi abuelo. Pero mi madre siempre habló bien de él, decía que era un gran hombre, simple, y poco dado a desafiar la autoridad de las mujeres, pero era afectuoso con ella. Siempre a escondidas de la abuela, pero, al menos mi madre creció con un padre que la amaba. Miro la biblioteca sin libros. Su casa está vacía y triste como su mirada. Junto a la biblioteca hay dos plantas y el televisor es un modelo nuevo. Debe habérselo regalado su pareja—. ¿Entonces? ¿Qué viniste a hacer?

—Ayer fue todo bien, Ágata. —No la llamo mamá desde hace mucho. Y a ella no le molesta.

—Ah, claro, tu graduación, estoy contenta por ello. —No agrega más. Me molesta. Me equivoqué en venir; cuando estoy por levantarme, ella me pregunta inesperadamente—: ¿Estás bien, Marta? ¿Quieres algo de comer o de beber? ¿Te preparo un té, quieres? —y se levanta inmediatamente.

—Necesito descansar algunas horas. ¿Puedo quedarme aquí? —mi voz la alcanza mientras camina por el pasillo para llegar a la cocina.

—Sabes dónde está la habitación de los huéspedes —me responde, y agrega —: Te llevo todo a la recámara.

Claro, la habitación de los huéspedes. Yo soy un huésped para ella.

Me levanto del diván y me dirijo hacia la primera estancia que se encuentra a la derecha del pasillo. Antes de bajar la manija, escucho los ruidos provenientes de la cocina y, por un

momento, me parece volver a ser niña, cuando en la mañana estaba en la cama, y escuchaba a mi madre prepararme el desayuno.

Por algún segundo vuelvo a ver la cocina llena de sol. Las cacerolas de cobre atravesaban una pared entera y en los estantes los numerosos contenedores estaban llenos de especias de todos colores. Los utensilios de cocina eran de gusto un poco retro y, recuerdo, todavía mi taza de desayuno, decorada con la imagen de un gatito.

A menudo no me levantaba, aunque mi padre me llamaba repetidamente: hacía finta de dormir, porque amaba la manera en que mi madre me despertaba. Se sentaba en la cama y me acariciaba los cabellos, apartándolos del rostro, hasta que abría los ojos. Cuando los abría, en la penumbra de la estancia veía su rostro sereno que se transformaba de acuerdo a mis emociones, mi alegría infantil era el reflejo de la suya y, sin saberlo, éramos la misma niña.

Desde aquel gesto comprendía que le pertenecía.

Y ¿ahora a quién le pertenezco?

¿Y mi madre? ¿ha pertenecido a alguien? Con seguridad no a mi padre, aunque ella siempre ha pensado lo contrario.

Entro en la habitación y me acoge un armario con dos puertas de madera clara, una pequeña cómoda y una mesita redonda en lugar de la cómoda. Las cortinas, el cobertor y la pantalla de la lámpara son de color verde. Nada de alfombras. Ella siempre ha odiado las alfombras. Recogen polvo.

Me tiro en la cama. Cierro los ojos y vuelvo a traer a la mente las imágenes de mi habitación en la casa de Turín.

La primera imagen que recuerdo es la de dos grandes contenedores rosa llenos de juguetes. Y un tapete. Sí, en mi habitación había un gran tapete lleno de botones dibujados.

Solo en la casa de Pinerolo mi madre decidió abolir los tapetes, o tal

vez le gustaban a mi padre y ella no quería tener nada que se lo recordase.

Vuelvo a abrir los ojos y miro el techo.

A menudo me sucede ver a madre e hijas que hacen compras o pasean del brazo. Hablan y sonríen cómplices, como amigas. Estoy convencida que no son personas reales. Prefiero pensar que están actuando la parte de la familia feliz. No existen madre e hijas así unidas.

Después de la muerte de mi padre, ella no se ha vuelto a sentar en mi cama para despertarme y recuerdo que, por muchos años, en la mañana, abrí los ojos esperando ver su cara. En la noche, se encerraba en la habitación y yo me sentaba por horas fuera de la puerta esperando salir a darle las buenas noches. De vez en cuando tocaba y la llamaba susurrando, pero ella nunca abría. Resignada, iba a mi habitación y me dormía siempre sola, dándole las buenas noches con un beso vacío.

Cuando entra, apretando una bandeja entre las manos, yo como buena niña, me siento. Ella acomoda todo en la cómoda y toma la taza de té.

—Bebe, no está muy caliente. Esto te hará dormir.

—Bebo todo el líquido amarillo sin protestar y mientras ella repite, por segunda vez, “te hará dormir”, de improviso me suena una alarma:

—¿Qué le has puesto al té? — Mientras tanto la cabeza comienza a girar, los párpados me pesan, y siento su voz llegar de lejos, como la nana que cantaba de niña de color hace algunos días.

Cuando me despierto, tengo un recuerdo nítido de mi infancia. Hay una música de fondo, estamos en el jardín de una bella casa de campo. Somos huéspedes de una familia, amigos de mi padre.

Es el cumpleaños de uno de sus hijos y mis padres me habían llevado a la fiesta con media hora de anticipación.

Ágata ayuda al padre del niño a inflar los globos y yo me alejo curiosa. Salgo del portón posterior, doy vueltas en un enorme jardín por más de diez minutos, luego veo un invernadero.

Siempre me han gustado las flores y no sé por qué decido tomar una. Entro, excitada por la idea de estar haciendo algo prohibido. Son bellísimas; si las mantienen en un invernadero, según yo, quiere decir que son preciosas. Involuntariamente dejo caer un florero. Me agacho para limpiar y nadie puede verme, escondida bajo la mesa. Ni mi padre y la madre del niño que entran en aquel momento. No hablan, reconozco sus zapatos. Me acurruco y busco estar inmóvil lo más posible. Si mi padre me descubre, me castiga por una semana.

La mujer, con voz ronca, le pide apresurarse. Mi padre no dice nada, escucho solo jadeos. No logro comprender lo que están haciendo, camino a gatas y me escondo detrás de un enorme florero de una planta sin

flores, para espiar sin hacerme notar. Mi rostro de niña se esconde en medio de las hojas y lo que veo me aterra: la mujer está apoyada en una barra de madera, tiene la falda elevada y las piernas abiertas acogen a mi padre que empuja y jadea como un animal.

Una vez había visto en la televisión a dos chicos que hacían el amor, pero no era así.

Horrorizada, me agacho detrás del florero y me tapo las orejas, hasta que terminan y salen del invernadero. No sé cuánto tiempo pasa y, cuando vuelvo a la fiesta, mi padre me grita no solo porque no sabía dónde estaba, sino, sobre todo, porque tengo el vestido blanco sucio de tierra. Me quedo todo el tiempo sentada en una silla de plástico mirando a la madre del niño.

Antes de que terminase la fiesta mi padre dice:

—Aprovecho este bello día para felicitar a mi Ágata. Hoy es nuestro aniversario: trece años de matrimonio.

—Y le da un regalo mientras todos aplauden.

Cada año le regalaba una joya con su piedra preferida: el ágata. Ese año le había regalado el brazalete con los pendientes. Su último regalo.

Las cosas, desde aquel momento, no habían sido nunca las mismas.

CAPÍTULO V

RECUERDOS

—¿Qué había en el té? —pregunto a mi madre antes de notar que se cambió de ropa: lleva pantalones negros y una camiseta de algodón azul. Su vestimenta es aburrida, exactamente como ella. Siempre fue una mujer sin personalidad.

—Algunas gotas de tranquilizante. Me las prescribió el médico, estate tranquila, sirven solo para dormir. Y tú lo necesitabas. —Me siento como si me hubiese embestido un tren. Tengo la cabeza ensordecida, pero no estoy menos tensa que antes—. Ahora debo salir —dice ella—. Sígueme.

Me está llevando a la puerta. Nos vamos a una sala. Ella toma la bolsa, las

llaves de casa sobre una ménsula y un pañuelo de flores que se ata alrededor del cuello. Por un momento siento las manos del profesor que aprietan mi cuello. Degluto, luego digo todo rápidamente.

—¿Tú qué sabes de Alberto Bottero?

Ella arruga el ceño, luego ejerce una ligera presión en mi hombro para hacerme comprender que la siga. Nos colocamos al ingreso. Se coloca los zapatos de tacón mientras se apoya en mi brazo.

—Era nuestro vecino de casa cuando vivíamos en Turín. No puedes haberlo olvidado. No es el momento de hablar de ciertas cosas. Estoy saliendo. —Y aprieta más fuerte mi brazo. Como aquella noche.

—¿Y cuándo es el momento? Nunca es momento para hablar de aquella noche.

Ella deja mi brazo y puntual pronuncia una frase que me deja sin

palabras:

—Algo puedo decirte: ¿sabes que estaba embarazada cuando murió tu padre? —Luego agrega—: aborté. —Silencio. —¿No dices nada? ¿No quieres saber? —El silencio entre nosotras es insoportable pero no sé, en verdad, qué decir. ¿Un niño? Entonces, habría podido tener un hermano o una hermana. Podría haberme sentido menos sola, ahora, si ella no hubiese abortado. Los ojos se me llenan de lágrimas. Ella, en cambio, se suelta a reír mientras dice —: ¿Nunca dejarás de llorar, Marta? — Su reacción me desorienta.

¿También está mintiendo? Como el profesor. De pronto no creo nada a nadie y me trago las lágrimas.

—Si es verdad, ¿por qué abortaste?

—¡Claro que es verdad! Entre nosotras yo no soy la mentirosa. —su voz se carga de hastío al pronunciar esta frase. Ella me odia, me ha odiado siempre porque no le dije que mi padre tenía una amante. Comienza a recordar

cómo y cuándo quedó en cinta, detalle que a mí me interesa muy poco, y concluye diciendo—: No tuve al niño porque no lo habría podido educar sola a otro monstruo como tú.

¿Monstruo? ¿Escuché bien? ¿Para mi madre soy un monstruo?

Nuevamente mis ojos están llenos de lágrimas.

—¿Por qué dices eso, mamá?

A pesar de que tenga años que no la llamo mamá ella no reacciona.

—Ahora debo irme. —abre la puerta y me empuja en el portón.

—Yo sé que fallé, debía decirte lo de papá y aquella otra mujer, pero era una niña. ¿No puedes perdonarme?

—Marta... —me mira a los ojos. Por un momento leo aquel amor que siempre me ha dado, aquel amor inmenso que todas las madres sienten por sus hijos—. Por ello ya te perdoné. —Azota la puerta y comienza a descender las escaleras a pie.

Yo me asomo por la boca de las escaleras y le grito.

—Y entonces, ¿qué es lo que no me perdonas? Mamá... detente... mamá... — no me sentí tan sola en mi vida como el día de hoy.

¿Quién puede llenar mi vacío?

Sólo él.

Estoy nuevamente en la calle. Está oscuro, no sé ni siquiera qué hora es en este momento. No tengo reloj ni teléfono. Camino con la cabeza hundida en los hombros, como si el cielo me fuese a golpear de un momento a otro.

Salgo por el portón del apartamento de mi madre, corro hasta la parada del autobús en vía Cantore. Quería escapar, me sentía sofocar. Ahora estoy caminando hacia casa. Quiero ducharme, cambiarme e ir con él.

Necesito verlo. Tal vez es peligroso, no lo sé, pero tengo necesidad de saber. Por un momento me viene a la mente el primer examen que tuve en la

universidad. Ese fue, tal vez, el día más intenso de toda mi vida.

Veía a los estudiantes preocupados entrar en el aula, y no todos salían felices: algunos estaban descontentos, otros desesperados. Los interrogatorios se sucedían uno tras otro, y cuando llegó mi turno, ya estaba aburrida y acostumbrada al actuar severo de los asistentes y profesores, casi como si ya hubiese tenido el examen.

Él estaba sentado frente a mí, atento. Yo hablaba con una cadencia mecánica, sin variar el tono de mi voz. Me hizo repetir el examen diciendo que habría podido hacerlo mejor.

Él espera siempre más de mí, dice que poseo una fuerza que me es desconocida. Sostiene que hay una parte de mí que busca anularme.

Cuando entro en casa, no hay nadie. En el recibidor todo está limpio y mi tesis desapareció, solo la peste a quemazón quedó en el aire. Toco la puerta de Caterina, luego bajo la manija

y entro. Todo está en perfecto orden, y la fragancia de colonia que esparce siempre sobre las almohadas, mezclada con el olor a quemado me da náusea.

Caterina colocó un pequeño escritorio bajo la ventana. A falta de espacio para colocar estantes, decidió no utilizar ni cajones para colocar cuadernos, notas o libros, y ha acomodado bandejas alrededor del lugar de trabajo para organizar lo necesario para estudiar.

Su originalidad ahora me fastidia. Todo lo que siempre me gustó de ella, de pronto me pone de nervios.

Con la mirada abarco toda la habitación, de mi tesis no hay ni sombra. Por un momento tengo la tentación de hurgar en sus cosas, en búsqueda de quién sabe qué, pero sé que se daría cuenta, entonces lo evito. Me doy una ducha, buscando no mojar la herida de la mano, me pongo un vestido de flores azules y a los pies unas sandalias. Él encuentra excitante mi apariencia, nada

de encaje o ropa ajustada, y adora mi ropa íntima de raso color perla que compré para él.

Abro el cajón de la cómoda y tomo la pulsera de pie. Es un regalo suyo. El único que me ha hecho. No ha pasado mucho tiempo desde entonces, tal vez quince días. Estábamos en su casa. Yo me había puesto la ropa interior y él, mirándome, susurró:

—Eres poeta de la inocencia que has conservado a pesar de Turín.

—Háblame de aquel día —le había preguntado, besándolo.

—¿Por qué me obsesionas? Tú sabes la verdad.

—Necesito escucharlo de ti.

Él no respondió y se alejó de la habitación por algunos minutos. Cuando volvió, me obligó a acostarme en la cama.

—Para recordarte que siempre estoy contigo. —Y me ató la pulsera al tobillo.

Yo había intentado quitarlo, porque aquel adorno me parecía símbolo de esclavitud, pero él aferró mi brazo, impidiéndolo.

Lo miré a los ojos y le dije:

—Me estás arruinando la vida.

—No las estamos arruinando recíprocamente, Marta.

Salgo después de haber comido un panino rápidamente. El calzoncillo está en la bolsa y la pulsera en el tobillo.

Cuando llego a su casa, antes de toca al interfono, tomo el teléfono. Estoy indecisa si advertirle o darle la sorpresa. Él no me ha llamado, no tengo mensajes suyos tampoco.

¿Quién sabe si Caterina ha puesto la denuncia o lo dejó pasar? Me mordisqueo una uña y comienzo a pasear nerviosamente. Estoy en la acera de frente a su portón. De pronto recuerdo el día que le había hablado de Turín. El día en que tomé la foto, mientras estábamos desnudos en la cama de su casa.

Él dijo una vieja leyenda de la peligrosidad de las fotografías que robaban el alma. Y yo le respondí divertida:

—¿Las fotografías roban el alma? La nuestra, entonces, la perdimos juntos.

—Un bello modo... —farfulló distraídamente, queriendo proseguir el juego que había comenzado.

—No lo perdimos entonces. No con la foto. Nuestra maldición es el fuego. ¿No recuerdas Turín? ¿No te acuerdas de mí? —Me había alejado la cabeza de golpe de su rostro, aferrándome los cabellos. Me escrutó con los ojos furiosos—. *La pequeña Agni* —susurró. Luego esas palabras: —Todo está bien, Marta.

Él finalmente se había acordado de mí y me vinieron a la mente fragmentos de más recuerdos. Recuerdo perfectamente el día que me dio aquel nombre y solo imágenes confusas de él que me toma de la mano y me dice que todo estaba bien.

Había comenzado a llamarme la “pequeña Agni” un día de verano, hacía mucho calor y el aire en casa estaba impregnado de aroma a comida. Sentía el frío del suelo bajo los pies desnudos, mientras él decía que tenía que sentarme en la mesa para comer.

Pocas horas antes se había lamentado con mi madre, lo recuerdo muy bien, porque no quería que me quedase en su casa.

—Tengo un compromiso, señora. Para las 13 horas debo estar fuera de casa.

—Para esa hora estaré ya de regreso.

En cambio, mi madre no vino por mí. Aquella mañana salió corriendo, portaba un vestido largo blanco y sandalias. No sé qué compromiso tendría, recuerdo solo que la escuela estaba cerrada y yo estaba en casa con ella. Ella había recibido una llamada y me llevó con el profesor.

Él me miraba severo y yo tenía un puchero. Tal vez era una de las primeras veces que había ido a su casa, sé que no lo conocía bien y no me agradaba. Yo quería jugar, no tenía hambre, y estaba enojada con mi madre por haberse olvidado de mí.

—Ahora comemos; cuando tu madre se digne a venir por ti, podrás jugar con ella cuanto gustes. La atmósfera era tensa y yo continuaba quieta en la sala con los brazos cruzados. No quería saber nada de estar en la mesa. Odiaba aquel su modo de dirigirse a mí, me hacía sentir un paquete olvidado. Entre las manos tenía apretada una muñeca, de cabellos rubios como los míos y como los de mi madre. Él se sentó y puso una silla junto a la suya para invitarme a ocupar el lugar vacío. Sobre las hornillas había una cacerola en el fuego, y no sé cómo quedé hipnotizada por las llamas por algún momento, luego me acerqué a la mesa arrastrando los pies. Mi padre me habría gritado, no

soportaba a “las niñas caprichosas”, yo sabía bien, pero el profesor no había dicho nada. Nuevamente había movido la silla para hacerme comprender que tenía que sentarme. Lentamente, comencé a girar alrededor de la mesa, él me seguía con la mirada. Al llegar a las hornillas, aferré la muñeca de los pies y le metí la cabeza ahí. Él continuaba mirándome con una extraña expresión en el rostro. Me había volteado y metido la cabeza bajo la cacerola, de manera que los cabellos se encendieran, luego se la mostré, convencida de haberle hecho un despecho. Él, en lugar de gritarme, comenzó a reír. La cabeza de la muñeca se quemaba y yo, asustada, la dejé caer en la mesa. Él continuaba riendo y dijo —: Agni. Eres la pequeña Agni.

La lluvia me trae a la realidad. Es una lluvia ligera, parecen pequeñas agujas sobre la piel. Atravieso corriendo la pequeña plaza y me refugio bajo la cornisa de su edificio, junto al

portón. Mientras tanto, sale una chica con los cabellos largos y negros.

—¿Dejo abierto? —me pregunta sonriendo.

Le agradezco y, mientras con una mano mantengo la puerta abierta, con la otra, toco el interfono.

La chica abre un pequeño paraguas y atraviesa la plaza y, cuando él responde:

—¿Qué se te olvidó? —comprendo inmediatamente que estaba en su casa.

Dejo la puerta que se cierre con un golpe y no respondo—. ¿Quién es? —pregunta él con cautela—. ¿Marta? ¿Eres tú? Ven. —y abre la puerta. Debería estar contenta si es que frecuenta a otra mujer; con seguridad me dejará en paz. En cambio, tengo la misma sensación que cuando Caterina besó a Luca—. ¿Dónde estabas? —es lo primero que me pregunta cuando entro en la sala. Siempre hace así: deja la puerta abierta y me espera en su “reino”, así lo llama él. La gran biblioteca cubre todas las paredes y él, esta vez, no me

espera sentado en el sofá borgoñón de piel, sino de pie detrás del antiguo escritorio y con una mano acaricia un abrecartas—. Tus amigos estaban preocupados por ti.

—¿Tú qué sabes de mis amigos?

—Luca vino.

—No te creo.

—Estaba preocupado por ti. — repite ignorando mis palabras—. ¿Qué te hiciste en la mano? ¿Te quemaste? — Parece divertido.

Maldito psicópata.

—Y ¿cuándo vino? ¿Antes de que te cogieses a la chica que encontré en la entrada o los encontré juntos?

—Marta, no quiero pelear. ¿Qué viniste a hacer?

Me quedo en silencio y lo miro. Él tiene un tipo de cara que cambia continuamente de expresión: antes era dulce y gentil, ahora es duro y cínico.

—Quemaste mi tesis.

—Quería usted ponerme en ridículo frente a todos, con aquella foto. —

sonríe. Es un demonio. Conozco esa sonrisa. Quiere tener sexo, pero me habla de usted—. Es una bella chica, ¿verdad? Tú lo sabes porque estaba aquí, la estoy ayudando en sus estudios. —Se acerca y continúa sonriendo.

Sí, si te agrada su tipo, estoy al punto de responder. Pero no digo nada. No es el momento para hablar de aquella chica y tampoco de la foto, hay preguntas a las cuales quiero encontrar una respuesta.

—Estuve con mi madre. —Levanto el tono de la voz y retrocedo.

Él se detiene en medio de la habitación y su sonrisa cautivadora desaparece de su rostro súbitamente. Me hace una señal para acomodarme en el diván.

—Cuenta. —y se sienta. Cruza una pierna.

Yo me quedo inmóvil.

—Me dijo que soy un monstruo.

Él se suelta a reír y eso me molesta. —pequeña Marta ingenua— y continúa

riendo —pero qué sabe tu madre de ti.

—¿Y tú qué sabes de mí?

—Yo te conozco, Marta. Sé cuán grande es tu poder interior. ¿No te das cuenta de cuánto has crecido gracias a mí? Debes liberar tu fuerza, no debes sofocarla, debes expandirla. Piensas que tu madre ahora es feliz, pero no es así. —Lo miro sin entender un maldito ápice de lo que está diciendo—. Un día comprenderás, estoy seguro.

—¿Por qué prendiste fuego a la tesis?

—Esta es una pregunta que me decepciona. Quemé la tesis y aquella maldita foto porque era necesario. Yo sé que me comprendes, eres la única que me puede comprender. El fuego purifica, el fuego es puro y tú lo sabes mejor que yo. No debería nunca ser tocado y contaminado por el hombre, como lo hizo Luca. Es Luca quien apagó el fuego. No debía hacerlo. No debiste permitirle hacerlo. —Ahora su rostro tiene una

mirada que me da miedo: ojos exaltados y una sonrisa asesina.

De pronto siento un dolor en el estómago. Pienso en la tesis quemada y en la muerte de mi padre. Si me sucediese algo, nadie sabría dónde me encuentro. Nadie sabría cómo desaparecí. Debería irme inmediatamente, debería escapar. Mi buen sentido me dice que no debería estar sola con él. Por un momento me acuerdo de las palabras de Caterina: Debes denunciarlo. Cate tiene razón, debería salir de esta casa y denunciarlo. Y, en cambio, suspiro profundamente y le pregunto:

—¿Qué te llevó a Turín?

Él levanta los hombros:

—De joven trabajé en Trieste luego viví en Boloña. En cuanto a Turín, era un lugar como otro para vivir. No me gusta estar tantos años en el mismo lugar.

Miente. Me acerco a la puerta previendo fugarme si las cosas se ponen mal.

—¿Y tú familia?

—Estoy solo.

—Pero ¿tus padres?

—Estoy solo —repite. Y su tono de voz me sugiere que no insista en lo de su familia.

—No es fácil vivir en una ciudad sin amigos.

Él deja de sonreír.

—Siempre tuve a mis estudiantes.

—¿Considerabas a mi padre un amigo? —De pronto su sonrisa deja lugar a una línea horizontal, horizontal como la línea que aparece en el monitor cardiaco cuando el paciente ha muerto ya.

—Te hago una pregunta, Marta: ¿Por qué tienes miedo de mí? Somos iguales, Turín nos acercó, nos hizo encontrarnos. —Se levanta y se acerca. Yo me pego a la puerta, con la mano en la manija. Él me aparta un mechón de cabellos del rostro—: Solo yo te conozco, Marta.

—Y si me conoces, ¿por qué no quieres decirme la verdad?

—Porque tú sabes la verdad. Siempre la has sabido. Ahora tienes que irte...

Cuando llego a la casa, es hora de cenar. Antes de entrar llamo a Luca. No responde y el teléfono está apagado. En este punto espero que Luca esté en casa con Caterina. Cuando entro, en cambio, solo encuentro a Caterina. Está en pijamas, sentada en el diván, y está hojeando una revista. La televisión está encendida, pero sin audio. Me está esperando.

Nos miramos a los ojos y luego, ambas pronunciamos:

—Lo siento...

Luego reímos.

—Tu profesor está arruinando nuestra amistad —dice ella.

—No es *mío* Cate, evita llamarlo así. Fui una estúpida, en verdad lamento todo, pero necesito saber dónde está Luca, ¿Tú lo sabes? Necesito hablar con él. —Me quito los zapatos y pongo la bolsa en la mesita frente al diván.

—No, no sé dónde esté. Salió hoy después de haberme ayudado a limpiar el desastre. No he sabido más de él. ¿Tú dónde estuviste?

—Estuve con mi madre, y luego, esta noche, fui con el profesor. Pero, antes de que te enojas, déjame explicarte. — Debo darle explicaciones, no puedo continuar mintiéndole.

—Está bien, habla.

—No sé dónde comenzar. —Me siento junto a ella. Cruzo las piernas y, con un elástico que tengo siempre en el bolsillo, me ato los cabellos.

Caterina deja caer la revista al suelo.

—Mientras tanto, dime qué te metiste en los bolsillos hoy.

—Cate, eso es una estupidez. Lo que debes saber es que él vivía en Turín junto a la casa donde vivía con mis padres cuando era niña.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No lo sé, no sé qué responderte.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Está bien.

—Es algo personal.

—Está bien —repito yo.

—Tiene que ver con la relación que tuvieron tú y el profesor.

—Sí, ¿qué? —Ahora no sé si quiero escucharla, pero debo.

—¿Él ha abusado de ti?

Las palabras quedan suspendidas en el aire. Pienso en él que aprieta mi cuello.

—Sí, creo que sí.

—¿Cómo que crees que sí?

—Tengo recuerdos confusos, te he dicho que me sucede últimamente. También de cuando era niña. Sucedieron cosas en Turín y él es responsable de eso... —No sé si contarle de mi padre.

—Tesoro, así no comprendo. Debes ser más precisa.

—Hubo un incendio y él es el responsable.

—Marta, debes alejarte, ese hombre es peligroso.

—Sí, tienes razón, por esto quería hablar con Luca. También él debe estar lejos del profesor.

—Luca te ama —Cate baja la mirada, avergonzada. Luego recoge la revista y comienza a hojearla.

—Hoy fui una estúpida, pero los vi de frente al portón. Se estaban besando.

—Estábamos ebrios, él durmió en el diván, en verdad. Yo vomité casi toda la noche. —Le acaricio una mano. Ella deja de hojear la revista y levanta la mirada—. ¿Crees que el profesor pueda hacerle daño a Luca?

Respiro profundamente:

—Una persona así, capaz de hacer lo que ha hecho en Turín, puede herir no solo a mí, sino también a las personas a las que quiero. Y Luca fue con él, seguramente para defenderme. Ahora el profesor lo odiará.

Caterina está preocupada por nuestro amigo.

—Pero, ¿Por qué no lo denuncias, Marta? Yo no comprendo.

—Porque tengo miedo de que nadie crea que yo esté en peligro; tengo miedo de que comiencen a creerme cuando todo sea demasiado tarde.

—Pero yo te creo, tesoro. Vi lo que hizo a tu tesis, leí los mensajes que te envió. Debemos hacer algo, no quiero que suceda nada malo a Luca. Y también a ti —agrega inmediatamente después—. No me lo perdonaría nunca si sucediese algo.

No hay necesidad de agregar más, Caterina está enamorada de Luca. Y de pronto me vuelven a la mente las palabras de mi madre: *Nuestro infierno está creado del dolor y del sufrimiento que infligimos en los demás.*

Yo causo dolor a las personas que están cerca de mí, por esto me siento siempre mal. Caterina no soporta la idea de que Luca esté enamorado de mí. Lo leo en su mirada.

Soy un monstruo, tiene razón mi madre, porque, a pesar de todo, yo estoy celosa del amor que Caterina siente por

Luca. Y la odio. Exactamente como mi madre odiaba a la amante de mi padre.

Por un momento me vuelvo a ver con el profesor en su casa. Siempre apoyada en la puerta de su estudio.

—¿También Luca te coge así? —me pregunta mientras me obliga a voltearme de espalda. Yo apoyo las manos en la puerta y abro las piernas. Él me levanta el vestido, me quita las bragas y me penetra brutalmente.

Degluto. Mis mejillas se enrojecen mientras escucho mi voz llegar de lejos que dice.

—¿Quieres ver cómo me coge Luca? Él me ordena que me vaya. Aprieto los ojos como para alejar el recuerdo. ¿Fui yo quien lo provocó? Entre las piernas siento arder. Tengo necesidad de aire. Salgo de nuevo, sin decir una palabra.

CAPÍTULO VI

EL INCIDENTE

—Tu padre nos abandonará pronto. —
Mi madre está extendida en la cama, yo
estoy cerca de ella, su rostro está tenso
por la ira.

—No es verdad —le respondo,
apretando las mantas. Un ramito de
flores rojas se extiende sobre la manta,
como una hierba salvaje.

—Oh sí, lo hará. Ahora está con
ella.

—¿Con ella quién?

—No finjas que no sabes. Sé que lo
sabes.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Me ocuparé de ti, mamá.

—Toma las pastillas en el cajón de la cómoda, Marta. —Abro el cajón y tomo un frasco blanco. Cuando me volteo, el ramo está sobre la manta hasta cubrir el rostro de mi madre—. Quisiera solo que él desapareciese. Para siempre, susurra ella, antes de ser devorada por la hierba.

Me despierto sobresaltada. El teléfono suena con una tal violencia que me siento como embestida por aquel sonido agudo y penetrante. Mientras pienso en cambiar el tono de llamada leo en la pantalla: Luca.

—Oye... te busqué ayer en la noche.

—No soy Luca, Marta. Soy Caterina. Tienes que venir al hospital, en Sampierdarena, Villa Scassi. Luca tuvo un accidente.

Me siento desvanecer, la cabeza se me hunde en el pecho, como se apenas hubiese sido cortada por una guillotina. Mientras me siento, encuentro solo la fuerza para decir:

—Voy inmediatamente.

Dormí nuevamente vestida. Son las once. Verifico el teléfono: tengo una llamada del profesor en la mañana. El pánico me toma de la garganta. ¿Por qué me llamó a esa hora? De pronto me siento responsable del incidente de Luca y no sé siquiera por qué.

O al menos, lo sé: fue él. Le hizo daño a Luca por mi culpa. Por un instante pienso en el dolor que siente Caterina en este momento y el placer que siento me horroriza. Luego pienso que el pánico me ha provocado siempre reacciones estúpidas. Recuerdo que cuando la casa ardía, yo reía. Estaba alegre, la adrenalina escurría en el cuerpo mientras en la boca tenía el sabor del hollín.

Solo demasiado tarde, me doy cuenta de lo que estaba sucediendo y me quedo ahí mirando, impertérrita.

Él sigue arruinando mi vida, como entonces. Yo soy quien se lo ha permitido. No debía venir a Génova, me equivoqué. Él es un asesino. Puede

mentir como quiera, pero mató a mi padre. ¿Y ahora cómo hago para liberarme de él? ¿Voy a la policía? ¿Lo denuncio? No sé qué hacer.

Me siento exactamente como cuando murió mi padre. Siento impotencia que me hace sentir culpable como en los días después de su muerte.

Mi madre me había encerrado en la habitación por dos días, sin comer ni beber. Recuerdo que lloré y grité hasta perder la voz. También ahora quisiera gritar, pero me falta la fuerza.

No me lavo siquiera la cara, me pongo los zapatos y tomo mi bolsa. Salgo de casa, esperando que a Luca no le haya sucedido nada grave.

Pero antes quiero pasar con el profesor, debo saber qué sabe de esto.

Cuando llego a su casa, estoy cada vez más trastornada por lo que le haya sucedido a Luca. Me siento en el escalón del portón, toco el interfono, pero él no está.

Comienzo a buscar en la bolsa, en búsqueda del teléfono. Podría llamarlo para que me diga dónde se encuentra. En aquel momento, la chica con los cabellos negros se materializa delante de mí. Hoy lleva tacones de aguja y un par de vaqueros pegados.

—Hola, nos volvemos a ver —dice alegremente.

Mientras reviso en la bolsa, llega a mis manos otra foto de nosotros dos juntos en la cama.

La rabia me asalta. La ignoro y tomo una pluma. En el reverso de la foto escribo:

El lugar de la próxima foto es el tablero de anuncios de la universidad.

Me pongo de pie y se la doy a la chica:

—Dásela cuando lo veas.

Y me voy.

En silencio entro en la habitación del hospital, Luca duerme. Tiene las piernas enyesadas y el blanco de su piel se confunde con el blanco de las sábanas.

Caterina está sentada en una silla junto a la ventana. Sus ojos están rojos e hinchados.

Al lado de la cama de Luca hay un lugar vacío, las sábanas están deshechas.

Hace un calor infernal, las ventanas están cerradas y el olor de desinfectante es insoportable. Dejo vagar mis ojos por la habitación y pienso que esta escena, definida de manera tan intensa, no podrá nunca convertirse en pasado.

Caterina me mira con ojos cuestionadores. Por un momento me recuerda a mi madre.

—¿Qué ha sucedido? —digo.

—Fue atropellado y dejado por horas a un lado de la vía Fillak, en Sampierdarena, que lleva hacia un paso superior de la línea ferroviaria.

—¿Y luego? —las palabras me salen de la boca antes de que pueda detenerlas.

—¡¿Y luego?! —repite Caterina levantándose de la silla—. ¿Qué clase de pregunta es esa, Marta? —me empuja fuera de la habitación.

Tiene razón. ¿Qué me sucede esta mañana?

—Disculpa, Cate, no sé qué me sucedió... yo...

—¡Yo, yo y siempre yo! No sabes decir otra cosa, últimamente. ¡Aquí no se trata de ti y de tu locura! Aquí se trata de Luca... de LUCA —Repite gritando.

Caterina me cree loca. Tenía razón en pensar que nadie me tomaría en cuenta si contase toda la historia. Ya sé que no puedo remediarlo, y lo único que logro preguntar es:

—¿A qué hora sucedió?

—¿Es importante a qué hora sucedió? Porque es tu culpa, ¿lo sabes?

Una vez más sus palabras me recuerdan a mi madre. De pronto me

siento extrañamente fuera de lo que está sucediendo a mi alrededor. No puedo soportar un peso similar, no lo logro. El único modo para protegerme es permanecer controlada. Esto es lo que me ha enseñado el profesor. Respiro profundamente. Verifico.

—¿A qué hora sucedió? —vuelvo a preguntar, ignorando lo que ha dicho Caterina.

—Si te interesa saberlo, sucedió algunas horas después de que tú volvieses. Fue a cenar con unos amigos y, luego de despedirse, quería venir con nosotras... contigo. —especifica inmediatamente—. Luca quería hablar contigo.

—Cate, no pudo ser el profesor, a esa hora estaba conmigo. —Necesito recuperar tiempo, no quiero que Cate me haga el enésimo regaño.

El silencio que sigue es interminable.

Luego Caterina dice:

—No sé qué está sucediendo, Marta
—Se pasa una mano entre los cabellos
—. Piensa que antes de entrar al hospital me ha parecido haber visto al profesor salir del portón junto a la sala de guardia, pero no era él. Desde que quemó la tesis, lo veo por todos lados.

Nunca he visto a Caterina tan descuidada. No tiene maquillaje y lleva un viejo traje deportivo.

—Tienes razón cuando dices que es mi culpa. Tenía que resolver mis problemas hace años. Lamento haberlos involucrado.

—La agresión de Luca no tiene nada que ver contigo. Soy yo quien explotó. Estás demasiado extraña últimamente, no te reconozco.

—Lo sé. —me miro las manos, aclaro la voz—. Voy a casa y hago la maleta. Me voy por unos días, creo que es lo mejor.

Sigue una breve pausa, luego ella dice:

—¿Me llamarás?

—Claro —Sonrío.

—¿Me lo prometes?

—Prometido. —Le acaricio una mejilla, luego agrego—: Cuando Luca se despierte, dile que vine. Te quiero mucho, Cate. Y le doy la espalda mientras mis ojos se llenan de lágrimas.

Entro en mi casa y me desvisto, dejando las prendas por todos lados. Me quito la venda de la mano y miro la herida. No es nada grave. Me meto bajo la ducha, dejo que el agua caliente me quemé la piel.

Cuando mi padre regaló el brazalete a mi madre, ella no hacía más que sonreír. Sonreía también cuando nos subimos al auto, al final de la fiesta. Estaba feliz.

Tengo un nítido recuerdo de aquel día. Me siento en el asiento posterior del auto. Mi padre mira por el retrovisor y mi madre dice:

—Marta, tesoro, ¿todo está bien? Estás extrañamente silenciosa, no eres así. No has dicho ni tres palabras en la fiesta de Alberto y estuviste emberrinchada todo el día. También ahora. ¿Te gusta el regalo que me hizo papá? —Y hace tintinear el brazalete.

—*Tres palabras*, ¿está bien, mamá? —respondo, mirando a los ojos a mi padre que se refleja en el retrovisor.

—No seas mal educada con tu madre. —Me regaña apartando la mirada.

Ella ríe.

—Déjala, Bruno. —Volteándose hacia mí me pregunta.

—¿Cómo es que te ensuciaste el vestido?

—Me gustan las flores. ¿Y a ti papá?

Él detiene bruscamente el automóvil y me da una bofetada.

Salgo de la ducha. La piel está enrojecida. Me envuelvo la toalla en el cuerpo y dejo gotear los cabellos.

Voy a la recámara, tomo una mochila y la lleno con algo de ropa, luego tomo el teléfono. El cable ha envuelto al aparato como una serpiente. Pienso en mi padre.

Él comprendió lo que había visto en el invernadero. Cuando volvimos a casa, me hizo prometer que no dijera nada a mi mamá. Y él prometió que no volvería a estar con aquella mujer.

Obviamente mentía.

Hay días en que no logro recordar su rostro. Vuelvo a ver solo algunos rasgos, una sonrisa, una mirada, que, sin embargo, se desvanece inmediatamente y estoy contenta. En ocasiones quisiera que mi padre no hubiese existido nunca. De vez en cuando, pienso en la mujer que estaba con él y en su hijo. Quién sabe qué sabe de su madre y de lo que sucedió.

El marido de la mujer fue al funeral, lo recuerdo perfectamente. Era un hombre no tan alto, con cabellos ralos y ojos cubiertos por gafas de sol. Se

quedó fuera de la iglesia, quería hablar con mi madre. Parecía cansado, arrastraba los pies mientras se alejaba con ella, hacia la parte trasera de la iglesia. Aquel día estaba particularmente nublado, estaba sentada en una escalera, delante de la entrada de la iglesia, y mientras esperaba a mi madre miraba las nubes para encontrar las formas más extrañas y divertidas.

Nunca supe qué se dijeron y no lo volví a ver.

No tengo más recuerdos de aquel día, recuerdo solo el regaño de mi abuela cuando señalé una nube con forma de jirafa y me reí delante de todos.

El día después del funeral, mi madre decía a menudo con rabia que aquel día estaban presentes todas “sus viudas”.

—¿Las viste en el funeral, Marta?
¿Al menos te acuerdas de ellas?

En realidad, los recuerdos de las personas presentes aquel día eran muy desvaídos y con el tiempo se quedaron

así. No recuerdo los rostros de las amantes de mi padre, recuerdo solo a “ella”. La mujer de las flores.

De vez en cuando pienso en los parientes de mi padre. Nunca volví a ver a mis abuelos. Ellos no me han buscado nunca y, si lo han hecho, mi madre me lo ha mantenido escondido.

El abuelo era un hombre de porte perennemente encorvado, en sus días mejores podía haber llegado el metro ochenta, pero yo lo recuerdo no muy alto.

Era el titular de un viejo negocio de alimentos, en que trabajaba también la abuela y su segundo hijo. Era muy nostálgico del “viejo Turín”. Contaba que la periferia, al final de los 50, todavía era agrícola y con muchísimos prados. En Turín solo había un rascacielos, el de plaza Castello, los comercios eran raros, y había muchos mercados, uno por barrio. Decía siempre:

—Era tan bella, la ciudad de Turín.

—Sus relatos me aburrían, era demasiado pequeña para comprender ciertas cosas de sus charlas.

La abuela, en cambio, era una mujer nerviosa, de osamenta sutil y de ademanes veloces como mi padre. En casa de ellos siempre había algún animal doméstico, y ella adoraba a los perros.

Quién sabe cómo serán los hijos del profesor. Y quién sabe cómo fue su infancia.

Un hombre como él no puede haber tenido una infancia feliz.

Me seco los cabellos. No sé todavía a dónde iré, tal vez a casa de mi madre. Lo único seguro es que ahora sé cómo liberarme de él. Mientras Caterina habla, me volvieron a la mente algunas palabras que siempre me dice: “según una tradición de iniciación fulani, el fuego es del cielo porque sube, el agua es de la tierra porque desciende en forma de lluvia. El agua es de origen

celestial y de destino terrenal, mientras que el fuego es de origen terrenal y de destino celestial. El fuego, entonces, lleva la esencia y lo que es de naturaleza divina. El fuego purifica. El fuego, en ocasiones, es la única solución que nos queda.”

Me visto y uso un par de pantalones deportivos gris y una camiseta blanca. Los cabellos enmarcan el diminuto rostro. Me miro en el espejo de la puerta de mi armario y me encuentro delgada.

Tal vez me equivoco al tratar de recordar partiendo de momentos dolorosos. Debería comenzar a recordar días felices con mis padres, sobre todo con mi padre. Y hay tantas cosas, aunque era muy pequeña y recuerdo solo fragmentos de esos días, pero sentía que alrededor de mí había amor.

Él tenía la costumbre de volver a casa siempre con algún presente para mí y a menudo una flor para mi madre. Ella adoraba las margaritas, decía que eran

flores simples, que en ocasiones nadie miraba.

—Como sucede a menudo en la vida, Bruno: son las cosas más simples las que en ocasiones nos olvidamos mirar.

Y él juraba que nunca dejaría de mirarla, luego me tomaba del brazo y decía:

—También a mi princesa no dejaré nunca de mirarla. ¿Quieres un abrazo con “descarga”?

Reía divertida mientras me apretaba fuerte y me sacudía como si fuese atravesada por una descarga eléctrica. Luego me dejaba ir y yo lo obligaba a volverlo hacer.

Mi padre era un hombre lleno de energía, siempre alegre y condescendiente, pero no en los meses antes de morir. Se había amargado algo entre nosotros y, en ocasiones, pienso que lo juzgué demasiado severamente por lo que hizo a mi madre, aunque me siento traicionada también yo. En

realidad, siento algo ambivalente hacia él, en ocasiones lo odio y a veces lo amo. Siento amor cuando el sentimiento de culpa se deja venir; aquel día yo estaba, estaba también el profesor y, de alguna manera, me siento cómplice de lo que hizo.

Si fue él, dice una voz en mi cabeza.

Dejo la puerta abierta y observo el caos que hay en mi habitación: Hay pilas de libros por todos lados. La ropa esparcida en la cama y sobre un sillón colocado junto a la ventana abierta. Me quedo un segundo mirando ondear las cortinas rojas. De pronto el aire las infla y se unen en un extraño nudo. Parecen dos cuerpos que se abrazan.

También el profesor es un tipo ordenado, como Caterina. De vez en cuando se lamenta de todo mi desorden y dice que todo este rojo provoca dolor de cabeza.

También el sol es rojo fuego e incendia el cielo. Esta, en cambio, era

la frase que había dicho el profesor la segunda vez que entró en mi habitación.

Miro las paredes rojas. Pienso en la habitación de Caterina, sin color. Luego salgo y voy a la terraza. Abro el armario de metal y sonrío mirando el bote de pintura y la brocha. Aferro ambos, dejando las puertas abiertas, y voy a su habitación. Abro la lata y arrojo, con toda la rabia que tengo en el cuerpo, la brocha dentro del barniz y lanzo la pintura por doquier. Sobre el armario, las paredes, la cama. Me muevo frenética. Dejo liberar mi fuerza. Es lo que siempre me dice ¿no?

Para terminar, rocío de pintura la cama. Miro la habitación: una tela de un cuadro mal pintado. Exhausta, caigo de rodillas. Parezco una marioneta sin hilos.

Camino por la calle con la mochila a un lado. Tengo las manos y la ropa sucia de

pintura. Voy directo a casa del compañero de mi madre. Sé que el viernes ella siempre va a su casa.

Él vive en Marassi, uno de los barrios más antiguos de Génova. En el pasado era un viejo agrupamiento rural, después de la maciza edificación de los años Treinta y, sobre todo, tras el segundo periodo de guerra, se volvió una poblada aglomeración citadina.

Su apartamento está en primer piso, el jardín está al lado del portón. Antes de tocar el interfono escucho un sonido que proviene del jardín. Me asomo por la barandilla entre las enredaderas que forman una pantalla para no dejarse ver del exterior, y alcanzo a ver a mi madre con un grupo de amigas. Están degustando una especie de merienda a base de aperitivos y bebidas más o menos alcohólicas, alegremente y, por lo que alcanzo a ver, mi madre, entre un sorbo y otro, ríe contenta. No se parece en nada a la persona que vi el otro día.

Me pego al timbre y no dejo de tocar hasta que ella, exasperada, sale al portón. Cuando me ve se pone pálida. Abre la puerta y me pregunta qué sucedió.

—No es sangre, es pintura.

Ella pestañea más de una vez. Lleva un vestido azul escotado, en el cuello un collar de perlas y sobre el rostro un maquillaje ligero.

—No deberías estar aquí, Marta.

—Tiene razón, ¿sabes?

—¿Quién?

—El profesor. Tú eres feliz sin él.

—Marta, ¡termina de una vez con todo esto! Déjame en paz.

—¡Tú lo querías muerto! —grito y no sé por qué motivo la empujo.

—Eres una loca, ¡has perdido la cabeza! Poco antes de morir, ¡tu padre me había elegido a mí! ¡Me había elegido a mí! —Se suelta a llorar y se cubre el rostro.

—Tú, aquella mañana, habías dicho que él no regresaría más. Tú mientes,

¡siempre has mentido! Dijiste que nos había dejado por ella.

—¡Me equivocaba! —Quita las manos del rostro y muestra una máscara de odio—. Él la estaba dejando... ¡Él me había elegido a mí! ¡Yo te odio! —Y me golpea. Una vez, dos, tres, yo busco cubrirme la cabeza con las manos y ella aferra mis cabellos. Sus amigas llegan y nos separan—. ¡Lárgate! —grita mi madre—. ¡Desaparece de mi vida para siempre!

Corro por la calle mientras las sombras y los fantasmas del pasado me siguen.

CAPÍTULO VII

EDOARDO

Estoy acostada en la cama, acurrucada en posición fetal, sobre las mantas. Los ojos abiertos y la mirada ausente. Me siento un extraño en esta casa exageradamente grande e inevitablemente pienso en mi madre: crecí con una madre que me odia. No salía nunca de casa, nunca acudió a ningún recital escolar, siempre estaba en la cama, deprimida, apenas me dirigía la palabra. No podía invitar a amigos, no podía hacer fiestas, tenía que estar atenta a lo que yo decía para que ella no se agitase.

Nunca quiso darme un gato o un perro. El único amigo que tenía, se había

ido algunas semanas después del incendio. El único amigo que tenía era el profesor.

Tal vez tiene razón él, yo sé qué sucedió, siempre lo he sabido: ese hombre prendió fuego a mi casa, cuando mi padre estaba en la cocina y hablaba con su amante. Ambos murieron, no olvidaré nunca el olor de sus cuerpos quemados.

Él era un hombre esquivo, para los vecinos era un individuo anónimo que evitaba cualquier relación. Pero no conmigo. Mi curiosidad había vencido sus resistencias, el episodio de la muñeca había creado un extraño vínculo entre nosotros, y cuando mi madre le preguntaba si podía quedarme con él mientras ella hacía algunas cosas, parecía contento. Aquel día mi madre no estaba, no recuerdo bien por qué. Tal vez no estaba bien y decidió ir al médico. ¿O era con los abuelos?

Vivíamos en una vivienda en la esquina entre Rosselli y via Cassini, lo

recuerdo bien. Como recuerdo bien la nube oscura que se estiraba sobre el edificio durante el incendio. En aquel tiempo, en la parte interna del patio, una compañía trabajaba en la reparación de la cornisa. El incendio parecía que venía de aquel sitio, era lo que habían dicho después de que yo y unas quince personas habían pasado más de media hora por la calle, con la nariz metida, para saber lo que había sucedido. Él apretaba fuerte mi mano, también esto lo recuerdo bien.

Y, de pronto, me suelto a reír históricamente. Él nunca mintió, ahora lo comprendo. Y río, río como loca.

Mentalmente hablo con él:

—*Ahora comprendo.*

—*¿Qué, Marta?*

—*A ti.*

—*¿A mí?*

—*También tú siempre has vivido recluido, como yo. Poco importa el nombre del lugar en el que se condena a vivir, el mío era mi casa, el tuyo era*

tú mismo. Has cambiado de ciudad, pero siempre estás encerrado en ti mismo. Y esto te ha dejado una marca. ¿No es esto lo que te une a mí? ¿No es esa marca la que reconoces en mí? Y ahora soy prisionera tuya.

Debe confesar lo que ha hecho. Necesito escuchar que lo digas para liberarme de él.

Escucho nuevamente su voz en la cabeza.

—¿Por qué, Marta? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Quieres escucharme decir una idiotez porque no logras perdonarte?

—¡Cállate! —grito, mientras su carcajada sádica me retumba en la cabeza.

Después de un segundo entra Edoardo, el padre de Caterina, y se sienta en los pies de la cama.

—¿Cómo te sientes? Lamento no haber estado cuando llegaste. Espero que Laura haya sido de ayuda.

Laura es la sirvienta. Es una mujer de unos cuarenta años, de estatura

media, que te mira siempre con ojos atentos y nunca parpadea, como los gatos. Si hay algo que no parece bien, sus ojos negros se vuelven dos fisuras. Cuando me vio entrar se quedó pálida y no dejaba de mirarme. Tenía el barniz por doquier y lloraba a mares. El traje deportivo que llevo puesto es de Caterina. Tiene un buen perfume. Miro a los ojos a Edoardo. Está preocupado.

—Estoy mejor, gracias. Y lo siento... no sabía a dónde ir.

—Escucha, Marta — El tono de Edoardo es gentil y tranquilizante. —tú aquí siempre eres bienvenida, tienes que saberlo. —Sonríe. Tiene la misma sonrisa que Cate—. ¿Qué está sucediendo?, ¿Quieres contarme?

—¿A qué te refieres? —me siento en la cama. Me siento una quinceañera con el traje deportivo, sin maquillaje y los pies desnudos.

—Supe lo de Luca y lo que sucedió en la habitación de Caterina.

—No sé nada de la habitación de Cate. —Siento que se me corta la voz bajo el peso de la mentira.

Él me cuenta del barníz rojo.

—No lo sabía. Cuando salí de casa, todo estaba en orden.

—Pero Laura me dijo... olvídalo. Háblame del profesor. ¿quieres?

Laura le ha dicho que estaba sucia de barniz, obvio. El rojo no es un color que pasa desapercibido. Parece sangre. Me miro las manos. Bajo las uñas hay restos todavía. Aprieto los puños para esconder los dedos.

—¿Cate piensa que fue él? Puede ser... —¿A quién quiero engañar? Edoardo no es un chicuelo estúpido a quien contar una mentira y pensar en librarse. Bajo la mirada y susurro—. ¿Pensas también que no se puede confiar en mí?

Mi pregunta lo deja anonadado. Se queda por algún segundo en silencio, luego se acerca y me acaricia los cabellos. Un gesto paterno, afectuoso.

Por un momento mi corazón deja de latir. Me recuerda a mi padre, él siempre me acariciaba los cabellos.

—De hecho, no lo pienso — responde y continúa alisándome el cabello.

—Todos están sobre mí. Lo que está sucediendo es solo culpa del profesor. —Y siento una lágrima caer en el rostro.

—Marta, lo que está sucediendo ahora es el resultado de eventos que has permitido desde hace tiempo. Hace semanas que Caterina está preocupada por ti y por tu comportamiento. —Llevo las rodillas al pecho, en señal de protección. Me siento sola nuevamente. Él sabe, Caterina le contó todo, apuesto que también le contó de la bofetada que me dio la semana pasada el profesor. — Edoardo continúa hablando—. En ocasiones se crean relaciones equivocadas. En ocasiones te haces dependiente de una persona sin darte cuenta. E incluso cuando te das cuenta de que la dependencia es nociva, que

hay algo distorsionado en la relación y que te atrapa en una relación destructiva, sientes vergüenza. Esto es lo que te empuja cada vez más a la persona de la que dependes. Y esta persona te acoge feliz de poseerte.

¿Y si fuese lo contrario? Tal vez él es dependiente de mí. Pero no se lo digo.

—Yo no soy dependiente del profesor.

—¿Estás segura de ello?

—Tú no comprendes...

—No puedo comprender si no me dices la verdad.

Me suelto a reír y alejo su mano de manera brusca.

—¿Y qué piensan que he estado intentando hacer estos días? ¡Estoy buscando la verdad!

—La verdad es que tienes una relación con un hombre mucho mayor que tú y, por lo que sé, peligroso. Sé del incendio de Turín, sé también de la tesis y, a este punto sospecho que sea el

responsable del accidente de Luca. Tesoro, debes buscar ayuda de alguien, no puedes hacer todo sola. Tengo un amigo abogado...

—También tu hija siempre me llama *tesoro*, pero ¿realmente lo soy para ustedes? —lo interrumpo.

Él me mira como si fuese una desconocida, con una mirada plana. Y yo soy una desconocida para ellos. Como ellos lo son para mí. ¿Cómo pude pensar que la familia de Caterina pudiese sustituir a la mía?

Tiene razón el profesor, sólo él me conoce. Por un momento me vienen a la mente algunas de sus palabras: *aparentar es más importante que ser, hombres y mujeres destruyen su propio ser interior en la vacua búsqueda de una eterna juventud que, una vez realizada, sería una maldición más que una meta. Se reducen a máscaras grotescas, pero, sobre todo, sofocan el espíritu, lo ahogan bajo una montaña enorme de falsas necesidades,*

inducidas por quien especula sobre estas cosas, solo para quedar siempre en una esfera de materialismo casi obscuro. Valores como la honestidad y la pureza de espíritu son siempre ridiculizados, pierden valor, ¿acaso no es así?

Miro a Edoardo y, por primera vez lo veo por lo que es: un hombre recluido en su ego, mantenido con el lujo y el poder. Un individuo arrogante que se siente superior a todos y a todo. Él, como tantos parecidos, prefiere esconderse detrás de ropa costosa, para agradar a quien está alrededor y para sobrevivir al juicio de los demás. Es esclavo de una sociedad que nos quiere perfectos, en donde la perfección se entiende siempre como ganadores a todo costo, ricos y bellísimos. Pero esta perfección no existe, es solo una ilusión.

También Caterina es como él: aparentar cuenta mucho más que ser. Ella no muestra nunca su verdadero yo. Y esto me condiciona también a mí.

Miro a mi alrededor. Esta habitación está decorada con muebles costosos, como el resto de la casa. Hay tres habitaciones para los huéspedes, todas con baño. Las paredes de cada uno están pintadas con distintos colores.

¿De qué sirve todo esto?

Los colores que dominan esta habitación son naranja, rojo y beige, como el tapete persa a mis pies.

—¡Me da asco todo esto!

Me levanto de la cama y me quito la ropa ante la mirada avergonzada de Edoardo. No dice nada mientras se voltea y sale de la habitación antes de que me quite también la ropa íntima. Desnuda, lanzo los pantalones que caen sobre la puerta ya cerrada.

Tiemblo.

Hoy el profesor no me llamó siquiera. Debería estar contenta, tal vez decidió también salir de mi vida. Pero cuando no lo escucho me siento mal. Tal vez Edoardo tiene razón.

Aprieto los brazos alrededor del cuerpo en un abrazo consolatorio. Lo he hecho tantas veces cuando era niña y me siento en la cama. Quisiera irme, pero ahora estoy demasiado cansada. Necesito descansar solo algunas horas. Escucho el teléfono vibrar sobre la cómoda, pero no tengo intención de responder. Advierto como se cierran los ojos. Me acuesto en la cama y regreso a la posición fetal.

—Lo siento. —susurro—. Aquel día tenía que haberme matado a mí también.

Una voz que viene de lejos responde:

—No he dicho que él no lo haga.

Cuando me despierto, estoy cubierta de una manta. Creo que Edoardo volvió a la habitación, pero no recuerdo bien. Me dormí inmediatamente y fue muy poco, pero profundo. Estaba exhausta.

Me levanto velozmente y tomo la ropa que traje conmigo en la mochila: un suéter de algodón con mangas largas comprado en el mercado y un par de

pantalones color verde militar. En la cocina, la televisión está encendida y en la mesa hay un pastel y galletas. No hay nadie. Sé que la madre de Caterina todavía está en Sicilia y probablemente Edoardo no me quiere ver.

Me siento mientras pienso en Luca y en su hermoso rostro doloroso. Una punzada en el estómago me dobla. Entra Laura en la cocina y me saluda con una sonrisa.

—¿Todo bien, señorita Marta?

—Sí, gracias.

—Le preparé un pastel. ¿Quiere café?

—Gracias, Laura. Ha sido muy gentil. Está bien así.

Ella sonrío.

—Si necesita algo, me encuentra en el jardín.

No quiero hablar, le agradezco nuevamente y apago la televisión con el control remoto. Como algunas galletas. El dolor en el estómago parece pasado, pero debo saber cómo está Luca. Por un

momento pienso en el día que nos conocimos. Estábamos en la universidad, sentados uno al lado del otro. Él me miraba como si hubiese sido un libro de texto que no comprendía, pero que tenía que comprender tarde o temprano si quería aprobar el examen. Para lograrlo, era consciente de que tenía que retar a mi hostilidad y a mi defensiva, pero su seguridad no lo dejó. Desde el primer día, su mirada decía: *Puedo hacerlo.*

Y no se había equivocado. Después de alguna semana, se había vuelto uno de mis más queridos amigos.

Recuerdo la primera “Fiesta de Buenas Noticias” en la que participé. Fue precisamente en esta casa, se festejaba el automóvil nuevo de Caterina. Sus padres estaban en Sicilia y nosotros tres decidimos dormir aquí. Luca, en pocas horas, había organizado una reunión con tanta gente. Había bebido sin exagerar y recuerdo que una chica ebria había comenzado a reír

salpicando a todos. Luca había hecho lo mismo, Cate y yo habíamos comenzado a reír a carcajadas sin saber el motivo. La mañana después, Laura estaba desesperada porque la casa estaba muy sucia. Caterina estaba preocupada de que contase todo a los suyos y Luca la había “convencido” con un ramo de flores y un collar con un pendiente Swarovski.

—Brilla como tus ojos —le dije haciéndole un guiño y llenándola de halagos sobre su forma de cocinar.

Luca había sido astuto, había localizado su punto débil, que no era más que su necesidad de adulación y lo había aprovechado. Así, Laura no contó nada y volvió a poner en orden la casa.

Él siempre estuvo listo para poner todo a su favor y, en ocasiones, este modo suyo de ser no es apreciado. Sé que el profesor lo considera un superficial y un oportunista, pero para mí es una especie de rey Midas, aunque sin encantamiento. Su entusiasmo infantil

me lleva a perdonar cualquier estafa que haga.

La nostalgia de aquellos días me asalta. Qué ganas de volver a aquellos momentos, de volver a recuperar a Luca y a Caterina y nuestra amistad, de volver a recuperarme a mí misma. Y lo primero a hacer es afrontar a Caterina y buscar aclararme con ella, de manera definitiva.

La ansiedad no me da paz. Y cada vez que me viene, pienso en él. Reflexiono en la foto que di a la chica en el portón. ¿Qué habrá pensado él? ¿Y ella? ¿Cómo habrá reaccionado? Busco el teléfono en la bolsa. Tengo dos llamadas sin respuesta. Verifico el remitente: es él. No lo llamo.

Por un momento, busco comprender cuándo y por qué mi memoria ha dejado de funcionar. Después del incendio, recuerdo cada instante de la vida plana y gris transcurrida en la casa con mi madre. De mi existencia recuerdo también episodios no particularmente

agradables, como cuando rayé con una llave la carrocería del auto de un estudiante inglés porque me tocó el trasero mientras estábamos en la biblioteca de la universidad. Recuerdo también cuando a los dieciocho años me emborraché por primera vez y lancé piedras contra un portón y rompí el vidrio.

¿Por qué de algunos encuentros con el profesor recuerdo poco o nada? ¿Por qué del incendio que él provocó no logro todavía comprender cómo estuvieron las cosas? Si mi mente no quisiera recordar sucesos desagradables, no recordaría nada, y en cambio, no es así. Me levanto de la silla y la mirada va a mis pies desnudos. La pequeña cicatriz ahora parece quererme decir: *el dolor de ayer forma parte del pasado. En el presente ya no hay tiempo para el dolor de ayer.*

De pronto recuerdo cómo me la hice. Quería limpiarme y deseaba sentir en la piel el fuego. Quería sentir aunque

sea un poco lo que había sentido mi padre.

¿Qué se sentía morir quemados? Me lo preguntaba todos los días.

Otro recuerdo que había olvidado del todo.

Tomé una cajita de fósforos que había encontrado en la cocina y me encerré en la habitación. Encendí muchos antes de quemarme. Miraba la llama y no tenía el valor de hacerlo, pero luego volví a pensar en las peleas de mis padres, en los gritos, en el llanto de rabia de mi madre y él que azotaba la puerta. Me volvieron a la mente los abrazos de mi padre, sus mentiras y sus sonrisas.

Y lo hice.

No derramé ninguna lágrima y estaba contenta del dolor que sentí.

Esta cicatriz representa mi pasado. Es el testimonio de una existencia que no existe más, que he borrado voluntariamente, pero que me recuerda quién soy y de dónde vengo. Y yo debo

saber quién soy. Debo recordar, absolutamente.

Mi mochila ya está lista, la dejé en la entrada junto a los zapatos. Cuando la tomo, Laura acaba de llegar del jardín aferrando una bolsa de basura.

—¿Se va, señorita?

Teniendo fe en mi nueva política de mentir, respondo que mi madre me ha llamado y me necesita.

Cuanto quisiera que fuese verdad, pienso, poniéndome los zapatos.

Estoy dentro de un local poco lejano de mi casa y estoy comprando manzanas. El ruido de la lluvia primaveral y las primeras sombras de la noche han provocado un recuerdo inesperado y violento, que me deja sin aliento. Me parece escuchar su voz:

—Quédate quieta —susurra, con los ojos hipnotizados en el rumor que

provoca el temporal, mientras su cuerpo se aprieta contra mí.

La manzana que aferro se me cae de la mano, mientras algunas señoras ancianas parlotean que llueve y que no tengo sombrilla.

Recojo la manzana, pago y salgo. Camino lentamente, bajo la lluvia, y esta vez, las gotas no son agujas ligeras sobre la piel, sino que parecen una ráfaga de balas.

Al volver a pensar en aquel momento me sorprende que, en aquel largo día transcurrido en la cama juntos, el profesor y yo no nos dijimos casi nada.

Era una de nuestras primeras veces, cuando recordaba poco o nada del incendio de Turín.

Aquel día tuve la sensación de que sus manos se pasaban por mi cuerpo intentando poseerme toda, como si tuviese miedo de perderme.

Susurró que me amaba.

Pero él no me ama, ama la vida que yo represento y que él nunca ha vivido. Es como si nunca se haya dado cuenta de quién es realmente y solo a través de mí hubiese comprendido finalmente.

Solo ahora comprendo el poder que tengo sobre él. Un poder inmenso, de vida y de muerte. Solo yo puedo liberarme de él, porque el profesor no me dejará nunca en paz. Y sé cómo hacerlo. En la bolsa, junto a las manzanas, compré alcohol y fósforos.

¿Pero sí es lo que quiero?
¿Liberarme de él?

Yo quiero solo que admita que mató a mi padre. Al final de aquel largo día, acostados en la cama, con la mano él me acarició la frente, siguiendo los rasgos de mi rostro, como si hubiese sido un escultor.

—¿Estás bien? —Me preguntó y yo respondí que sí.

Paso la catedral de San Lorenzo y, por un momento, pienso en los primeros tiempos de mi cambio a Génova.

Las viejas casas en los callejones me parecían antiguos guardianes, erigidos en el pasado para verificar año tras año los recorridos de las acciones humanas que se viven a lo largo de estas calles estrechas y oscuras. Más de una vez me perdí y más de una vez tuve miedo. Tuve la sensación de encontrarme en un laberinto sin salida y los guardianes parecían hostiles conmigo que era desconocida a sus ojos. Con el tiempo, el miedo desapareció porque comprendí que hay tantas salidas de los callejones de Génova y las viejas casas me ayudan a orientarme. Ahora me siento parte de estas calles, mi vida es solo una de las tantas acciones humanas que pasan aquí.

Me meto en el callejón estrecho y llego delante de mi portón. Entro y subo lentamente la escalera. Espero que Caterina no esté, quiero telefonar a Luca para saber cómo se siente.

¿Podrá hablar por teléfono?

Cuando entro en la casa percibo el olor viciado. Dejo las compras en la cocina, abro la puerta-ventana para dejar entrar el aire y, después de haber tocado, bajo la manija de la puerta de la habitación de Cate. Está cerrada con llave. No me sorprende.

Entro en mi habitación y comprendo que ella ha dormido en mi cama, pero no porque las sábanas estén deshechas, sino porque todo está en un maldito desorden.

La lluvia ha cesado y, por un momento me acuerdo de los días transcurridos en casa de Sonia, una compañera mía de los estudios elementales. Era mi mejor amiga, y era una niña roja y rechoncha, muy simpática. Tenía una abuela pequeña y diminuta que olía bien. Cocinaba siempre dulces y, en ocasiones, en los días de lluvia, llevaba a Sonia a mi casa, junto con galletas caseras. Su abuela me preguntaba siempre sobre la

escuela, mis compañeros y lo que quería hacer de grande.

Después del incendio y la muerte de mi padre y de su amante, su abuela no había querido ya que jugase con su nieta y apenas me saludaba a la salida de la escuela.

Poco después nos mudamos a Pinerolo y nunca volví a tener una amiga.

Voy a la sala y tomo el teléfono dentro de la bolsa. Antes de llamar a Luca, me viene a la mente, nuevamente, el episodio de la muñeca quemada. Quería, en verdad, mostrar despecho al profesor, quemando esos cabellos rubios, ¿o había imaginado a mi madre quemarse por haberse olvidado de mí? ¿Y por qué me llamó Agni? ¿Qué quería decir ese nombrecito?

Dejo el teléfono en el diván, y vuelvo a la habitación. Enciendo el ordenador y hago una pequeña búsqueda. Agni... divinidad hindú. Agni es el fuego, el elemento de la purificación, el

que quemando la impureza eleva al hombre de la mortalidad a la inmortalidad... Agni es el más importante de los dioses terrestres... Cierro el ordenador y vuelvo a la habitación.

Yo soy la diosa que representa el fuego. Dejo de pensar en el profesor y me siento nuevamente en el diván. Tomo el teléfono y llamo a Luca.

Espero que no responda Caterina. Por un momento suena, pero cuando estoy por cerrar la comunicación, escucho:

—Marta —me dan ganas de llorar al recordarlo acostado en una cama de hospital.

—No fue una buena idea llamarte, lo siento, debería estar ahí. —Silencio—. Quería solamente saber... —No logro terminar la frase. ¿Cómo hago para preguntarle si está bien? Me siento una estúpida.

—Marta —repite Luca—. ¿Dónde estás?

—Quisiera estar ahí.

—No vengas, chérie. —Al escuchar la palabra chérie me suelto a llorar. Él continúa hablando con mucho esfuerzo —: Creo que es mejor así.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, aunque comprendo perfectamente qué está tratando de decirme.

—Caterina siempre ha estado y siempre estará... Marta... —suspira—. Ciertas cosas nacen así... Quería decírtelo...

—Comprendo. —No tengo la fuerza para contraatacar. Nos quedamos en silencio no sé por cuánto tiempo, luego él agrega:

—De cualquier manera, estoy bien.

Agrega.

Me pongo de pie y tomo la bolsa de las compras de alcohol y fósforos. Las manzanas ruedan por el suelo. Por un momento imagino la cabeza de Caterina rodar junto con la del profesor.

Cuando levanto la mirada, Caterina me mira en el borde de la puerta.

CAPÍTULO VIII

RENDIR CUENTAS

—No te escuché entrar.

Caterina cierra la puerta, noto que también ella está mojada por la lluvia. No habla y yo la miro con aire de desafío: esta vez no me confundirá.

—¿Por dónde quieres que comience? —tomó el desafío.

—Por la relación que tienen tú y Luca. ¿Qué te parece?

—¡Pero acaba con eso! Comencemos con tus mentiras: hablé con mi padre. Así que no fuiste tú, ¿verdad? —Se acerca y me aferra una mano. Los fósforos caen al suelo—. Esto es barniz, querida mía.

—¡No me toques! —Hago que me suelte y escondo el brazo detrás de la espalda.

—¿O me harás qué? ¿Me vas a prender fuego? —observa la botella de alcohol que aprieto en la otra mano. Recoge los fósforos y continúa hablando —: ¿O tal vez me vas a embestir con el automóvil del profesor?

—No sé de qué estás hablando.

—¡Mentira! —grita a un centímetro de mi cara. Yo la empujo, pero ella no se mueve y continúa desafiante—: ¡Eres una mentirosa! Luca me dijo que vio claramente que vio a tu profesor después de que fue atropellado. Tú dijiste que estaba contigo.

—Pero él estaba conmigo. —Siento que mis piernas ceden.

—Y entonces, ¿estabas también tú cuando atropellaron a Luca?

—¡Deja de acusarme! ¡Yo no soy responsable de lo que hace el profesor!

—Lo dijiste ya hace algunos días. Y ¿se puede saber de qué eres

responsable? ¿De lo que tú haces?

—¿Qué quieres decir? —pregunto desorientada, mientras ella comienza a jugar con la cajita de fósforos.

—Él también vio a una chica. ¿Eras tú?

—No... no recuerdo...

Ella, obviamente no me cree y yo estoy cada vez más confundida.

—¿Estabas en el automóvil mientras atropellaba a Luca? —Continúa hablando—. Luca recuerda que tu profesor se inclinó sobre él mientras estaba en el pavimento, luego no recuerda nada, o no quiso decirme nada por no involucrarme demasiado. —Sonríe oblicuamente—. Si tú estabas en el automóvil, ¿Por qué no impediste que lo atropellase? ¿Por qué no bajaste a socorrer a Luca? ¿O tú conducías? —Sus ojos interrogan, acusan, exigen saber: *¿Cómo explicas todo?*

—Cate, hazme comprender. Qué quieres dec...

—¡No me llames así! —Me interrumpes, quitándome la botella de alcohol de la mano—. Solo mis amigos me llaman así y tú no eres mi amiga.

De pronto me siento como cuando era niña: tampoco ella quiere ser mi amiga. Siento una rabia ciega por el profesor. Todo es su culpa, como entonces.

—La tarde que Bottero quemó la tesis, Luca peleó con él. Qué extraño, esa misma noche Luca fue atropellado. —Me aferra por un brazo y me obliga a seguirla—. Había una mujer con él —Yo no protesto y como una marioneta sin vida me dejo arrastrar. Entramos en mi habitación, Caterina abre la botella de alcohol y comienza a esparcirla en mi cama.

—Ahora estás exagerando —digo yo, asustada.

—¿Qué querías hacer con el alcohol? —pregunta ella, moviéndose de modo frenético alrededor de la cama.

—Luca te ama, Cate.

—¡Déjate de estupideces! —se detiene y tira al suelo la botella. Busca encender un fósforo, pero no lo logra, está demasiado agitada. Yo me lanzo hacia delante e intento tomar la cajita de sus manos. Ella me golpea y, luchando, caemos al suelo. La última frase que pronuncio es:

—¡Él te eligió a ti, horrenda puta!

CAPÍTULO IX

UNA SOMBRA OSCURA

Cuando llego a la entrada del apartamento de Marta, veo las lenguas rojizas de las llamas salir por la puerta abierta y levantarse danzando hacia lo alto.

El aire es irrespirable, elevo un brazo a mitad del aire como para protegerme del calor y subo a la última rampa de la escalera, luego distingo una silueta oscura, pegada a la pared e iluminada por el brillo del fuego. Es una chica, sentada sobre las escaleras, esconde la cabeza entre las piernas. No

se mueve, podría estar muerta o desmayada.

¿Marta?

No puedo ver quién es, el humo me corta la respiración y me saca lágrimas de los ojos.

Doy un paso hacia ella.

Ella levanta la cabeza y me mira...

PARTE SEGUNDA

ALBERTO

CAPÍTULO I

LA GRADUACIÓN

Génova, 10 de mayo del 2011

Como la muerte entra en tu vida. Con un apretón de mano, pienso mientras aprieto la mano a Marta y sus dedos se cierran alrededor de los míos. Me libero reprimiendo el aparentar fastidio mientras ella, avergonzada, aprieta la mano a los otros profesores.

Todos se han levantado, mientras yo me quedo sentado con la clara sensación de que todo está saliéndose de control. Y yo detesto perder el control, pero con Marta lo he perdido hace tiempo.

Marta, Marta, Marta... la observo mientras juega con los botones de su blusa elegante, para nada intimidante. Te

has convertido en una obsesión para mí. Su rostro pálido, sus rasgos delicados se han metido en mi cerebro como una asfixia, una muerte sofocante de sabor alquitrán.

Pero ¿qué hombre no encuentra irresistible a aquella misteriosa chica de rostro melancólico? Todos los que están a su alrededor creen que en su vida hay un secreto, pero nadie sabe cuál.

Solo yo conozco tus secretos, Marta. Yo sé quién eres.

El destello de la fotografía oficial me devuelve de mis pensamientos.

Acabo de proclamarla doctora en Historia contemporánea y he agregado “con un merecido 110”, pero sus amigos no sonrieron y se intercambiaron miradas gélidas. Piensan que es culpa mía la falta de alabanza. En realidad, yo sostuve el trabajo de Marta, soy su revisor y tengo conocimiento del sacrificio y empeño que puso en este proyecto que le propuse casi como desafío; *Gabriele D’Annunzio poeta y*

político, no creía que fuese capaz de tratar el tema y, en cambio, ella me sorprendió.

Innumerables libros y artículos, algunos también en lengua extranjera y la presentación de la tesis en un modo impecable; merecía los honores, pero no la tuvo y la culpa no fue mía.

Esta mañana, Marta llegó con la tesis de cubierta roja, bajo el brazo, lista para la discusión y me sorprende mirándola mientras habla con su amiga Caterina; mantiene la tesis bajo el brazo, apretada a sí, como si tuviese miedo de perderla.

Estoy en el umbral del aula, está también Luca poco distante de ellas. Conozco bien a sus amigos, también ellos son mis alumnos.

Sé que Luca se cree un genio y debo admitirlo: es un alumno brillante, pero su modo de imitarme es penoso. Él piensa que es el único que me imita, en realidad, cada año hay un nuevo estudiante que se divierte imitándome,

repetiendo las palabras que digo siempre en la primera lección.

—Métanse bien en la cabeza que uno de ustedes encontrará trabajo como guía, investigador o algo similar; otros dos terminarán haciendo comisiones en un museo; pero el resto, en cambio, será como si hubiese terminado los estudios superiores sin haber continuado. Por ello, piensen bien si quieren proseguir y tomar un grado en Historia.

Sé que un docente debe encender la pasión en sus alumnos, pero es importante, desde el inicio, que sepan afrontar un desafío duro difícil, y que estén seriamente motivados para estudiar una materia como la Historia. Para ser conscientes de sus elecciones, tienen que detenerse a reflexionar si el camino que están comenzando es el adecuado para ellos. Luca no ríe, como muchos otros, pero algunos estudiantes, que han cambiado de facultad, me agradecieron. No tenían la pasión necesaria y reconocer inmediatamente

sus propios deseos reales es fundamental para tener éxito en la vida.

Pero esto, Luca y demás tipos arrogantes como él, nunca podrán comprenderlo. Él piensa ser original al imitarme, en realidad, en el pasado, ha habido estudiantes mucho más divertidos que él.

En ocasiones Caterina me mira. Espero que no hablen todavía de la falta de los honores. No es que sea importante, pero quisiera que, a partir de hoy, mi nombre ya no esté asociado con el suyo. Sobre todo, si Marta tiene que recordar. Hasta hoy, no lo ha hecho, pero podría hacerlo de un momento a otro.

¿Y si le hubiese ya contado todo a Caterina?

Un riachuelo de sudor me resbala de la base de los cabellos. Tomo un pañuelo del bolsillo y me seco la frente.

—Día pesado —farfullo a un colega mío que me está mirando. Luego me levanto de la silla, Marta era la última

del día. Saludo a mis colegas y a paso suelto me dirijo fuera del aula. Desacelero cuando me doy cuenta de que salí de la habitación.

Ahora los amigos de Marta se preguntarán si iré a la recepción que organizaron para brindar por la graduación.

Y ¿Marta qué pensará? Últimamente no logro comprenderla.

Salgo de la Universidad, indeciso sobre qué hacer. Tal vez no debería ir, debería dudar demostrando un gesto de indiferente superioridad. En la cabeza, un pensamiento se insinúa lentamente. ¿Y si mi gesto fuese cambiado por cobardía? Podrían pensar que tengo miedo de afrontarla.

O tal vez, ¿tú lo piensas, Marta?

Me encuentro caminando en la calle Balbi, doy vuelta agachado. Levanto la cabeza y enderezo el cuerpo. Debo volver a encontrar mi equilibrio, Marta me esta destruyendo y, cada vez que pienso en ella, siento una extraña

sensación, como si me encontrase bajo el agua a merced del destino.

No sé qué hacer. La recepción es en el C Dream, está en pleno centro de Génova, junto a la calle XX Settembre. Sé dónde se encuentra. Es un lugar decorado de una manera muy extraña, con muebles de estilo náutico que recuerdan a los cruceros. La atmósfera de clase es relajante, dan ganas de acurrucarse en un sillón y beber hasta perder los sentidos.

¿Eso es lo que quiero? Me pregunto mientras una imagen del cuerpo de Marta, que se me estrecha al cuerpo, sin pudor, desesperada, me hace acelerar el paso.

Siento sus besos en los labios, en los ojos, en las mejillas; me toma el rostro entre las manos.

¿Sabes que te amo, profesor? ¿lo sabes?

Y luego esos besos se transforman en mordidas y las caricias en bofetadas.

—*¿Qué debo hacer, Marta?*

Continuaba diciendo que debía contarle la verdad y gritaba que me odiaba. Aferré sus hombros y comencé a sacudirla. Luego le di una bofetada y me arrepentí inmediatamente.

Sacudo la cabeza para borrar el recuerdo pero no se quiere ir.

Cuando llego al local, tengo como la sensación de que, apenas pasado el umbral, todas las luces apuntaron hacia mí y las miradas de los presentes me observan.

Busco componerme, mostrando mi consuetudinaria seguridad y sonrío al padre de Caterina que viene a mi encuentro.

Me estaban esperando. Soy, finalmente, su revisor, era necesaria mi presencia; debía ser partícipe de la alegría y el éxito de Marta.

Aprieto la mano a aquel insignificante hombre burgués que tiene el corazón a la izquierda y el portafolio a la derecha, y con la mirada busco a Marta.

Ahí está. Está sola, no veo a su madre entre los invitados. De pronto, un recuerdo aflora en mi memoria mientras las luces del local se vuelven rojas. Me siento envolver por las llamas, escucho un grito y busco sus ojos.

Comienzo a sudar y me quito el saco mientras leo gratitud en su mirada y un destello de pérdida satisfacción.

Me querías aquí, pequeña bruja.

Siempre termino por hacer lo que ella quiere, me doy cuenta. Controlo la tentación de huir y me acerco, mientras las luces del local nos envuelven de un azul frío.

Aprieta cada vez más la tesis, como si pudiese ser robada. Me la da tocándome la mano y tira su mirada en mis ojos.

—Para usted, profesor. Gracias por todo.

Habla de una manera lenta y profunda, su voz tiembla ligeramente y me provoca emociones contrastantes, que se sobreponen, se mezclan, se

confunden en mi mente. Miro alrededor. Necesito beber algo. Tomo una copa de spumante que está en la barra del bar, antes de decir:

—No quería venir. Y, en cambio...

—Ignoro el texto y hablo con voz firme, calmada, confiable, pero me doy cuenta de que he sido descortés porque Marta cierra los labios, nerviosa.

Bebo un sorbo del líquido amarillo y dejo pasar mi mirada en los presentes. Toda esta ansiedad y este fastidio que siento, no son justificables. Tal vez comprendieron que no me opuse a que se graduara con honores, tal vez Marta solo quería tenerme aquí para compartir este momento también conmigo, como es justo que sea. Quería solo que leyese la dedicatoria y que dijese algo apropiado para este día inolvidable para ella.

Miro la tesis entre sus manos. Este documento es testimonio de los resultados obtenidos en el periodo de estudio y representa un nuevo inicio para ella. Y es justo que todos me

quieran aquí; para ellos soy solo su revisor, nada más.

Y, entonces, que sea un nuevo inicio también para mí.

—Un poco de atención, por favor... —digo, elevando la copa y aferrando la tesis—. Quisiera leerles la dedicatoria que mi alumna... —la miro. Sus ojos están pegados a los míos, se aparta un mechón de cabellos del rostro... preferida ahora puedo decirlo, me ha escrito en la tesis, amablemente. —Risas sumisas, aplausos que apenas se escuchan. Ahí está, qué quieren. Sonrío—. Quisiera leerles solo las primeras palabras —agrego apoyando la copa—, el resto me lo quedaré. —Abro el volumen y, después de la primera página, las palabras se detienen en la garganta.

Una fotografía. La fotografía es de nosotros dos en la cama. Ella lleva un fondo de raso color perla, tiene los cabellos sueltos que le caen sobre el rostro salvajemente, y en el tobillo la

pulsera que le regalé. Yo tengo los pantalones y el bóxer bajados hasta las rodillas y estoy sin camisa. Nuestros cuerpos están unidos, nos estamos besando, mi mano aprieta sus cabellos y su mano me está tocando el pene erecto, duro como el de un muchachito.

Aquella foto era un juego entre nosotros, se divertía tomándola con el teléfono. Por un momento imagino aquella foto en las manos de todos. Podía deslizarse en el suelo mientras abría el volumen. Y luego ¿dónde la habrá impreso?

Siento el rostro en llamas y un dolor en el pecho.

Debo retomar el control o mi va a dar un infarto.

Levanto los ojos y me aclaro la voz.

—Es mi alumna preferida, pero me esperaba algo más original que un “gracias, profesor.”

Cierro el volumen, ahora comprendo por qué lo tenía apretado a sí.

Lo hago también, bajo el brazo lo aprieto, recupero el saco y me dirijo a la puerta del local. Siento las miradas de todos seguirme hasta la salida, pero los que atraviesan la carne, hasta hacerme sangrar, son los ojos de Marta.

Me falta la respiración. Desato la corbata y, cuando estoy fuera, tomo una enorme bocanada de aire, ignorando que estoy inhalando también el gas descargado por un automóvil. Siento una tristeza profunda, una rabia salvaje que me lleva a querer destruir a Marta y toda su maldita historia.

Al final, todo saldrá a la luz.

Cierro los ojos por un instante, tratando de comprender por qué se comporta de esta manera absurda. Soy un hombre con emociones violentas. Soy una persona que manifiesta la rabia. Soy un hombre que, en ciertas situaciones pierde el control.

Y lo sabe.

El odio por Marta explota dentro de mí. Tomo el teléfono en el bolsillo del

saco, y le envió un mensaje. Solo una palabra.

Putá.

CAPÍTULO II

EL ENCUENTRO

Me esperaba una llamada de aclaración y la llamada llegó a media noche. El teléfono junto a mi cama ha comenzado a vibrar y yo no respondí.

Ahora esperas, pensé, y en la oscuridad busqué encontrar una explicación razonable para lo que sucedió en la tarde, pero no lo logré. La imagen de aquella fotografía y el recuerdo de nuestro primer encuentro se sobreponen y una sucesión de otras imágenes se materializan en mi cerebro; la cabeza me ha comenzado a girar, a pesar de que esté acostado en la cama.

Y la llamé. El deseo de castigarla era más grande que cualquier emoción.

La última vez, me dije.

Acaricio la brava mientras me preparo un café. Fue su idea el hacerme crecer la barba.

Vamos, hazlo por mí, profesor... te quedaría muy bien...

Y yo la contentaba. Hacía todo por ella, aunque ella parezca que hace lo contrario.

Fui un estúpido, me doy cuenta. Cuando Marta se volvió mi estudiante, no sabía quién era, ella usa el apellido de su madre y cuando lo descubrí ya era tarde.

Caigo redondito sabiendo que nada justifica mi comportamiento: tuve sexo con una alumna y solo esto bastaría para ser alejado de la Universidad. Y luego, está la historia de Turín.

Turín.

Ahora ¿qué querrás de mí, Marta?

Me parece verla caminar a la cocina después de la primera vez que hicimos el amor. Ella no había buscado cariños, caricias, palabras dulces, como hacen

otras mujeres, no, ella vino a la cocina y abrió el frigorífero en búsqueda de una manzana.

—No hay manzanas. ¿No te agradan? ¿Las comprarías para mí?

—Hago todo lo que quieras, Marta.

Todavía ahora es así, hago siempre todo lo que quiere y, a menudo, me pregunto cuánto haya de miedo y de amor en esta mi debilidad.

¿Tengo miedo de ella?

En la universidad me di cuenta de sus miradas insistentes, pero estoy preparado, sé que un hombre maduro puede tener una fascinación especial, que atrae a algunas estudiantes y pensé que Marta, en mí, vería a un guía seguro. Siempre ha sido una chica tímida, su manera de enrojecer ante mis preguntas y ese extraño modo de apartar la mirada de la mía en manera brusca, como para sofocar una emoción incontrolable, inmediatamente me dan ternura y, al mismo tiempo, me dan curiosidad.

En ocasiones me agradaba hacerle bromas durante las lecciones, aquella su infatuación me divertía de alguna manera, pero al mismo tiempo me fascinaba, me di cuenta después.

Una vez la provoqué.

—¿Qué sucede si un niño no respeta a nadie? —Había dicho así, en la lección. Quería hablar de la necesidad de hacer renacer con urgencia un Estado de derecho en aquellas nuevas naciones que habían sido dañadas por la guerra civil en la ex Yugoslavia.

Un buen punto de partida para mi discurso.

Pero la señalé, entre los alumnos, pensando que dejaría de tener sus atenciones, pero me equivocaba. Durante la hora de recepción, me la encontré en el estudio; quería saber por qué había dicho aquella frase y en aquel momento me pregunté, de dónde, aquella chica con apariencia tan frágil e insegura, tomaba todo aquel valor.

Fue ahí que cedí, sin percatarme de ello.

Estaba leyendo una colección de lírica danunziana, ella la había notado y me pidió leerle una poesía. Había pasión en sus ojos, había una luz diferente a la de siempre y no quería apartar la mirada; cerré el libro y recité de memoria algunos versos: Otoño, yo no sentí tan fuerte/ la tristeza que tú sólo difundes/ Cuántas como yo en tus bosques profundos/Son cosas muertas entre las hojas muertas...

No sé por qué elegí aquellos versos. Ahora pienso que haya sido un presagio, sabía que una parte de mí estaría muerta con el beso que intercambiamos inmediatamente después.

Nos besamos como si no hubiese mañana. Busqué sus labios dulcemente, luego la pasión explotó dentro de mí y apreté salvajemente su leve cuerpo al mío.

Así comenzó nuestra relación y todo había ido bien hasta el día que tomó

aquella foto. La busco con la mirada. Me levanto de la silla mientras la cafetera silba. Apago el fuego y vuelvo a la habitación.

La foto está sobre la cama, me siento y la observo.

Aquel día, Marta pasó a mi casa a retirar material para su tesis. Dividí los folletos y lo que pudiese fungir como guía por lo que tenía que ver con la metodología de investigación, no para controlar que el graduado escriba cosas que él ya conoce. La empresa política D'Annunzio en Fiume fue estudiada ampliamente en el exterior, y habría sido un error no evaluar el material producido, sobre todo por naciones que aspiraban a la independencia, como Egipto e Irlanda.

Pero no es solo por esto que ella vino a mí. Después de nuestro beso, ella se me metió en la sangre, en el alma, en el corazón. Traté de evitarla, porque tenía miedo. Soñaba con hacer el amor con ella día y noche, pensaba que al

tenerla a distancia podía evitar que ella se volviese una obsesión, pero ya lo era.

Y ella lo sabía.

Vino porque quería hacer el amor.

Pienso en eso que sucedió esta noche.

La llamé porque quería explicaciones sobre aquella maldita foto y ella respondió inmediatamente:

—¿Cuándo llegas?

—Me explicas ¿qué mierdas querías hacer con esa foto? ¿Me querías exponer delante de todos?

—¿Recuerdas esa foto?

Claro que me acordaba de aquella foto. Ella jugaba con el teléfono mientras yo era presa de una excitación incontrolable y la besaba y tocaba por todos lados. Estábamos entrelazados en la cama y ella comenzó a tomar fotos mientras tocaba mi excitación.

—Las fotografías roban el alma, ¿no lo sabías? —susurré besándola.

—La perdimos en Turín. ¿No te acuerdas de mí?

Dejé de besarla y tomé su mano. Aferré sus cabellos y escruté sus ojos. Y la reconocí.

—*La pequeña Agni* —susurré. E inmediatamente después, pensando en tranquilizarla—: Todo está bien, Marta.

Pero su rostro había cambiado de expresión. Se volvió a vestir a toda prisa y cuando le dije que borrara nuestras fotos del teléfono, ella me miró como si le hubiese provocado un increíble dolor. Tenía la boca entrecerrada como si quisiera decir algo, pero no hablaba.

No insistí. Le dije que podía guardarlas, pero me equivoqué.

Aprieto la foto entre las manos, me levanto de la cama y busco la tesis. Está colocada sobre la cómoda, junto a una lámpara de pizarra.

Metó la foto entre las páginas del libro y levanto la cabeza. El espejo delante de mí me lleva a la imagen de un rostro arrugado, con la mirada ojerosa y hundida, y los cabellos despeinados. Me

siento vencido. Vuelvo a la cocina mientras pienso en sus palabras.

No la volveré a ver más. Esta noche ha superado nuevamente el límite.

—¿No quieres venir conmigo? ¿No quieres castigarme porque he sido mala? Hago todo lo que quieras, para que me perdones... me haces falta.

Esa voz de gatita al teléfono, casi infantil, la encuentro irresistible y ella sabe que me doblega con su voz.

—Voy, pero debemos hablar — respondo sabiendo que estaba mintiendo, sobre todo a mí mismo.

Ella ríe y concluye la comunicación.

Cuando llego a su casa, ella me espera en el quicio de la puerta. Lleva una bata de noche negra, me toma de la mano y me conduce a su habitación diciendo que estamos solos.

Luego se quita la bata mostrando su cuerpo desnudo. Enciende velas y la iluminación tenue exalta sus formas. Era bellísima.

—¿Estás enojado conmigo?
¿Quieres castigarme? —Sí, estaba enojado, pero sobre todo conmigo porque ya sabía cómo iba a terminar—. Me someto a tus deseos, profesor y luego me perdonas, ¿verdad? ¡No me debes dejar nunca!

—¡Ponte en cuatro sobre la cama!
Ella ríe y obedece.

—¿Quieres azotarme o quieres cogermme? —parece una gata en celo, baja con el cuerpo y el trasero elevado que oscilaba—. Antes, sin embargo, me tienes que prometer que no me dejarás nunca.

Los deseos de someterla me sobrecogen, mientras la cojo con violencia. A cierto punto ella se desvincula y se voltea. Toma mis manos y las lleva a su garganta.

—Aprieta —me dice.

—Pero ¿qué haces?

—Ahora continúa cogiéndome y aprieta. —Y esta vez yo soy quien obedece, pero luego ella mientras jadea

y yo aprieto cada vez más su cuello, susurra, con una mirada enloquecida—: Si un día tuviese que morir, te inculparían, ¿sabes?

Degluto. Tengo como la sensación de que es ella quien aprieta mi cuello con las manos. De pronto tose, me falta el aire.

Esta historia debe terminar. No sé qué intenciones tenga, cuando vi la foto pensaba que quería chantajearme, pero después de lo que dijo, ya no sé que pensar.

¿Quieres matarte, Marta? ¿Qué estás ideando?

Regreso a la habitación, tomo el teléfono y le envío un mensaje.

Siempre habrá algo entre nosotros, pero no podemos vernos más. Tienes que dejarme en paz, ha terminado.

No es la primera vez que la dejo, pero siempre he vuelto porque hay un vínculo entre nosotros que no logro deshacer. Nunca he creído en esas estupideces sobre almas gemelas, pero

cuando conocí a Marta, pensé que ella tal vez era el complemento de mi persona en alma y en cuerpo.

Evidentemente, me equivocaba.

Caminé hasta el mar sin detenerme. Atravesé el centro histórico, llegué a via Venti y proseguí hasta Boccadasse. Me senté en una banquita en la placita de la Iglesia, el aire perfumado de primavera y se mezcla con el olor de los peces.

Me levanto de la banquita y me dirijo hacia la pequeña playa. Observo las casas altas y estrechas, adosadas una sobre otra, y las barcas de pescadores.

Volví a encontrar un poco de calma, pero no logro dejar de pensar en ella. Marta no ha respondido a mi mensaje y espero que no sepa más de ella.

Pero ¿en verdad es lo que quiero?

Miro la hora. Son casi las diez, decido tomar un taxi y volver hacia casa. Haré que me deje en Caricamento, el frigorífero está vacío y en el trayecto para llegar a mi apartamento compraré algo.

Entrecierro los ojos, mientras continúo pensando en ella. El cuerpo se abandona en el asiento posterior y la cabeza va apoyada en la ventanilla. Estoy tan cansado que el ruido del motor del taxi lo encuentro casi armonioso.

La primera vez que Marta entró en mi casa dijo que no había espacio para una mujer; según ella, el “caos” que puede llevar una mujer, la emoción y la pasión podrían generar confusión en una casa simple como la mía.

Y no estaba del todo equivocada. Mis relaciones siempre han sido superficiales, conscientes de que cuando busco a una mujer, el motivo que me empuja siempre es la excitación de los comienzos y la adrenalina de la conquista. A menudo tuve relaciones con mujeres casadas, la competencia con otros hombres siempre me ha parecido un juego emocionante.

Marta, una vez que entró en mi estudio, criticó mi orden. Yo lo considero mi reino, donde todo está

exactamente en su lugar; los libros en orden en estantes por autor, el antiguo escritorio al lado derecho de la estancia, sobre el que está un ordenador moderno y el diván de piel frente a la ventana. Decoración antigua se mezcla con objetos modernos en perfecta armonía.

Marta había admitido que era un lugar acogedor. Dijo que mi estudio era una estancia para amar y cansarse de vivir ahí.

—Cómo se puede amar los libros y estar cansado de verlos —agregó.

Y tú ¿te cansarás de mí, Marta?

Una parte de mí no quisiera. Ella es la única mujer que nunca ha intentado cambiarme y si terminase con lo de Turín, tal vez podríamos todavía construir algo juntos. Si ella aceptase lo que sucedió, en lugar de volver a traer esa vieja historia que me está destruyendo, las cosas podrían ser diferentes entre nosotros. Es como si Marta, no solo quisiera eliminarme, sino

como que también hiciese todo para eliminarse a sí misma.

Siempre encontré mujeres que se enamoran de la mejor parte de mí, negando la parte sombría, que es la que prevalece, y siempre intentaron cambiar esta parte mía con Marta.

Sé que no he perdido los confines de mí para caer presa del poder de una mujer; siempre las he tenido a cierta distancia, siempre hui cuando me sentía en peligro, pero con Marta no fue posible y ella siempre me aceptó por lo que soy.

Pero no era así. Abro los ojos y paso una mano entre los cabellos. Todavía me estoy ilusionando, sé que no se puede recuperar nada. Ella tiene un plan en mente, me doy cuenta de que siempre lo tuvo porque siempre supo quién soy y me ha mentado siempre.

Cuando llego al destino, pago y mientras observo partir el automóvil, me llega un mensaje. Tomo el teléfono del bolsillo y leo:

“Si me dejas, cuento lo que hiciste en Turín. Aunque no quieras admitirlo, yo sé que fuiste tú.”

Comienzo a dirigirme hacia Sottoripa, me arruinó el día. Luego me detengo delante de una pescadería, pero soy presa de una sensación de peligro y me volteo rápidamente.

Entre las cabezas de la gente veo un cuerpo moverse de modo irregular. Me encamino en esa dirección y busco enfocar. Luego la reconozco. Es Marta.

¿Me estabas siguiendo? No sería una novedad. Ahora está buscando alejarse, vio que me di cuenta de su presencia y decido seguirla.

La primera parte de los pórticos de Sottoripa hospeda bancas, es poco transitada, en cambio la segunda es un continuo vaivén de gente. La veo entrar en la segunda parte, colisionando con un grupo de personas que caminan hacia el Porto Antico y yo estoy detrás. Luego se detiene.

¿Qué se siente ser espiado?

Se mira alrededor, no me ve más porque estoy escondido detrás de una columna y ella tal vez se siente resguardada entre la gente. La veo, agitada, tomar el teléfono de la bolsa y luego la sigo hasta un bar. Decido asustarla un poco, antes de alejarme.

Le mando un mensaje.

Te veo.

CAPÍTULO III

TRAICIÓN

Marta, ¿cuándo fueron importantes nuestros padres? Tú lo sabes bien, ¿verdad?

Hombres como ellos, traicionan porque dentro de sí sienten un vacío y tienen necesidad de fuertes emociones para sentirse vivos. Traicionan porque, a pesar de la aparente seguridad, su autoestima es frágil y tienen necesidad de continua confirmación.

Traicionan porque no están contentos con lo que tienen porque no quieren cerrarse a otras posibilidades.

Pero, aunque son fieles, no se conceden nunca totalmente a la persona con quien están: dentro de sí mantienen

un ángulo inaccesible y se reservan el derecho de tener una fuga cuando la relación debía volverse demasiado monótona o si sucediese algo más apetecible.

Un periodo particularmente en riesgo por las traiciones y la edad media: envejecer es difícil para todos y, para ciertos hombres, aceptar el envejecimiento es, particularmente, doloroso. El temor de perder la potencia sexual y la capacidad de conquistar mujeres atractivas son elementos que llevan a conquistar mujeres jóvenes y bellas, evitando a las coetáneas, cuyo envejecimiento es vivido como espejo de ellos.

Pero ¿cómo hacerte comprender todo esto cuando eras una niña? Y ahora que tal vez habrías podido comprender a tu padre, es demasiado tarde.

El estómago se contrae.

¿Cuánto hay en mí de mi padre? Me pregunto, abandonando la cabeza en el cojín del diván. Pasé la tarde en casa,

las persianas cerradas y una botella de “Barolo” me hicieron compañía.

Cuando tenía la edad de Marta y estaba por graduarme, llevaba años en conflicto con él. En los años 60 enseñaba matemáticas en el Liceo Gioberti, una de las más antiguas instituciones turinenses. Su característica fundamental era la absoluta devoción al trabajo y la más profunda pasión por la materia que enseñaba.

Él quería que mis estudios no estuviesen fuera de su pasión y cuando decidí dedicarme a la Historia, se volvió un padre hostil.

Por años busqué hacerle entender que para mí sería algo equivocado y me parecía absurdo tener que explicarle el motivo, era un concepto que, al final, él mismo explicaba a sus estudiantes; “deben elegir siempre la materia que más les apasiona” era una frase que repetía siempre a sus alumnos de fin de año. Evidentemente, para mí era un

concepto que no valía porque, como respuesta a mis explicaciones, recibía solo palabras duras o indiferencia por todo lo que tenía que ver con mis estudios.

A pesar de todo, siempre me sostuvo económicamente en el comienzo de la carrera universitaria, porque veía en mí la vocación adecuada; dedicación al trabajo, capacidad de hablar en público y mucha determinación. Pero de mi cualidad, se jactaba con personas extrañas, en ocasiones también con mi madre; ella me refería halagos que, directamente de él, no me llegaron.

Después del doctorado de investigación, obtuve un concurso como investigador universitario en Trento y me transferí por tres años. No quería volver a vivir en Turín y, al final del contrato de trabajo, resulté idóneo en el procedimiento de evaluación comparativa para un puesto de profesor asociado, por parte de la Facultad de

Lenguas y Literatura Extranjera de la Universidad de Bolonia.

Mi padre era un hombre misterioso. Los padres a menudo lo son, para los hijos y cuando yo era un pequeño, me pregunté qué es lo que mi madre podría amar de él. Ella era una mujer silenciosa, pequeña, que portaba siempre faldas que le llegaban bajo la rodilla y nunca la vi usar pantalones. Tenía los cabellos cortos, castaño oscuro, con hilos de plata, que se negaba a teñir y un ligero estrabismo que la volvía fascinante.

Tenía siempre la mirada soñadora, pero también muy triste. Hacía costura, en la vieja casa de Turín usaba una estancia para trabajar y encontrar clientes. En ocasiones, de niño, la espiaba, mientras usaba la máquina para coser con pedal, con las patas de fierro, acomodada a un lado de una gran mesa llena de telas, hilos y prendas preparadas para alguna rica señora.

Era una mujer devota y servil a comparación de mi padre, y muy dulce conmigo. En cambio, el, era siempre frío y distante, muy desapegado emotivamente, pero fiel, siempre lo creí, me equivoqué.

Solo después de su muerte comprendí el carácter resignado de mi madre y cómo estaban realmente las cosas entre ellos.

La noticia había llegado mientras estaba en Bolonia. Había tenido un infarto mientras iba al trabajo.

Tomé el primer tren, volví a Turín y no volví más a Bolonia. Mi madre murió un año después, pocos meses antes de que la familia de Marta se mudara a mi piso.

Cuando mi padre faltó, pregunté al médico si había sufrido y él me respondió que la muerte había sido instantánea.

Recuerdo aquel día como si fuese hoy. Su cuerpo había sido llevado a la cámara mortuoria del hospital y mi

madre se mudó inmediatamente con su hermana, que vivía poco lejos de nosotros, porque no quería volver a casa sin él. Me quedé solo en el apartamento y pensando hacer agradable a mi madre, comencé a poner en orden y a reunir todos los objetos de mi padre.

Me preocupé por las cajas y tocar sus cosas, que le quedaban, me provocaron un dolor inesperado. En la silla al lado del escritorio, cerca de la ventana de la habitación, donde a menudo corregía los deberes, había un suéter de lana.

Lo tomé y volví a doblar con cuidado, como si pudiese servirle todavía.

Luego abrí los cajones del escritorio y me detuve a mirar una foto enmarcada que me recordaba a él: la tomó mi madre en la graduación.

Me asemejaba mucho a mi padre, no solo por los cabellos claros y ondulados, y sus mismos ojos azules; el cuerpo delgado, casi felino, en aquella

foto había asumido su misma posición. Ambos teníamos el busto rígido y las piernas largas, como queriendo desafiar a cualquiera y demostrar nuestra superioridad.

Sentí malestar y luego, un dolor fuerte me retorció las tripas. Me había interrumpido y abrí las puertas de su armario, para devolver el suéter.

Antes de cerrar las puertas, noté una caja de madera en alto. La tomé y busqué abrirla sin darme cuenta de que se necesitaba una llave.

Miré alrededor y volví al escritorio. Revisé dentro y encontré diversas llaves; las probé todas, pero ninguna era la adecuada. Volví a la cocina, empuñando un cuchillo y volví a mi habitación. Logré abrirla mientras una voz en mi cabeza me decía que hubiera sido mejor rendirme.

Cuando quité la cubierta, esparcí el contenido; era un escondite secreto de cartas y mensajes, escritos por otras mujeres. Había diversas fotografías de

él y diversos tipos de mujeres; rubias, pelirrojas, altas, gordas; y ninguna de ellas era mi madre.

Siempre me negué a creer que mi padre tuvo relaciones durante el matrimonio. Siempre lo consideré fiel a los valores, al respeto por el prójimo y a la familia, pero las fechas de las cartas me quitaron toda duda.

Todo el dolor y la rabia que debía haber sentido mi madre, sin manifestarlos, me golpeó como una bomba de agua. Aferré la fotografía y la arrojé contra el muro. El vidrio de portarretratos se rompió y un pequeño vidrio me hirió en una mejilla. Estallé en un grito de rabia, luego fui a la cocina, tomé el alcohol y las cerillas, con la intención de quemar todo; pero no lo logré.

Me vuelve a la mente aquel día que Marta quemó los cabellos de la muñeca y tengo el mismo pensamiento que entonces: Marta lograría quemar los recuerdos de su padre, pero yo no. A

pesar de que estuviese muerto, lo temía todavía.

Durante el periodo del liceo siempre tuve pocas amistades, mi padre era muy severo, me cuidaba tanto y no me concedía mucha libertad. Si me equivocaba o, simplemente no estaba a la altura de sus expectativas, a menudo usaba castigos corporales. Recuerdo que estaba sometido a él; si necesitaba algo, prefería renunciar antes que pedirselo.

Cuando cumplí dieciocho años, comencé una amistad con Franco Russo, un compañero del liceo, una persona poco recomendable, así lo había descrito mi padre, después del problema en que me metí.

Él era un chico vicioso, de buena familia, hijo de un médico muy conocido en Turín y, pocos días después de haber de haber obtenido la licencia de conducir, logré convencer a mi padre de que me prestase el auto, un Fiat 127 blanco y me reuní con Franco.

Aquella noche salimos con chicas y fuimos a Moncalieri; habíamos bebido demasiado, y no recuerdo todavía ahora cómo fueron las cosas, pero recuerdo que por “juego”, quemamos un automóvil abandonado.

Una de las chicas se asustó mucho, contó a la familia lo que hicimos e inmediatamente esa historia llegó a oídos de mi padre.

No era la primera vez que me castigaba con una vara de junco, pero aquella vez, recuerdo que el castigo fue particularmente riguroso. Me obligó a desnudarme, a doblar con cuidado mi ropa y ponerla en la cama; luego me obligó a voltearme hacia él y a inclinarme para recibir los golpes en las nalgas.

Después de golpearme, no sé cuántas veces, me obligó a ponerme de rodillas y a pedirle perdón. Todo esto, delante de mi madre que lloraba sumisamente en una esquina de la estancia.

Después de aquella experiencia, me prometí que no encendería ni una cerilla más en mi vida.

No logré quemar las cartas porque tenía todavía miedo de él, pero llamé a mi madre y le dije que había encontrado una hoja en la que mi padre escribía que quería ser cremado.

Siempre me pareció oportuno consignar su cuerpo al fuego, pensaba que podía salvar su alma; siempre consideré el fuego como un símbolo de purificación y regeneración, aunque aquel día, una parte de mí me había sentido placer al saber que su cuerpo estaba quemado. Me parecía el castigo justo por el dolor que causó a mi madre traicionándola sin pena alguna.

Con los años me convencí de que, si él hubiese muerto antes, mi madre habría podido darse otra vida y ser, finalmente, feliz.

Como te comprendo, Marta. Siempre te comprendí... y tú me liberaste del miedo de él. ¿Lo sabes?

De pronto, en el silencio de la casa, el sonido del timbre me lleva a la realidad. Miro la hora, son las dieciocho, Paola siempre fue una mujer puntual.

Hace años que no nos vemos, pero no nos perdimos del todo. De vez en cuando nos llamamos, pero más que una llamada y un mensaje no hemos intercambiado.

Hoy en la tarde, su mensaje llegó en un momento tal vez justo para mí.

No he traicionado nunca a Marta, nunca he traicionado a ninguna mujer, no soy como mi padre y decidí recibirla solo porque no quiero volver a ver a Marta y tengo una terrible necesidad de quitármela de la cabeza.

Me levanto con fatiga del diván y abro la puerta.

Paola siempre fue atractiva, tiene el cabello corto y rubio, senos y caderas prósperas, y muslos generosos, lo opuesto a Marta.

Ella es una de esas mujeres físicamente todavía bellísimas y fascinantes, que conservan por magia la belleza hasta después de los cincuenta; es abogado y está casada desde hace quince años. Siempre tuvimos una relación basada solo en el sexo; manteniendo ambos una conducta fría y distante, la relación nunca estuvo sofocada por el amor y ella aceptó sin problemas mi lejanía sin pedirme explicaciones.

Cuando entra a la casa, después de haber intercambiado alguna frase de circunstancia, le ofrezco una copa de vino y, poco después, nos encontramos en la alfombra de mi estudio, mientras que delante de los ojos me danza todavía la fisonomía de mi padre tan joven que ni siquiera me parece que haya existido.

Me parece una escena surreal. Me parece estar en un palco, iluminados por la luz, delante a un público invisible y entre el público está Marta.

Aquella mañana, algo parecido me sería absolutamente incomprensible y mientras pienso que sueño y deseo solo a Marta desde hace demasiado tiempo, Paola continúa besándome. El sabor de su boca es dulce, siento la fragancia del vino, recuerda a licor de cerezas y dulces. Yo no sé qué hacer, me siento tonto y apresurado, y el modo en que nos arrebatamos nos hace parecer nadadores en un mar en tempestad.

¿En verdad estoy por hacer el amor con ella? Pienso, mientras quito su falda y sus manos me desabotonan los pantalones.

Me encuentro excitado mientras tomo su mano y la llevo a mi pene. Ella comienza a tocarme, yo jadeo y gimo como un animal. Luego lleva mi mano en medio de sus piernas, y comienza a gozar como una perra mientras la penetro con los dedos.

Es todo un jadear y gemir cada vez más fuerte, y cuando le abro las piernas

para penetrarla, se me escapa una risa mientras la erección se baja.

Y río, río, río, hasta que Paola me da una bofetada.

CAPÍTULO IV

LA TESIS

Esta noche, Marta intentó llamarme. No respondí, pero hacia las tres de la mañana volví a llamarla, arrepintiéndome inmediatamente.

¿En verdad pensaba que iba a poder tener sexo con otra mujer?

¿Pensaba en serio que bastaba ir con Paola para olvidarla?

Patético.

Esta mañana tengo lección en la universidad, estoy tan cansado que preferiría no ir, pero no puedo. Me desperté a las tres, con la misma pesadilla; siempre que me duermo, me parece que una criatura monstruosa llena de dientes y garras me besa, me

abraza y me acurruca de manera oprimente hasta sofocarme.

Encendí la luz y en la estancia iluminada, los muebles me parecieron desgraciados abortos, objetos horribles sin sentido; no logré volver a dormir y, presa del insomnio, busqué leer sin conseguirlo. Me levanté de aquella cama deshecha como si fuese un muerto salido de la tierra después de haber sido sepultado.

Y es así como me siento. Muerto.

Me miro al espejo del baño y me peino los cabellos hacia la derecha; me corté la barba y noto que he perdido peso, con la barba no se veía.

Acaricio el rostro liso y vuelvo a la habitación. Me visto lentamente, mientras el teléfono en la cómoda comienza a vibrar.

Me quedo mirándolo hasta que deja de hacerlo, luego veo quién me llamaba, aunque ya sé que es ella.

Mientras tengo el teléfono en la mano, me llega un mensaje.

Obviamente es Marta.

¿Qué diablos quiere?

Es un video. Abro lo que veo y me hace arrojar el teléfono contra el muro. Estoy a merced de las neurosis de una chiquilla. *Y por los sentimientos de culpa por lo que sucedió en Turín. ¿Cuánto puedo seguir así?* Debo decidirme a hacer algo, ha llegado el momento de actuar y darle una señal que la obligue a recordar, sin preocuparme por las consecuencias.

Mi mirada va hacia la tesis y pienso en la noche anterior.

¿Por qué grabaste nuestro encuentro, Marta?

Advierto un temblor de disolución; los párpados pesados se cierran de pronto.

¿Por qué te fuiste? ¿Por qué escapaste de mí, profesor?

Su voz, similar a un grito bestial, irrumpe en mi cabeza y el hormigueo en el brazo y las piernas me da la impresión de explotar.

Aferro el volumen, termino de vestirme velozmente y tomo una vieja mochila, en la que meto la tesis, alcohol, una caja de cerillas y guantes. Abro la puerta y desciendo a la calle. Llevo los anteojos de sol y noto con placer que nadie me mira, todos piensan en sus cosas.

La calle que me separa del apartamento de Marta es breve, cuatro minutos a pie en el centro histórico. Me meto en un callejón estrecho, donde el sol apenas llega, pero el día es límpido y terso, la luz cae sobre las paredes y, mientras camino a paso suelto, luz y sombras me golpean. Levanto los ojos hacia lo alto y una franja de cielo azul aparece entre los edificios húmedos; están tan cerca que parecen tocarse.

En un momento recorro el callejón y desde lejos veo la desviación para las bicicletas. Olor de humedad y de orina llega de la calle y las pocas personas que encuentro me continúan haciendo sentir anónimo. Una vez que llego al

portón del edificio de Marta toco al interfono varias veces mientras pienso cuántas cosas podrían suceder si ella o Caterina decidieran salir o se asomasen de improviso.

¿Qué podría justificar mi presencia? Me pregunto mientras, de pronto, veo a una persona en la entrada.

Presa del pánico, retrocedo cuando la puerta se abre. Un chico, de rasgos asiáticos, sale y me pregunta si voy a entrar, manteniendo abierto con la mano. Aprovecho y me meto, sin agradecerle, y me encuentro corriendo hacia arriba por las escaleras. Me dejo llevar por la adrenalina y siento la tensión subir detrás de la nuca.

Estoy delante de la puerta de entrada, me quito los lentes y tomo la tesis de la mochila; luego verifico que la foto esté entre las páginas. Miro nuestros cuerpos entrecruzados e inevitablemente pienso en dos noches atrás. No sé si por el recuerdo de nosotros o por lo que estoy por hacer,

pero tengo una erección incontrolable que me asoma por la tela del pantalón.

Decido no perder tiempo y pongo la tesis en el suelo. Bastan rápidos movimientos para que el volumen comience a quemarse. Me pego al barandal y me precipito hacia abajo por las escaleras. Escucho un momento el silencio, luego voces y gritos.

Abro el portón y doy pasos lentos.

Espero que seas tú quien abrió la puerta.

Me pongo las gafas e inmediatamente el pensamiento de lo que acabo de hacer me llena de un sentimiento de repulsión y me doy cuenta de que estoy siguiendo su juego, cualquiera que sea.

La mente se ha ido constantemente a otro lugar. Durante las clases busqué el teléfono en el portafolio, lleno de apuntes, esperando que encendiese,

olvidando haber hecho pedazos la pantalla.

La lección fue insignificante. La Italia posguerra, las consecuencias económicas y sociales, en general, es un tema que me estimula, pero lo traté de modo errado y confuso, usando en ocasiones un lenguaje con ambages y barroco para dar más dignidad a lo que estaba diciendo; en realidad, era un modo de buscar la dignidad que perdí esta mañana quemando la tesis de Marta.

Los estudiantes se dieron cuenta de mi malestar, sobre todo Luca que me mira con aire cómplice.

Sabe algo.

Al final, me refugio en mi estudio al último piso, del Instituto de Historia moderna y contemporánea. El olor de papel, de polvo y humedad me obliga a abrir la ventana.

Maldito disgusto, pienso mientras el aire húmedo, lleno de olores que no reconozco, me golpea de lleno. Aquel

cambio repentino de clima me pone nervioso más de lo que ya estoy.

Vuelvo al escritorio y busco el tabaco en las cajas. No fumo desde hace mucho, últimamente me contento con succionar las raíces de licor, pero hoy tengo necesidad de tabaco.

Encuentro una confección en el segundo cajón, junto a las tarjetas.

Me siento y me preparo un cigarrillo. No me percato de haber dejado la puerta abierta y cuando levanto los ojos, con el cigarrillo entre los labios, Luca está en el umbral de la puerta.

—¿Necesita fuego, profesor? —su tono no me agrada—. ¿Puedo? —y Sin esperar mi respuesta, cierra la puerta y se acomoda en la silla frente a mí. Apoya los libros en el escritorio y la mochila en el suelo.

Enderezo el pecho, entrecierro los párpados y lo miro con interés.

—En general, no recibo sin cita, pero veo que ya se acomodó. —Sonrío,

mostrando seguridad. En realidad, me siento vulnerable y expuesto; como si estuviese en un árbol y supiese que un rayo está por golpearme. Enciendo el cigarrillo, sin preocuparme por su presencia.

—Está prohibido fumar.

—¿Vino a mi oficina para recordármelo, señor Bordonaro?

—Veo que no ha perdido su ironía, a pesar de lo que sucedió esta mañana en casa de Marta. —Me escruta. Está esperando mi reacción, pero yo no digo nada y el prosigue—. Las relaciones entre usted y Marta no son mis asuntos, pero quemar la tesis fue excesivo.

—No sé de qué esté hablando.

—Lo sabe muy bien, profesor, y también Marta y Caterina saben que estuvo ahí. Querían denunciarlo.

—¿Y qué se los impidió? —Aspiro una bocanada de humo y decido pasar a un tono más confidencial. Conozco a Luca, es un chico sin escrúpulos, un trepador social y quiere algo de mí—.

¿Fuiste tú quien hizo cambiar de idea a tus amigas?

—Exacto.

—¿Qué quieres, Luca? ¿Por qué estás aquí?

Me levanto, y me dirijo a la ventana. Estoy avergonzado, no me había sucedido con un estudiante y prefiero darle la espalda.

—Una autorización suya podría ser preciosa para mí.

—Una autorización ¿para qué? —y antes de que responda, recuerdo y continúo— espera, déjame adivinar: el concurso de selección para investigador que habrá en unos meses.

—Se sabe que, en Italia, se elige antes al vencedor y luego se hace el concurso a medida para dejarlo ganar.

—Sabrás también que yo no me he prestado nunca a esos jueguitos.

—Podría hacer una excepción. Es más... debería.

Me suelto a reír. Este chico tiene el cerebro de un invertebrado.

—Pero ¿en verdad crees que sea así de simple? Y luego, ¿por qué motivo debo poner en juego mi reputación?

—Bueno, si se supiese todo lo que hay entre usted y Marta... si decidieran denunciarlo, yo podría atestiguar también. También estaba esta mañana en casa con ellas.

La luz pálida del sol acaricia su rostro, evidenciando sus rasgos. Es un chico guapo, tiene el rostro de un joven que tal vez no será nunca un hombre en el fondo y es arrogante y presuntuoso; me pregunto qué pueda agradar a una chica de Luca, además de su belleza. Es una persona que busca elevar su posición social a toda costa, por interés económico y mérito personal. No ha mostrado la mínima preocupación por Marta y piensa solo en sí mismo.

—No hay historia alguna entre Marta y yo, y una denuncia es un riesgo, díselo a tus amigas.

—Y ¿por qué motivo? —ahora parece asombrado. La seguridad

mostrada hasta este momento vacila.

—Porque no fui yo. También tengo testigos que me vieron aquí en la Universidad—. Miento, sabiendo que miento, pero mi tono decidido lo hace dudar.

—Marta dijo que fue usted.

—¿Y tú crees todo lo que dice Marta? Tu amiga tiene problemas, deberían haberse dado cuenta.

—¿Problemas? ¿De qué tipo?

—De conducta, relacionados a la ira y agresividad y, como sea no es tu asunto. Y ahora vete.

Se levanta de golpe de la silla.

—¿Ahora quiere hacerme creer que la psicópata es ella? ¡Tú eres el psicópata que siempre está sobre ella?

—Me lo encuentro a pocos centímetros, tan cercano que puedo sentir el olor de su aliento. No me esperaba una reacción así, está furibundo—. Debes dejarla en paz, ¿comprendes?

No me dejo intimidar y replico manteniendo la calma:

—Toma tus cosas y sal de mi oficina. Te aconsejo no agravar tu posición y no entrometerte en cosas que no sabes.

Luca comienza a temblar, tiene el rostro alterado y cierra la boca como si quisiera escupirme, pero se aleja.

—¿Sabes lo que se dice de ti, profesor? Que eres un viejo elefante errante que vive lejos de su manada, fuera de los límites. No vales ni mierda, aquí en la Universidad, me equivoqué en pedirte una recomendación. Todos dicen que evitaste casarte, familia, porque eres gruñón. Siempre tienes razón; también cuando admites que tal vez te has equivocado, por eso tienes razón; eres de los que siempre meten en problemas a los demás, pero esta vez, te has equivocado en serio.

—Estás delirando, chico. Si te vas ahora, haré como que esta conversación no sucedió.

Luca toma sus cosas y sale de la estancia.

El cigarrillo se consumió entre los dedos. Lo apago en el cenicero sobre el escritorio y me pregunto si la reacción de Luca fue porque no obtuvo lo que quería o porque, al final, tiene a Marta.

Pienso en ellos dos juntos. Siempre vi que tenían una amistad romántica; tienen secretos en común.

Tal vez tienen sexo a mis espaldas... Solo al pensar que Marta tiene una relación con Luca... que su cuerpo caliente y sensual se ha abierto para ese chico sin cerebro...

No, no es posible. Marta no quiere ese tipo de chicos. Ella no necesita de él, ella me necesita a mí.

Marta ¿qué relación tienes con Luca? ¿Lo mandaste conmigo?

El cansancio me vuelve más lúcido. Francesca apenas salió de mi apartamento porque olvidé nuestra cita.

Después de que Luca se fue, volví a casa y me metí a la ducha, esparciendo la ropa en el suelo. Alterné agua caliente con agua fría, de manera que pudiese reactivar la circulación; me sentía entumecido y después de la ducha todo me pareció que tomaba la dimensión adecuada.

Recuperé un viejo teléfono y le puse el chip. Ninguna noticia de Marta. Me pregunto qué estará haciendo, si ya recordaría algo y el pensamiento de Turín continuaba atormentándome.

Me puse una de mis camisas y cuando escuché el interfono, pensé y esperé que tal vez fuese Marta. En cambio, era Francesca.

Tenía que discutir conmigo el tema de su tesis, “La fractura de lo moderno: el pensamiento de Elia Benamozegh.”

No estaba tan lúcido como para hablar de su tesis y, excusándome, le di otra cita.

Francesca es una gran estudiante, siempre presente en las lecciones. Es

alta y mete su cuerpo siempre en prendas atrevidas y costosas; lleva siempre los cabellos recogidos en una cola y tiene ojos de un gris verde intensísimo. Tiene un novio muy celoso y no me esperaba una visita suya.

Algunos estudiantes suelen frecuentar mi casa, pero no Francesca. Pienso en las palabras de Luca. Me describió como un viejo elefante perdido. Me dan ganas de reír. Mis estudiantes me adoran.

El sonido del interfono me aparta de mis pensamientos y me hace pensar en un olvido de Francesca. Me dirijo a la entrada y levanto el auricular.

—¿Qué se te olvidó? —Silencio—. ¿Quién es? —Pregunto cauteloso. La falta de respuesta me hace pensar en Marta. Me parece reconocer su respiración en el auricular—. ¿Marta? ¿Eres tú? Sube. —Y abro el portón.

Dejo la puerta abierta y decido esperarla en el estudio; mis libros me dan seguridad. Cuando la veo entrar en

la estancia, estoy detrás del escritorio. Lleva un vestido largo de flores azules y lleva los cabellos sueltos a la espalda. Por el aspecto, parece una chica dulce y pura, que sueña con un noble caballero que la cuide.

Pero no es así. Es una chica inestable y tiene una imagen distorsionada de sí; arrastra a los demás en un vórtice de emoción, en situaciones dramáticas de las que es difícil de salir.

Estoy nervioso y acaricio con una mano un abrecartas.

—¿A dónde estás? Tus amigos están preocupados por ti.

—¿Tú qué sabes de mis amigos?

—Luca vino a verme.

—No te creo.

—Estaba preocupado por ti —repito ignorando sus palabras—. ¿Qué te hiciste en la mano? ¿te quemaste? —la provoco con la mirada, pero ella no responde.

—Y ¿cuándo vino? ¿Antes de que te cogieras a la chica que encontré en el

portón o los encontró en la cama juntos?

—Marta, no tengo deseos de pelear. ¿Qué viniste a hacer? —replico bruscamente, pero sus celos, en el fondo, me adulan porque me hacen sentir poderoso.

Ella se queda en silencio y me mira.

—Quemaste mi tesis.

—Querías dejarme en ridículo frente a todos, con esa foto. —Sonrío y cambio el tema—. Es una bella chica, ¿verdad? Tú sabes por qué estaba aquí, la estoy ayudando en su estudio. —Cuando me acerco a ella, ya tengo una erección.

Te deseo, Marta, pero no cederé como lo hice la otra noche.

—Estuve con mi madre. —Levanta el tono de la voz y retrocede.

Me detengo en medio de la estancia y le hago una señal para acomodarse en el diván:

—Cuenta. —Me siento.

Ella se queda inmóvil.

—Dijo que soy un monstruo.

Me suelto a reír.

—Pequeña ingenua Marta —
continúo riendo— pero qué quieres que
sepa tu madre de ti—. Fue en búsqueda
de recuerdos de su madre, no de
propios. Y, en cambio, era dentro de sí
donde debía buscar y encontrar.

Busca dentro de ti, Marta.

Ya son meses que le repito que deje
de escapar de sí misma y afrontar sus
demonios.

—¿Y tú qué sabes de mí?

—Yo te conozco. Sé cuán grande es
tu poder interior. ¿No te das cuenta de
cuánto creciste gracias a mí? Debes
liberar tu fuerza, no sofocarla, tienes que
expandirla. Piensas que tu madre es
infeliz, pero no es así. —Me mira sin
comprender lo que estoy diciendo y yo
pienso en mi madre. Ella habría estado
feliz sin mi padre y pienso en lo mismo
sobre la mamá de Marta, pero es un
concepto difícil de comprender, me doy
cuenta—. Un día me comprenderás,
estoy seguro.

—¿Por qué quemaste la tesis?

—Esta es una pregunta que me decepciona. Quemé la tesis y esa maldita foto porque era necesario. Yo sé que me comprendes, eres la única que puede comprenderme. El fuego purifica, el fuego es puro y tú lo sabes mejor que yo. No debería nunca tocarse y ser contaminado por el hombre, como lo hizo Luca. Es Luca quien apagó el fuego. No debía hacerlo. No tenías que permitirle que lo hiciera.

—¿Qué te llevó a Turín?

No necesito contarle de mi familia y respondo con voz irritada:

—De joven trabajé en Trieste y luego viví en Bolonia. En cuanto a Turín, era un lugar como otro para vivir. No me gusta estar años en el mismo lugar.

Ella se acerca a la puerta.

¿Qué piensas, Marta? ¿El fuego no ha traído consigo tus recuerdos?

—¿Y tu familia?

—Estoy solo.

—Pero ¿tus padres?

—Estoy solo —repito, esbozando una sonrisa.

—No es fácil vivir en una ciudad sin amigos.

Dejo de sonreír.

—Siempre he tenido a mis estudiantes.

—¿Considerabas a mi padre un amigo? —*Ahora basta. ¿qué quieres de mí? ¿Por qué todas estas preguntas?*

—Te voy a hacer una pregunta, Marta: ¿Por qué tienes miedo de mí? Somos iguales, Turín nos acercó, nos hizo encontrarnos. —Me levanto y me acerco. Ella se acerca a la puerta, apoya la mano en la manija. Le aparto un mechón de cabellos del rostro:

—Solo yo te conozco, Marta.

—Y si me conoces, ¿por qué no quieres decirme la verdad?

—Porque tú sabes la verdad. Siempre la has sabido. Ahora tienes que irte...

Siempre sabemos la verdad, solo que nos mentimos, y las mentiras,

pueden llevar a otras mentiras.

Le acaricio el rostro y luego la boca. La curva de sus labios es una invitación a besarla.

Te deseaba con locura, pero debes dejarme en paz.

Me alejo de ella, pero Marta aferra mi brazo y me detiene. Me da la espalda, apoya las manos en la puerta y abre las piernas.

—¿Quieres ver cómo me coge Luca?
—El pensamiento de ellos teniendo sexo me hace perder la razón. Trastornado por un ímpetu de celos y deseo, me arrojo sobre ella, le levanto el vestido y le quito las bragas—. ¿Siempre soy tu puta, profesor? Es así como me llamaste en tu mensaje. Abro los pantalones, libero el pene y lo meto entre sus nalgas mientras ella continúa hablando—: ¿Soy tu pequeña dulce puta, verdad profesor? ¡Dímelo y cógeme!

Pero yo me quedo en silencio, mi cuerpo se adhiere al suyo y la empuja contra la puerta. Mi rostro está entre sus

cabellos, siento su perfume mientras apoyo mis manos contra la pared, sobre su cabeza, y la respiración se vuelve pesada, de mi boca la rabia sale con gruñidos. Luego me alejo.

—Yo no actúo así, Marta. Terminaré mal esto —digo, con un tono grave, gutural, que no me reconozco.

Ella se voltea, debo tener una mirada enloquecida porque busca tranquilizarme, respondiendo con una sonrisa inocente, casi como si lo que acabase de suceder fuese una pesadilla.

—¿Quieres hacer el amor tiernamente, Alberto? —Se acerca a mí y acaricia mi rostro. —El amor que cura todas las heridas... —y me besa, dulcemente en los labios, en los ojos, en las mejillas—. Te cortaste la barba.

Caemos al suelo, estamos en la misma alfombra en la que ayer estaba con Paola.

—Marta, Marta, Marta... —susurro mientras su boca resbala en mi pene—, eres mi droga...

—Y tú eres la mía.

CAPÍTULO V

RECUERDOS

Estoy en mi habitación en la cama. La estancia se hace cada vez más oscura, la luz del atardecer entra en la rendija de la ventana y golpea el armario frente a mí y lo hacer parecer naranja.

Hicimos el amor con ternura, como ella lo llama, y en aquel momento el deseo de nuestros cuerpos nos sobrecogió y anuló nuestras personalidades. Le pregunté luego, con sus cabellos esparcidos en mi pecho, cómo es que una chica que hace el amor con estos gestos y palabras, podía, al mismo tiempo, querer destruirme. Escuchaba su voz vibrar a la altura de mi corazón y el miedo, la ansiedad y las

preocupaciones de las últimas semanas parecían desaparecer.

—En ocasiones siento que no puedo vivir sin ti y en otras te quiero destruir, Alberto. Siempre ha sido así. —Eleva la cabeza y arroja su mirada en la mía. No logro sustraerme de su mirada y del brillo de sus ojos que se aclaran con el reflejo de la luz, parecen color verde transparente—. Al inicio, cuando nos encontramos en la Universidad, quería vengar a mi padre, pero luego sucedieron cosas que no me esperaba. Se instauró una simbiosis perfecta entre nosotros, me parecía casi lograr leer en tu mente y tú en la mía. Tenía miedo. —Acaricio sus cabellos y no digo nada, dejo que continúe—: Entre más importante se volvía la relación, más mis ansias aumentaban porque me di cuenta de que sentía amor por ti. Lo siento ahora pero no puedo olvidar lo que sucedió en Turín.

—También yo te amo, Marta, y entre nosotros podría ser siempre así, si lo

quisieses.

—No es fácil —se sienta y recoge su cuerpo, oprime sus senos contra las piernas desnudas—. Siento también odio por ti, cada vez que busco recordar cómo murió mi padre, pienso siempre que fue tu culpa y necesito saber cómo fue en realidad. Lo comprendes, ¿verdad? ¿Me quieres ayudar a recordar?

Tampoco es fácil recordar para mí. Lo que Marta ignora es que he vivido con sentimiento de culpa por lo que sucedió en Turín. Cuando pensaba en haber finalmente olvidado, ella se insinuaba en mi vida y la trastornaba, sacando a flote una constante inquietud que me ha atormentado por todos estos meses.

Sentí y continuaré sintiendo siempre el deseo de ayudarla, de protegerla, de salvarla, de darle todo el amor que le faltó en su triste infancia, pero me doy cuenta de que no se podía continuar de esta manera y respondo, relucante:

—Dime lo que recuerdas de aquel día.

Ella comienza a hablar de sí misma, con un tono neutral, como si se refiriera a otra persona. Está muy distante y mira delante de sí, sin voltearse hacia mí.

Está en su casa, en Turín. Está delante de la puerta de la habitación de sus padres. La puerta está abierta, escucha suspiros y se asoma. No es la primera vez que ve a su padre hacer el amor con aquella mujer. Ella la llama *la señora de las flores* y verlos en la cama de sus padres le provoca un enorme disgusto; luego es asaltada por la ansiedad porque su madre, aquella mañana, le había dicho que él las dejaría y comprendió que su padre se iría por esa mujer.

Corre a mi apartamento, la puerta está abierta y toma el alcohol de la mesa y luego vuelve a su casa.

—Cuando vi arder la tesis, recordé todo esto. No quería hacer daño a mi padre, quería solo encender un fuego

para hacerlo salir de la habitación. Pero, ¿por qué estaba sola en tu apartamento? Recuerdo que quería quemar tus viejas fotos y las cartas, en la cocina, antes de que fuese a mi casa y los descubriese. Quería quemar una foto de mi padre, quería prenderla y sabía que mi madre te había dado las llaves de nuestro apartamento. Las tenías en tu frigorífero, en un cesto, junto a unos abre botellas, ¿lo recuerdas? Y luego veo tantas imágenes desenfocadas en la mente que no tienen sentido. Y tú ¿dónde estabas, Alberto?

Ya, ¿Dónde estaba? Mientras pregunta, le acaricio la espalda y me levanto de la cama. Estoy desnudo, busco el bóxer y la camisa y me visto. Me faltan las palabras.

¿Cómo podía contártelo, Marta?

Cada momento de aquel día está grabado en mi mente y lo vuelvo a ver por años.

Un banal imprevisto y el curso de la existencia de todos, sufrió una vuelta

decisiva y trágica. Uno de esos estúpidos imprevistos, Marta, que ha arruinado nuestras vidas por siempre. Tu padre no tenía que estar en casa con esa mujer. Tú no tenías que estar sola, sino que tenías que estar en casa de una compañera de escuela y yo debía estar en casa contigo. Quién sabe cómo habría sido todo, ahora.

En cambio, la compañera con quien debías ir se sintió mal a la salida de la escuela y tu madre no estaba en casa. Por lo que pediste si podías quedarte con el vecino, ese era yo. A menudo te dejaba para hacer los deberes. Yo era un profesor, una persona confiable, y ella se fío de mí y te llevó a mi casa. Te hice subir y acomodarte en casa, yo encendí la televisión.

Cómo te podía contar, ¿que aquel día te hice quemar los recuerdos de mi padre?

Tú te enojabas, recordaba muy bien el día en que quemaste los cabellos de tu

muñeca, y no sé por qué motivo, te digo si quieres un nuevo juego, con el fuego.

Tú estabas contenta, me parece verte todavía saltar en la cocina, mientras tomo el alcohol y las cerillas de la despensa, y luego voy a mi habitación. Tomo las cartas y las fotos de mi padre dentro de la cajita en el armario, regreso a la cocina y las tiro en el lavabo; te digo que quemes todo y te doy el alcohol.

En ese maldito momento suena el timbre. Es el vecino del primer piso. Había estacionado el auto delante de su garaje, no era la primera vez que lo hacía, y estaba muy alterado.

Te pedí que me esperaras y salí. Pensaba emplear poco tiempo, en cambio, no encontré estacionamiento. El vecino salió con su automóvil del garaje, habría podido ponerlo nuevamente ahí, pero me amenazó con rayarlo, si a su retorno lo hubiese encontrado. Cuando finalmente encontré un estacionamiento, regresé corriendo, y

ahí estaba yo, Marta, en la calle, mientras tú encuentras las llaves que tu madre me había dejado “por cualquier eventualidad” y entraste en tu apartamento.

Después, con los años, pensaste que era culpable, pero quisiste que fuese responsable de lo que hiciste tú. Y lo era, aunque no en el sentido que lo creías. Lo era, porque te dejé con el alcohol y las cerillas. Lo era, porque no pude impedir una tragedia que nos marcó y obsesionó para siempre.

Me parece verme en la calle, correr hacia nuestro edificio en Rosselli. Me abro paso entre la gente que grita, mientras el humo denso vira hacia lo alto. Pensé que estabas muerta, Marta. Creí que el incendio había sucedido en mi apartamento.

¿Pero cómo hacía para contarte todo esto?

Estaba buscando el modo de decírselo y ella me pregunta, trayéndome a la realidad:

—¿Entonces? ¿Me quieres ayudar?

—Fue mi culpa, Marta. Te dejé sin cuidar, estabas confiada a mí y yo no pude impedir lo que sucedió.

—No me ayudas así —dice, levantándose de la cama.

Está desnuda, pero no muestra ninguna vergüenza.

Nos miramos sin decir nada, luego se viste y sale sin despedirse.

¿Cómo hago para decirte la verdad?

La estancia se está volviendo cada vez más oscura. No sé qué hora es y qué sucederá, ahora. Miro las sábanas enrolladas a mis pies y me parecen un nido de pequeñas serpientes.

Cierro los ojos.

No puedo vivir sin ti.

Intentaré decirle que podemos recuperar lo posible en una situación ya desesperada y comenzar una nueva vida. Buscaré convencerla de que podemos dar un sentido a todo esto, quedando juntos.

De pronto, vuelvo a ver a Marta de niña. Era una chica vivaz, siempre en movimiento, y tenía un carácter muy fuerte a pesar de su aspecto delicado, casi grácil.

Eso era lo que adoraba de ella. Yo había visto inmediatamente su fuerza y me sentí atraído. Ella era todo lo que yo habría querido ser de niño.

Yo era un niño educado, taciturno, sumiso a mi padre. Ella era inquieta, desobediente y rebelde, con la tendencia a dominar. A veces la madre me pedía la cortesía de cuidarle, cuando estaba ocupada de improvviso porque la pequeña Marta no era una niña que amase estar con extraños, me lo había confiado su madre, y no era muy a nada por los adultos. Difícilmente un adulto aplacará el comportamiento de un niño desobediente, que levanta la voz e interrumpe mientras hablas.

En cambio, conmigo, se quedaba a gusto y a mí no me causaba problemas su carácter inquieto, sentía solo

admiración por ella y, si debía regañarla, lo hacía con dulzura. Probablemente ella lo sentía y, a menudo, hacía los deberes tranquila, mientras revisaba mis artículos o las páginas de mis ensayos, o tal vez miraba los dibujos animados en la cocina o curioseaba entre mis libros. Tomé el hábito de adquisición de juegos, pequeñas cosas compradas en el puesto de periódicos, a propósito, para ella. Era una compañía agradable, me hacía vivir emociones que nunca había sentido. Nunca había deseado tener hijos o hacerme de una familia, considero falsas las relaciones familiares.

Y luego, estaba Ágata, la madre.

La recuerdo como una mujer delicada, con un aire melancólico que la acompañaba siempre, también cuando sonreía. Era una mujer con “los pies en la tierra” de buen sentido y me recordaba tanto a mi madre. Me parecía que tenía la misma luz resignada en los ojos.

Siempre pensé que su marido la traicionó, como hacía mi padre con mi madre y el día del incendio me identifiqué con Marta. Aquel día maté a mi padre con el suyo.

El pensamiento de mi madre me sofoca en cada recuerdo y soy acogido por una nostalgia que no sabía que sentía, nostalgia por la infancia perdida, o mejor, nunca tenida.

Como Marta.

Estoy segura de que tu madre estaba mejor sin tu padre y sé también que tú piensas como yo, pero no tengo que ser yo quien te convenza, debes llegar a ello sola, de otra manera, todo aquel día fue inútil.

En cambio, se puede salvar todavía algo.

Nosotros podemos salvarnos juntos.

Mientras me aferro a aquel pensamiento absurdo y loco, me duermo exhausto. No sé cuánto tiempo pasa, me despierta el sonido del interfono.

¿Y ahora quién es?

CAPÍTULO VI

EL INCIDENTE

La llamo al amanecer. El teléfono suena y no me responde. Me parece verla observar indecisa la pantalla, con el rostro pálido, sin expresiones. Busco borrar de la mente aquella imagen de su rostro seco y vuelvo a concentrarme en algo. Ahora, lo único que deseo es ir a casa.

Apenas dejé el auto en el estacionamiento en Carignano y me dirijo trastornado hacia mi guarida, bajo la mirada indiferente de algunas personas que atraviesan la calle. Al amanecer, el centro histórico, me parece denso e íntimo. Me siento protegido por estas vías augustas, tejidas por luz y

tinieblas. Cuando finalmente paso el portón de mi edificio, con fatiga subo las escaleras. Siento un dolor paralizante, nunca sentido, además de la vez del incendio en Turín. Me toco la frente con una mano y me parece que tengo fiebre. Me hace falta aire, abro la boca para inspirar y me parece ser una ballena en la arena de la playa. Me siento atrapado por mi propio peso; es así como mueren las ballenas, no por la falta de agua.

Ayer en la noche Marta volvió a mi casa. Ni siquiera se cambió la ropa, ni se lavó después de haber hecho el amor conmigo y yo hice lo mismo.

Teníamos nuestros olores en la piel, en las manos, entre los cabellos y nos besamos intensamente en cuanto entró a mi apartamento. Hay momentos en que deseo ser dejado en paz, pero me siento responsable por su infelicidad, cuando me busca está serena, pienso que un poco sea por mérito mío y esto me satisface. En esos raros momentos,

parece que el pasado no haya existido nunca.

Vino a mí, porque quería ir a cenar. Parecía tranquila, quiso que llevase el automóvil.

Quería estar con ella, estaba contento de que hubiese vuelto y acepté.

Su tono, su rostro, sus palabras de hacía unas horas, reemergen en mi mente.

Eligió cenar en un restaurante en Quinto. La entrada a la calle no permite si quiera imaginar la terraza al mar, donde puedes comer dejándote acurrucar por el ruido de las olas que golpean las rocas. Ya habíamos ido, hacía meses, antes de que nuestra relación se volviese insoportable.

En la cena, ella arrugó los labios mientras leía el menú y ordenó para ambos un bistec y papas. A mí me dejó elegir el vino, como siempre. Suele comportarse así y yo pensé que quería recuperar nuestro amor, me ilusioné nuevamente de que estaba buscando

acercarse, y que quería olvidar finalmente el pasado.

Y, en cambio, no se puede eliminar lo que atormenta el alma.

Durante la cena, la conversación fue sobre Luca; le conté nuestra discusión y le dije lo que pensaba de él, pero parecía que no le importase, continuaba comiendo tranquila, escuchando en silencio mis palabras y yo, estúpidamente, creyendo que estaba bien. Me sentía sereno, era uno de esos momentos solo nuestros, que me ligaban a ella más que nunca. Me contuve de tocarla demasiado a menudo. En realidad, tenía deseos de besarla, abrazarla y acariciar sus cabellos; ella me miraba como si lograra leer mis pensamientos y, de vez en cuando, me sonreía.

Ahora, si vuelvo a pensar en su sonrisa, me doy cuenta de que Marta sería capaz de engañar incluso a Satanás.

Después de la cena, me pidió que la acompañase a Sampierdarena; debía darle a Luca unos apuntes.

Yo estaba relucante, no quería que Luca me viese con ella pero Marta sonrió nuevamente, me dijo que ella conduciría y yo podía esconderme en el automóvil.

—Anda, Alberto... te ruego... él no se percatará de tu presencia...

Era tan bella y dulce, que me dejé convencer y, en cambio, su indiferencia ante mi relato sobre Luca, debía haberme puesto en aviso.

Con Marta, debo siempre medir, calibrar, regular las palabras y debería ya reconocer esas pausas de silencio en que parece que todo se le resbala de encima y, en cambio, es lo contrario: todo se le queda en la memoria y lo mastica por horas.

Cuando entro en mi apartamento, cierro la puerta a mis espaldas y me dejo caer. Resbalo lentamente en el suelo y me quedo así por un tiempo que

no sabría definir. La respiración se hace pesada. Intento llamar a Marta.

A cierto punto, me duermo exhausto y cuando abro los ojos ya pasó más de un hora. Me despierto sobresaltado, sacudiéndome en escalofríos. Me levanto inestable por todo el pasillo. El viejo espejo en hierro forjado refleja la imagen grotesca de mi persona: un hombre envejecido, encorvado, con la mirada loca y la boca tan larga que llegaba a ambas orejas. Parezco un personaje salido de relatos de Edgar Allan Poe que anda por la casa.

Llego a la cocina y logro prepararme una taza de café hirviente; últimamente mi corazón late fuerte por Marta y por la cafeína que bebo, tratando de evitar el alcohol.

Bebo un sorbo del líquido fuerte y oscuro y, de pronto, veo el cuerpo de Luca en el suelo.

La taza resbala de las manos y se rompe en el suelo; el café se expande en

el pavimento mientras los recuerdos invaden la mente.

—¿Ves a Luca? —Y señala una figura cerca de un portón. La luz oscura de las lámparas ilumina a una persona, pero no reconozco quién era. Ella continúa hablando—. Le dije que lo vería aquí, él fue con un amigo. Ahora agáchate. —Y mientras me agachaba en el automóvil, le pregunto por qué no se estaciona y lo alcanza a pie.

Ella no responde y yo no comprendo lo que está sucediendo; no logro comprender el motivo por el que ella acelera hasta que siento un golpe contra el auto y ella frena.

Mi corazón pierde un latido, me niego a creer lo que estoy pensando y con un salto bajo del automóvil.

Me muevo veloz, pero en mi mente veo la escena como en cámara lenta: me acerco al cuerpo extendido en el suelo; me inclino sobre él, lo reconozco: es Luca. Le sale sangre de la nariz, no tiene

tiempo de decir nada, balbucea algo incomprensible y se desmaya.

Llamo inmediatamente a los primeros auxilios, subo corriendo al automóvil y grito que encienda el motor.

—La situación se repite, profesor. ¿Ahora no me dices que todo está bien?

Recojo los trozos de la taza esparcidos en el suelo y pienso que quisiera hundirme en esa taza negra de café; la veo expandirse en el suelo, hasta deglutirme.

Me siento vacío. No debía dejar que sucediese todo esto.

Debo irme y olvidarme de Marta, pero no inmediatamente porque siento que tengo que ocuparme todavía de ella por última vez y tengo que saber cómo está Luca.

Es necesario reunir las piezas y, para hacerlo, tengo que ir al hospital de Luca.

Villa Scassi. El horario de visita prevé una visita al medio día. La luz de la mañana me acaricia, mórbida. Me

siento mejor. Aislar un problema significa comenzar a resolverlo.

Tomé el autobús en la estación de Caricamento, estoy atravesando “La Tierra Media”, es así como llamo a la zona entre Dinegro y Sampierdarena. Ya no es el centro histórico y no es todavía la periferia, es un territorio donde nadie parece destinado a quedarse quieto mucho tiempo. Las naves en la Terminal del ferry, la metropolitana, los trenes a lo largo del tramo ferroviario, el paso a desnivel, la autopista Génova-Oeste; también este es un barrio que mira al mar, pero en la autopista, no desde lo alto.

Llego a Vía Cantore, más o menos a la altura de la Torre, después de haber superado la intersección de cemento donde se encuentran el paso a desnivel y el rascacielos octagonal que llaman *Matitone*. Viajé apretujado entre estudiantes, amas de casa, extracomunitarios y ancianos, envuelto por los olores desagradables de cuerpos

poco limpios, como el mío. Nos parecemos todos en este autobús, tenemos rostros cansados, expresiones tensas y entre nosotros no hablamos, en lugar de ello, nos detestamos con las miradas; parecemos marionetas que se arrastran en vida, incapaces de percatarse de lo les rodea. El continuo sonar de teléfonos y las conversaciones en voz alta, los detalles privados sobre cómo fue una cita o chismes sobre colegas de oficina, me fastidian, como me fastidia el viejecito que hace extraños versos todo el viaje, acompañados de un tic espástico.

Llego a la entrada del hospital y entro a los Urgencias, hay un vaivén frenético, nadie me nota. Supero las filas de sillas blancas y salgo por una puerta junto a los baños. Subo las escaleras y pido a un asistente que me indique el pabellón donde presumo que se encuentre Luca. Otras escaleras externas, otro pabellón y, finalmente, un ascensor.

Subo, junto a un enfermero y un hombre de unos cuarenta años que no deja de mirarse los zapatos ni un instante. Salgo, me pierdo casi inmediatamente, mientras el olor a desinfectante y amoníaco me invade la nariz. Después de haber espiado en diferentes habitaciones, encuentro la correcta.

Hay dos camas y una está libre, mientras que la otra está ocupada por Luca. Por lo que comprendo, tiene ambas piernas enyesadas, no distingo bien su cuerpo en la penumbra de la habitación, con las ventanas cerradas, con las persianas bajadas casi hasta abajo. Noto un suero goteando y una mujer sentada en una silla; aunque hace calor, lleva un suéter de lana con cuello alto, un pendiente de plata brilla encima, y lleva pantalones negros. Me acerco lentamente, la suela de goma de mis zapatos frota el pavimento y el chillido llama la atención de la mujer que se voltea hacia mí.

Me mira con aire interrogante y me doy cuenta solo entonces de que no tiene la mínima idea de lo que le puedo decir.

—Profesor... —dice Luca.

La mujer se levanta y va hacia mí. Tiene los cabellos en un casquete rubio que enmarcan un rostro que ya no es joven pero que todavía es bello. Me recuerda a Paola, también ella es una mujer que mantiene la belleza inalterada por el tiempo. Se parece a Luca, pero no posee ese aire irreverente que siempre he detestado. Solo las manos traicionan al dolor: las tiene apretadas para impedir que tiemblen.

—Discúlpeme, usted es...

Hay un momento de silencio. No sé qué decir ni hacer, dónde meter las manos, a dónde mirar. Siento los labios mostrar una sonrisa, mientras meto las manos en los bolsillos, y balbuceo:

—Su hijo toma mi clase de Historia. Supe, es así...

—Mamá, ¿puedes dejarnos solos un momento? Por favor, ve con Caterina,

fue a tomar un café.

Me volteo hacia Luca, esperando que Caterina no llegue en este momento. Sus ojos se mueven por todos lados de la habitación, pero se detienen sobre mí. Leo miedo en su mirada.

—¿Quién pudo hacer algo así? —su madre no logra entender nada, aunque su rostro parece sugerir otra cosa. Baja los ojos y la sigo con la mirada mientras se dirige hacia la salida, con un andar apresurado.

Tomo su lugar en la silla junto a la cama, elevo la cabeza con los codos apoyados sobre las rodillas y escucho hablar a Luca:

—Tenía razón usted, mire lo que me hizo... fracturas en ambas piernas...

—Lo siento... —por segunda vez me encuentro en una situación molesta con él, pero tenía que hablarle y sin perder tiempo, le pregunto:

—Ahora, ¿qué tienes intenciones de hacer, Luca?

Él mueve la cabeza en la almohada, luego se detiene, apuntándome con la mirada enrojecida y pasa a hablarme de tú.

—Sé que también estabas tú.

Entonces, me reconoció.

—Escucha, puedes no creerme, pero yo no sabía sus intenciones. Quién habría podido pensar...

Me interrumpe con un gesto de la mano. Parece indefenso con las piernas destrozadas, acostado en ese lecho anónimo; siento compasión por él, un sentimiento que nunca habría creído sentir por Luca.

Voltea la cabeza hacia otro lado, luego vuelve a verme.

—Quiero agradecerte. Llamaste a los primeros auxilios y si no fuera por ti, ella me hubiese dejado morir.

—Luca, créeme, si solo hubiese imaginado sus propósitos, habría tratado de detenerla...

—Ahora, ¿qué tengo que hacer, según tú?

—Olvidar. Estoy dispuesto a ayudarte, en serio. Te ayudaré para el concurso, pero deja en paz a Marta.

—Marta... ¿qué será de ella? Necesita ayuda, esa chica tiene problemas, tenía razón usted.

—Trataré de ayudarla, como siempre lo he hecho.

—¿Por qué lo haces?

—Porque estoy atado a ella en un modo que no puedes comprender. Tienes que olvidarte de Marta y de todo esto. ¿Lo lograrás?

—Lo intentaré. Si me ayudas para el concurso...

Ahora lo reconozco. Me pongo de pie.

—Deberás ayudarnos. ¿Entiendes? Tienes que contar que no viste nada.

Afirma con la cabeza. En ese momento, el teléfono vibra en el bolsillo de mi saco. Lo extraigo.

Francesca. Escribe que Marta le dejó cierta foto...

Me quedo con el celular en la mano mientras me parece que mi rostro está por explotar de la rabia y emprendo una llamada al número de Marta. Suena mucho tiempo. Nada. Comienzo a escribir un mensaje:

“¿Dónde estás? Tenemos que hablar... Tienes que dejar lo de las fotos...”

Titubeo. Tengo que tratar de controlar la ira y encontrar una solución. *¡Cristo!*

Ayudar a Marta es como acercar una mano a una trituradora, si no se pone atención, te la deshace y si no logras retirarla, te deshace también a ti. Está nuevamente envuelta por un huracán como cuando era niña. Como en el tiempo de nuestro primer encuentro. ¿La vida es un cíclico volverse a encontrar en trayectorias ya trazadas?

Observo el mensaje que escribí. Me quito el sudor con un pañuelo de papel que encontré en la cómoda de Luca, mientras que él me está preguntando si

me siento bien. Tengo un aspecto horrendo, soy consciente. Miro la pantalla y luego borro el mensaje. Bloqueo el teclado y meto el teléfono en el bolsillo. Me despido de Luca y salgo de la habitación.

CAPÍTULO VII

EDOARDO

El factor tiempo, en este punto, se vuelve decisivo. Tranquilité a Luca, pero no me fío todavía de él y, sobre todo, de Marta.

Debo irme de Génova, debo pensar en mi vida. Me doy cuenta de que estoy en una situación crítica, Francesca vio la foto de nosotros en la cama y el incidente de Luca... me parece verla, mañana, contando a todas las amigas en la biblioteca y llegar a consideraciones equivocadas. Bien pronto mi nombre comenzará a circular por la Universidad, no por la fama de buen profesor, ingenioso y gracioso, sino como un hombre que tuvo una relación

con una estudiante, y quién sabe cuántas más, y que últimamente parecía distraído, cansado y nervioso; probablemente atropellé a Luca porque estaba celoso de Marta. Esto es lo que dirían y pronto esas voces llegarían a la oficina del rector; era mejor prevenir todo esto e irse.

Pero debe también hacerlo ella. Siempre que no lo haya hecho ya.

Una parte de mí espera que haya desaparecido de Génova, que se haya refugiado en un lugar seguro y que cure sus heridas, lejos de todos, sobre todo de mí. Intenté dejarla hace una semana, pero desencadené reacciones que no me esperaba. Y la foto que envió a Francesca me hizo comprender que, si salgo de su vida, ella puede hacer lo que sea, estoy seguro.

Incluso matarme.

Un sudor picante me cubre la frente mientras el cuerpo se sacude por escalofríos.

El único modo para alejarla de mí y buscar hacerlo gradualmente, pero después del incidente de Luca, el tiempo no está de mi parte.

¿Por qué lo atropelló? Fue mi culpa, no tenía que contarle de nuestra conversación en mi oficina.

Llego a la parada del autobús. El tiempo promete lluvia, las nubes han cubierto al sol y el cielo nunca me pareció más gris. Siento un peso a la altura del estómago y un nudo en la garganta. Degluto mientras pienso que sea otra cosa. Reconocí su mirada cuando embistió a Luca, tenía la misma expresión de cuando era niña y prendió fuego a su casa. Tenía los ojos que centelleaban, febriles. Parecía no comprender, negarse a comprender, que incluso los amigos te pueden traicionar. Está celosa de él y de Caterina, y yo fui un estúpido porque me hice su cómplice.

Me tendiste una trampa.

Siento el corazón latir más enérgico y la sangre correr más veloz.

Quiere que la culpa caiga sobre mí.

Me siento desorientado, confundido, las tripas como serpientes enroscadas. Se está desencadenando el infierno dentro de mi vida, tengo que encontrarla y comprender sus intenciones; luego la ayudaré, como siempre he hecho, pero esta vez se ha terminado todo entre nosotros. Puedo hablar con algunos colegas de Bolonia o de Trento y encontrar una oportunidad de trabajo más digna, y luego tiene que olvidarse de mí.

¿Pero terminará así, entre nosotros?

¿Viviremos en ciudades diversas, lejos uno del otro?

¿Es esto lo que quiero?

Un inexplicable impulso autodestructivo me empuja hacia ella y en estos momentos me doy cuenta de que tampoco yo logro estar lejos de Marta. Su tormento nos agota a ambos, porque ambos somos manzanas podridas, atrapados en el drama de Turín.

Tomo el teléfono del bolsillo y subo al autobús, directo hacia la casa. Intento una enésima vez llamarla y obtengo solo silencio. Todavía el silencio. Busco analizar los varios tintes del silencio. En realidad, también el silencio es comunicación.

En estos años, entre nosotros hubo tantos silencios, que han llenado y amplificado las distancias. Fueron silencios cargados de deseo, pasión, amor y luego, hostilidad, rencor y miedo.

Este silencio, ¿cómo debo interpretarlo, Marta?

No logro comprender sus intenciones, en lugar de alejarme de ella, me hace tener sentimientos encontrados: rabia y preocupación por su vida. Este silencio sabe de tormento interior y le atribuyo una amenaza de suicidio.

Odi et amo. Quare id faciam, fortasse requiris.

Nescio, sed fieri sentio et excrucior.

Como Catulo, no puedo hacer más que tomar lo que siento por ella y sufrirlo hasta morir.

Vuelvo a pensar en nosotros, en mi casa. Era tan apasionada, tan afectuosa; quisiera solo poder amarla como merece, pero Marta no me lo permitirá nunca.

Tengo que hablar con ella por última vez y luego dar vuelta a la página. Volveré a Turín, el apartamento de mis padres está vacío, nunca tuve el valor de venderlo y recomenzar donde todo inició, puede ser la única solución.

Lejos de Marta.

El primer lugar donde buscarla es en su casa. Desciendo del autobús en Caricamento y, por un momento quisiera descubrirla siguiéndome como lo hizo hace unos días.

La busco en los rostros de las personas que encuentro por la calle,

pero de ella no hay rastro. Voy directo a su casa, pero antes de llegar a la calle que me llevaría hacia vico dei Ragazzi, decido cambiar de ruta y dirigirme hacia mi apartamento, pensando que no será fácil entrar luego de lo que sucedió con Luca.

Caterina estaba en el hospital, pero a esta hora también ella podría haber vuelto a casa. Después del incidente de Luca, no me canso de imaginar que me atribuya la culpa de todo, siempre leí en su mirada hostilidad hacia mí. A diferencia de Luca, ella siempre ha demostrado quererlo y quererla proteger, aunque probablemente está enamorada de Luca, y Marta debe darse cuenta. Caterina es una chica aguerrida y combativa, no por nada eligió la facultad de Jurisprudencia, y no sé cómo reaccionaría si me encontrase delante de su apartamento.

En cuanto entro a casa, hago diversas llamadas, me escribo en una hoja los nombres y números de los

profesores a los que Marta podría dirigirse y luego voy hacia el baño. Dejo correr el agua, mientras preparo una toalla limpia. El vapor del agua comienza a velar los vidrios de la ducha. Dejo caer la ropa sucia en el suelo y siento el olor desagradable que emana mi cuerpo. Antes de sumergirme bajo el chorro de agua caliente me paso las manos por el rostro entre los cabellos mientras un pensamiento me golpea como una bofetada: *tal vez sería mejor si Marta muriese*. Me contraigo con un sobresalto, como si no fuese yo quien formuló aquel pensamiento. No me reconozco al tacto y menos al espejo. La cercanía de Marta me ha destruido física y psicológicamente, no tengo ya el control de la situación, de mis emociones y de mis pensamientos.

Esta es la última vez que me preocupo por ella, me prometo.

El chorro de agua caliente me provoca un sentimiento inmediato de bienestar. La ducha, más que una

necesidad es un acto de purificación del cuerpo y de la mente. Dejo que el agua resbale por mi cuerpo y se lleve los restos de todo dolor. Dejo flotar la mente en un estado de suspensión que me libera y los pensamientos adquieren lucidez.

De pronto, siento un aire frío.

Abro los ojos, pero no puedo enfocar inmediatamente. Paso una mano en el rostro y apenas veo el cuerpo desnudo de Marta avanzar hacia mí; el color de su piel es una mancha impresionista y su voz susurra mi nombre como una sirena.

Cierro el chorro de agua y parpadeo. La imagen de Marta se evapora.

Preparar una maleta nunca me ha costado tanto trabajo. Me agrada vivir en Génova, pensaba haber llegado a cierta estabilidad en mi vida y la enseñanza me satisfacía, no tenía necesidad de más.

Soy una persona metódica, quisquillosa en mi trabajo, atenta a los

detalles y escrupulosa en observar las reglas. Marta hizo pedazos mi personalidad y destruyó mi vida.

Comí un panino y me dormí no sé por cuánto tiempo, con la cabeza sobre la mesa de la cocina.

Me siento terriblemente solo, es la primera vez que me sucede.

Tomo la ropa del armario y la extiendo en la cama. Tomo también algunos zapatos. No lograré vaciar el apartamento, soy consciente, pero siento que debo irme lo más rápido posible. Mandaré a alguien a retirar el resto de mis cosas.

Regreso a la habitación. Seguir cierto método y ver que puedo todavía preparar una maleta me tranquiliza.

Tomo los zapatos, los envuelvo y luego en una bolsa; los acomodo a los lados de la maleta y entre los huecos que se forman entre un par de zapatos y otro, pongo los cinturones enrollados. Luego paso a la ropa. Primero las prendas de

tejido pesado, que no se estropean, luego las camisas.

El rumor de la lluvia que comienza a golpear en los vidrios, me distrae y un recuerdo invade la mente.

Los cabellos de Marta, detrás de las orejas, resbalan a lo largo de un lado del rostro. Estoy en el aula, también ese día la lluvia golpea sobre los vidrios provocando un ruido ensordecedor, estoy hablando y no logro dejar de mirarla. Elevo la mano en el aire como para apartarle los cabellos del rostro y cuando me doy cuenta que los otros estudiantes me miran anonadados por aquel gesto, llevo la mano a la boca y toso.

Ese día me di cuenta que Marta era la única mujer que yo quería en realidad. ¿Cómo hice para no comprenderlo antes? Empleé meses para comprender que su rostro, su alma, sus gestos son todo lo que siempre busqué en una compañera.

Pero para ella era todo ficción.

El sonido del celular me lleva a la realidad. Corro a la cocina, esperando que sea Marta y, en cambio, es un número desconocido.

Respondo, titubeante, y la voz del padre de Caterina me golpea como una bofetada.

Inmediatamente se excusa por haberme molestado, pero está buscando Marta. Me cuenta qué sucedió en casa de su hija: Marta llenó de barniz roja su habitación y me dijo que estaba muy alterada cuando estuvo en su casa en la tarde.

No me fío de Edoardo, pero tal vez no sabe nada de nosotros, aunque me parece extraño que me haya llamado a mí.

—Lo siento, yo no sé dónde pueda estar en este momento —digo, en modo apresurado. —Pensaba que estuviese con usted, aunque... estaba convencido. Esa afirmación me hiela la sangre. Él continúa—: No quiero hacerle la historia larga, profesor Bottero, sé que

tienen una relación. Mi familia quiere mucho a Marta y si algo le sucediese...

La rabia que enciende mi voz no es contra Edoardo. Es el odio por Marta, que me hace hervir la sangre.

Ella hizo todo por desacreditarme a los ojos de quien forma parte de su vida y con voz alterada, que suena poco creíble, respondo:

—Marta tiene una personalidad borderline, ¿no se han dado cuenta? Hace bien en preocuparse por ella, yo también lo estoy. —Y maleducadamente interrumpo la conversación. Apago el teléfono, mañana cambiaré de número.

Y ahí está el pensamiento que me trastornó antes, vuelve a mostrarse en mi mente: *sería mejor que Marta muriese*.

La rabia y la humillación me sofocan. Miro las manos y pienso en hace unos días, cuando apretaban su cuello. Aprieto los dientes y los puños hasta que los nudillos se hacen blancos.

CAPÍTULO VIII

RENDIR CUENTAS

Estoy de nuevo en la calle. Decido afrontar a Caterina e ir a su casa. No sé dónde buscarla, después de que me contó la última conversación que tuvo con su madre, no creo que se haya dirigido a ella.

No termino de pensar en otra hipótesis, porque noto una columna de humo levantarse al cielo a la altura de la dirección de Marta; comienzo a correr apuntando la mirada hacia el humo, y haciéndome espacio entre las personas curiosas que se detienen a mirar. Desde lejos se escuchan las sirenas.

Marta, Marta, Marta...

¿Y si estuviese muerta? Tal vez siempre fue este su plan, quitarse la vida y culparme.

Acelero el paso, deseando hacer lo justo, no haberme dejado guiar por la morbosa obsesión del pensamiento de Marta y por la rabia que no me permite tomar decisiones razonables.

Intento detener los pensamientos. Esta absurda exigencia de controlar cualquier cosa siempre ha sido mi fijación y mi limitante. Clasificar cada situación para poderla examinar mejor, aclarar, racionalizar, es uno de tantos rostros de mi obsesión de control. Pero no funciona así con Marta. Y me doy cuenta de que entre más busco controlar los pensamientos, más pierdo el control.

Cuando estoy por llegar delante del edificio, las personas se empujan presas del pánico, algunas gritan en lenguas que me parecen desconocidas, y una chica nigeriana trata de calmar a una niña que

tiene en brazos, mientras que algunos hombres las ayudan a alejarse.

Veo a algunas personas a salir fuera del portón, mientras una señora anciana está buscando a alguien. Tal vez a su marido, en la confusión no se sabe. Levanto los ojos y veo la ventana de Marta y veo llover cenizas y brasas ardientes.

Dios mío, Marta... ¿Qué has hecho?

La multitud se abre y se cierra según un mecanismo casual, no se entiende nada, por un momento me parece volver atrás en el tiempo, a aquel maldito día y me siento vacío de emociones.

Un hombre se tira dentro del portón, en búsqueda de la persona invocada por la mujer, yo aprovecho y me meto detrás de él, mientras las sirenas se acercan cada vez más. No es fácil llegar al centro histórico para los medios de socorro.

Choco contra algunos chicos que escapan, con enormes bolsas de plástico

en la espalda y la clandestinidad en el rostro.

Con la respiración afanosa me dirijo a la escalera, que conozco demasiado bien. El corazón martilla en mi pecho. La luz está ofuscada por una cálida neblina, el olor nauseabundo y acre de humo impregna el aire, y tizones ardientes vuelcan por la escalera. Veo pequeños brotes de fuego encendiéndose. Debo apresurarme.

El fuego.

Levanto la mirada, fascinado por el horror.

Y tú, Marta, ¿estás fascinada por el fuego tanto como para preferirlo a cualquier otra cosa?

Esa es la verdad. Ella continuará, hasta que desencadene un incendio tan potente del que no logre salvarse.

¿Es lo que has hecho?

¿Quieres morir, Marta?

Y ahora, el pensamiento que podría haberla perdido para siempre, me empuja a apresurarme.

De los apartamentos, la gente continúa saliendo, intento no dejarme abrumar. El hombre delante de mí, se detiene en el primer piso, yo continúo subiendo, a pesar de la voz que llega desde abajo:

—¡Fuera de aquí! ¡Rápido! ¡Oye, tú!

Alguien me ha visto. Vuelvo a pegarme a la pared, mientras abro la boca en búsqueda de aire, pero ya no tengo tiempo, debo subir, debo ir. Salto una chaqueta abandonada, luego enfrento la última rampa.

CAPÍTULO IX

UNA SOMBRA OSCURA

Cuando llego delante de la entrada del apartamento de Marta, veo las lenguas rojizas de las llamas salir de la puerta abierta y levantarse danzando hacia lo alto.

El aire es irrespirable, elevo un brazo a mitad del aire como para protegerme del calor y salto hacia la última rampa de la escalera, luego distingo una silueta oscura, pegada a la pared e iluminada por el brillo del fuego. Es una chica, sentada en la escalera, esconde la cabeza entre las

piernas. No hace ningún movimiento, podría estar muerta o desvanecida.

¿Marta?

No logro ver quién es, el humo me quita la respiración y me saca lágrimas de los ojos.

Doy un paso hacia ella.

Ella levanta la cabeza y me mira.

Marta, tesoro...

Tiene la misma mirada asustada de Turín y el sentimiento de protección hacia ella reclama mis fuerzas, me acerco a ella y la elevo, mientras que en el apartamento las llamas están llegando a la escalera.

Ella no opone resistencia, pero tampoco me ayuda. Apoya la cabeza en mi hombro y los cabellos le caen al rostro sucio.

Parece una muñeca de trapo con los brazos y las piernas colgando, y tengo miedo de que se me caiga de los brazos.

El humo no me permite ver bien, está por doquier y la escalera es estrecha, sus pies chocan con el barandal de la

escalera y, con un esfuerzo, me la cargo en el hombro. Me cuesta distinguir el recorrido de la escalera, las piernas me ceden a momentos, pero logro salir por el portón. Un amasijo de brazos viene en mi ayuda y nos lleva fuera. Estoy rodeado de bomberos y camilleros.

—¿Están bien? ¿Hay alguien más arriba?

Toso, luego abro la boca para obtener aire.

—No lo sé.

Miro desesperadamente a mi alrededor. No veo ya a Marta.

Marta. ¿Dónde estás?

Quieren cargarme a una ambulancia, pero hay confusión, pierden tiempo y yo me alejo, me mezclo entre la gente que se arremolina en la calle y la busco. Luego siento un golpe en el hombro. Me volteo.

El rostro ennegrecido de Marta, lleno de lágrimas me sonrío.

No decimos nada, nos abrazamos, uno al otro. Su cabeza en mi hombro, le

acaricio los cabellos y ella se suelta a llorar.

Poco lejos de nosotros, Caterina nos mira. Aprieta una manta que lleva sobre los hombros y tiene los ojos abiertos.

Marta la ve y corre con ella.

También Caterina se suelta a llorar y sollozando le dice que se siente culpable.

—Te creía muerta...

Ella le susurra algo a la oreja y luego viene conmigo.

—Llévame —murmura.

Nos abrimos paso entre la multitud. Evadimos a un periodista de un canal local que viene al encuentro con un micrófono, metiéndonos en el primer callejón que encontramos. Caminamos sin destino, recorriendo callejones, para alejarnos del infierno. Tosemos ambos y, de pronto, Marta aprieta mi brazo y me da a entender que se debe detener. Se pliega y se apoya en sus rodillas.

—¿Qué tienes? —Ella no habla, tose e intenta respirar. Los cabellos están

pegados a la frente, mojada de sudor—. Marta, ya terminó. Todo está bien...

Todo está bien... lo leo en la mirada que eleva hacia mí, aquellas palabras te han golpeado a traición, ¿verdad? Un recuerdo de Turín, imprevisto. Y duele. Me sucede a mí también. ¿Había usado las mismas palabras?

—Marta...

—Estoy mejor. Quería matar a Cate y dejarme morir también. Ella me sacó fuera del apartamento y me salvó. Cuando vi el fuego, me acordé de todo. Aquel día, hice que el alcohol entrara por debajo de la puerta, lo esparcí por el corredor, y en la alfombra. Por esto es que mi madre odia las alfombras. Desde ahí partió el incendio. Mi padre y aquella mujer no se dieron cuenta de nada. —Me agacho cerca de ella y la abrazo. Hunde su rostro entre mis brazos y yo le beso la cabeza—. Tiré el fósforo en la alfombra y me quedé a mirar, ¿comprendes? —Levanta el rostro hacia mí. Está lleno de lágrimas, trastornado

—. El fuego llega hasta la puerta... no podían escapar, Alberto. No quería que se salvaran... yo los maté... fui yo... — La voz le muere en la garganta mientras la siento temblar, sacudida por los sollozos. Por un instante me parece volver a apretar a la niña de aquel entonces, con esos ojos abiertos hacia mí en búsqueda de ayuda. —Y tú me encontraste en la escalera, como hoy, ¿verdad?

Por eso la mirada indagatoria. La acaricio dulcemente en el rostro y luego deslizo las manos sobre su cuello. Es tan grácil y sutil, bastaría que apretase solo por un segundo... me doy cuenta que estoy apretando las manos hasta lastimarla porque Marta murmura mi nombre y lleva sus manos a las mías, para liberarse.

Le beso los labios mientras susurro:
—Vámonos, Marta. —Y la ayudo a levantarse—. Le rodeo los hombros con un brazo, en un gesto instintivo de protección.

—¿Pero ahora qué sucederá, Alberto? Luca...

—Arreglé todo, no te tienes que preocupar por Luca.

Damos algunos pasos, luego ella se detiene nuevamente.

—¿Por qué me ayudas, Alberto? Quería que te inculpasen por el incidente de... —Le cierro la boca con un dedo. Me duele escuchárselo decir.

—Yo te amo, Marta.

Ella me abraza.

—¿No me dejarás más? ¿Lo prometes?

Yo me suelto de su abrazo, le tomo la mano y no le respondo. Comenzamos a caminar y en el callejón se escucha solo el ruido de nuestros pasos mientras los edificios altos, uno sobre otro, nos esconden de la vista, de la luz, del mundo.

Epílogo

Marta qué sabe

Turín, 10 de mayo 2018

Comprendo que cuando se vive una vida dura a nivel emotivo, nos transforma y, para sobrevivir, se necesita aceptar aquello en lo que se vuelve. No es fácil aceptar lo que nos sucede, la memoria tiende a ofuscar todo el sufrimiento y el horror que no puede contener, y que no puede comprender racionalmente; pero, en estos años, he dado vuelta a la página y me he reinventado: ahora soy otra. Otra Marta.

Comprendí que de lo que necesito en realidad es de mí. Por primera vez comencé a construir mi vida con una atención a mí misma, del todo nueva y,

finalmente, no siento ya el deseo oprimente de tenerle a mi lado para resolver lo que no está bien dentro de mí. Me acepto por lo que soy.

Un monstruo, diría mi madre. Y su pensamiento todavía no me es indiferente: siento aún hostilidad de su parte, pero toda esta rabia me ayuda a ir adelante y a concentrarme en mi nueva vida.

Mientras conduzco, vuelvo a pensar en mi padre. Yo fui su asesina, pero Alberto es tan culpable como yo.

Cada uno de nosotros tiene un secreto dentro, lo que descubrí sobre él, me conmocionó, pero al mismo tiempo, me liberó del sentimiento de culpa. Él, aquel día, me dejó sola poco antes, quería que quemase sus fotos. Era solo una niña, no tenía que hacerme jugar con fuego. ¿Qué hombre adulto se comporta de esa manera? Y no solo he recordado esto.

He vuelto a pensar en las palabras de mi madre: Si es verdad lo que me

contó la última vez que la vi, mi padre, aquella mañana, estaba abandonando a su amante. Claro. Los sorprendí juntos en la cama, pero tal vez era un adiós. Las vías del eros son extrañas. Tal vez los besos, las risas que escuché no lo habían sido en realidad. Sonaban solo en mi mente. Si él se hubiese quedado conmigo, no habría hecho el fuego y nada de esto habría sucedido. Aunque, al final, comprendí que el culpable de todo también es mi padre. Él y sus amantes. Pero ahora he dejado todo atrás y, finalmente, puedo tomar solo los aspectos positivos de lo que sucedió: el fuego ha creado una relación indestructible con Alberto, tenía razón, de alguna manera nos ha unido.

Esa relación quedó suspendida por años, hasta que nos vimos en Génova. Y fue en Génova que el encuentro con él sacó mi verdadera personalidad, eliminó la parte falsa de mí, la fachada de respeto que había erigido como defensa a mi verdadero yo.

Yo sabía, siempre supe la verdad; tenía razón él, una vez más.

Consideraba el bien diametral e incompatiblemente opuesto al mal. En realidad, el bien y el mal son aspectos inseparables y radicales a la vida. Ambos conviven dentro de mí, ahora lo sé y lo acepto; como ambos conviven dentro de él.

Comprendo también lo que nos une y comprendo que él, en algún modo, reflejaba una parte de mí, la parte que odiaba y que no aceptaba. Mirarlo era como mirarse en un espejo, me daba miedo.

Pero ahora, finalmente, veo cuánto somos similares y no permitiré nunca más a nadie que me condicione como había hecho Caterina.

Caterina ha contribuido a esconderme y a cerrarme en mí misma. Sentía que ella no me habría aceptado por lo que soy.

Caterina.

Aprieto fuerte el volante volviendo a pensar en ese tiempo.

Estábamos luchando y cuando se soltó y se fue a la entrada para irse, yo me levanté, tomé los fósforos y la seguí. Quería matarnos a ambas, cuando encendí el fósforo y lo tiré. La mente estaba vacía, nada de pensamientos que me atormentasen, solo estaba concentrada en actuar.

Ella comenzó a gritar y yo me refugié en su habitación, mientras que todo alrededor se quemaba y ella estaba buscando hacerme salir, golpeando con los puños en la puerta. Luego el humo me obligó a abrir la puerta y ella me arrastró fuera, a la entrada y escapó.

Yo me quedé en las escaleras, los recuerdos habían comenzado a aparecer en mi mente, como el fuego que bailaba a mi espalda.

Después del incendio, Alberto me permitió vivir unos días en su casa, mientras él se fue el día siguiente. Sin

despedirse, sin dejarme un recado o mandarme un mensaje.

Desapareció en la nada, como hace años.

Y para mí estuvo bien. Fui a vivir a Florencia, un excompañero de la universidad me encontró casa y aunque Alberto me había dejado números para llamar a personas que podían ayudarme a encontrar un trabajo, decidí no llamarles y comencé como guía de turistas.

En ese tiempo sentía el deseo de escucharlo, de verlo; busqué a personas que en Génova pudiesen darme indicaciones sobre dónde podía haber ido a vivir, pero ninguno sabía nada.

Luego, hace unos días, tuve un sueño tan real que parecía verdad.

Alberto y yo estábamos haciendo el amor en su vieja casa de Turín.

No era tan difícil encontrarlo.

Sonrío mientras lo sigo con el automóvil en dirección a Moncalieri. Ciertas costumbres no cambian: lo seguí

escondida y como siempre siento la misma excitación de hace años.

Me distrae un carro que me rebasa. El mismo astuto que, a pesar de estar la línea continua, no le importa y rebasa.

La distancia entre nuestros automóviles se acorta. Espero que no me vea por culpa de ese cretino. Por fortuna, hay un auto que está saliendo de una calle privada. Disminuyo la velocidad y lo dejo pasar. El tipo que conduce me sonrío y me agradece. Se parece a Alberto. Ahora ya lo veo en todos los hombres que encuentro.

Vuelvo a pensar en cuando estaba trabajando en la tesis. Cuando le dije que casi había terminado, él me miró maravillado y, al mismo tiempo, había comprendido por su mirada que estaba orgulloso de mí, por el modo en que había podido realizar el proyecto. Me dejó y me miró como si le perteneciese, como si él no fuese nada sin mí.

Tal vez, Alberto nunca me quiso contar lo de Turín para protegerme. Ese

día él mintió, no estaba en la calle mientras yo encendía el fuego, sino junto a mí.

Este es el pensamiento que me atormenta últimamente, pero lo perdoné.

Ahora soy fuerte, todavía más fuerte de lo que imaginaba y soy capaz de aceptar la verdad. Ahora estoy aquí porque quiero reconstruir nuestra historia sobre la verdad; él no debe tener miedo de confesármela y no debe tener miedo de amarme.

También es él quien me ha hecho tan fuerte, porque, por primera vez en mi vida, fue la persona que me amó. Su amor para mí fue un suero vital, me hizo sentir omnipotente y no puedo renunciar a él, lo he intentado todos estos años, pero no lo logré. Y sé que también para él es lo mismo. No podemos vivir lejos.

Ahora ya no quiero hacerle daño, quiero solo que me diga que aquel día estaba a mi lado y no en la calle.

¿Estás segura, Marta?

La voz de mi madre, a veces me retumba en la cabeza. Me concentro en la conducción y sonrío, mientras pienso en cómo estoy vestida: llevo un vestido muy corto y botas negras que me llegan hasta la rodilla. Parezco una prostituta y no sé por qué eso me hace reír mucho. Renté un automóvil, conducir en lugares que no conozco bien me provoca siempre cierta ansiedad. Pasaron tantos años desde que habitaba en Turín, estamos en la vía a Trieste, me volteo y veo una sombra oscura descender del auto y dirigirse a pie hacia la entrada del parque fluvial de las Valere.

Es él.

Hace unos días *alguien* prendió fuego dentro del parque y ahora él vino a ver los daños que ese *alguien* ha causado.

Él sabe que fui yo quien empezó el fuego en el parque, por esto, ahora está aquí.

Llevo un edredón blanco antes de descender del auto y seguirlo. De día, el

parque es un lugar para familias felices, pic-nic y paseos en bicicleta; pero en la noche, los estacionamientos apartados se vuelven escenario de vicio y perdición, como diría Alberto. Me suelto a reír. Vicio y perdición son palabras que van de acuerdo con la ropa que llevo.

Me muevo con prudencia. No quiero ser vista ahora. Quiero que disfrute este momento.

Lo veo acercarse al portón.

Estoy escondida detrás de un árbol, me quedo inmóvil, los tacones clavados como raíces en la tierra y los ojos apuntando a él. Finalmente veo la esencia de su verdadero yo.

Este es mi hombre.

Siento un estremecimiento de excitación y veo lo que podríamos ser juntos: nuestras identidades, anulando los límites, perderían siempre más consistencia hasta desvanecerse completamente y se volverían un organismo único.

Juntos podremos ser invencibles y nadie podría separarnos. Solo debe decirme que aquel día estaba conmigo.

¿Y si él no quisiera confesarme la verdad? Podría terminar atrapada en una nueva jaula, creada por él. Me conoce bien, sabe cómo tomarme, sabría condicionarme. ¿Sería verdaderamente libre? ¿Cuál es el camino que debo elegir? Todo corre demasiado rápido, en mi cabeza. Siempre ha sido así. Quisiera saber mirar más adelante, comprender.

De pronto me siento de hielo, los pensamientos en la cabeza se cristalizan y cada emoción desaparece poco a poco. Yo no puedo hacer menos que él. Yo le pertenezco por siempre y él me pertenece.

Escapo hacia el automóvil, todavía no quiero que me note. Tengo a la vista su auto y cuando lo veo subir, vuelvo a seguirlo. Deja el automóvil en la zona del paso Lanza. Estaciono delante de la marca de un garaje y desciendo del auto.

Sonrío mientras cruzo su mirada. Tiene una expresión extraña, no logro comprender si es una mueca, porque está preocupado por verme, o es una sonrisa porque está feliz, pero es un hecho que me reconoció y se ha volteado hacia mí.

—Estaremos juntos por siempre, profesor.

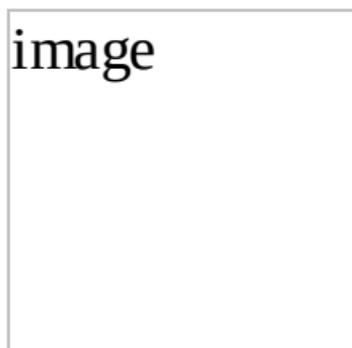
FIN

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com